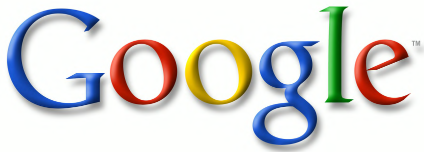


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

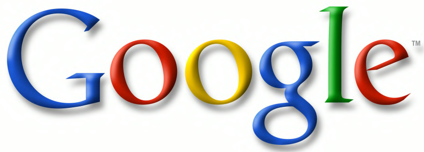
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

G868.73 Maldonado, Francisco Granados.
G762 La Zaragozaida.
Copy 2

[redacted]

G868.73 G762 LAC COP.2

G868.73
G762
Copy 2



LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO

LA



POEMA ÉPICO EN DOCE CANTOS



MEXICO.
OFICINA TIPOGRÁFICA DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO.
BETLEMITAS NÚMERO 8.

1904

-55

4 Sch. 73
6762.

LA ZARAGOZAIDA.

POEMA EPICO EN DOCE CANTOS

POR

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.



LIBRARY
UNIV OF TEXAS

MÉXICO
OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
BETLEMITAS NÚMERO 8.

1904

203769

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

Chilpancingo, Enero 10 de 1870.

Señor Gral. D. Francisco O. Arce.

Presente.

Señor General:

Consagrado á cantar las glorias de la Patria he escrito el poema "La Zaragozaida," refiriendo en él, lo más fielmente posible, los heroicos hechos de nuestros hermanos, en aquellos días de pruebas y de sacrificios.

Humilde como es el trabajo, y sin otro mérito que el objeto que lo motiva, lo dedico á Ud., al patriota incorruptible, al liberal intransigente y honrado, al soldado de la Constitución, la Reforma y la Segunda Independencia y celoso admirador de los grandes hombres.

Acójalo Ud. con la benevolencia que le es característica, y con ello quedará satisfecho su adicto amigo y s. s.

Francisco Granados Maldonado.



Francisco Granados Maldonado

UNIV OF TEXAS

CANTO PRIMERO.

USA de libertad, tú que mil veces
Vigor has dado á mi sonora lira
Para cantar tus glorias inmortales:
Tú que ofreces tus dones á mi alma
Y la enalteces si cantarte anhela:
Ya que risueña tu beldad me mira,
Ya que en mí viertes tu sagrado fuego,
Dame tu inspiración para que cante
El valor de mi patria sin segundo,
Que irá pasando á la futura gente
En los recuerdos de tu gloria excelsa
Como inmortal modelo de heroismo,
Digno modelo que aleccione al mundo.
Voy á cantar: mas no cual aura blanda
Que en el ramaje á las palomas mece,
Cuando pasan los céfiros fugaces
Los cristales rizando del remanso:
Ni cuando abren sus cálices las flores
Derramando suavísima ambrosía
Al despertar las aves á la aurora.
Voy á cantar con cántico robusto,
Más robusto que el eco del torrente:
Yo cantaré al fragor de la batalla

Que estremece en sus centros á la tierra,
Mientras que el arma silba matadora:
Yo cantaré cuando el clarín resuene
Al desplegar sus nítidos colores
De Iguala la magnífica bandera,
Cuando á sus hijos á la lid convoque;
Y será mi canción tan entusiasta
Como en el triunfo el himno de victoria.
Dáme tu inspiración, musa divina,
Y mientras canto, la corona teje
Con que mi frente ceñirá la gloria.

Llegó la noche límpida y serena,
La luna melancólica subía
Saliendo del Oriente majestosa
En su carro de plata, circundado
De nubes rocicleres nacarinas,
Tirado por alígeros corceles
Que al hollar los espacios de la esfera
Estrellas á millares salpicaban.
El bello Orión guiaba su camino,
Mientras en corte espléndida seguían
El relumbrante Arturo, Cinosura,
El Centauro de brillo fulguroso,
Tauro esplendente, Venus apacible,
Sirio vertiendo nítidas centellas,
Canopo con sus luces purpurinas,
Antares derramando luz zafírea,
Y de esmeralda y nácar sus reflejos
El magnífico Jupiter: en tanto,
Como regio estandarte, dilataban
Sus tibios y dudosos resplandores
Las titilantes Pleyades esquivas.

Lentas las horas la veloz carrera
Del tiempo en su transcurso detenían;
Iban tendiendo encajes azulinos
Recamados de estrellas, que llenaban
La cóncava extensión del hemisferio.

Trescientas veces y sesenta, el curso
Del tiempo en su reloj las horas lentas
Al recorrer marcaban en su círculo,
Con dorado compás, pausadamente.
Entretanto al zenit iba llegando
El alígero carro de la luna
Al ir atravesando la Vía Lactea
Que apenas se divisa, derramando
Como polvo millares de luceros
Que perdiéndose van en el espacio,
Apenas á la vista perceptibles.

Súbito los extensos horizontes
De Puebla, brillan con la roja lumbre
Que en la región del Norte se dilata,
Y en ráfagas se eleva hasta la altura,
Tendiéndose cual nácares encajes
Por la inmensa extensión del firmamento,
Que en bóveda de fuego convertido,
Mil centellas de púrpura brillante
Refleja en su extensión iluminada.

El profundo hemisferio se asemeja
A un sol cóncavo inmenso en que se encuentren
Las tierras, y los montes y los mares,
Mientras se pierde en su fulgor rosado
El azul transparente de los cielos,
Y sus planetas y sus astros todos.

En tanto blancas nubes, como el ampo
De la nieve volcánica, se elevan
De las cumbres altísimas, gigantes,
Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl,
Formando un trono de esplendentes telas
Que imitan la blancura del armiño.
Ni una hoja se mueve en los ramajes
De los tristes saúces de los ríos
Que cruzan á los pies de los volcanes
Besando, al murmurar en su corriente,
Las rocas calcinadas y la lava
Que de otro tiempo las ciudades cubren,
Y que humedece la dorada arena
Que hollaron las beldades que otros días
A los reyes de Anáhuac se ofrecieron
Cual tributo de amor en sacrificio.

El viento no susurra, ni la brisa
Mueve la altiva copa de los cedros,
Ni los cipreses que en la falda duermen
De esas montañas que nacer miraron
Y florecer y destruirse un día
Los brillantes imperios de la América.

Duermen las aves tímidas, las flores
Guardan su aroma embalsamado, mientras
Viene la rubia aurora despertando
Al sol esplendoroso, cuya frente
Con su nítida luz baña los orbes.

Callan las selvas, callan las florestas
Do se arrullan los céfiros dormidos,
Y los verdes cipreses de los lagos
No mueven ni una hoja en su follaje;

Sobre la blanca nieve de la cumbre
De los altos volcanes, una sombra
Se dibuja en el fondo de los cielos,
Al colocarse bajo el bello solio
Que han formado las nubes transparentes.
Semeja de un anciano la figura
De altiva frente y venerable rostro;
Y en una de las rocas calcinadas
Toma asiento y adquiere vida y formas.
Y mudo y silencioso permanece
En actitud modesta, al cielo alzando
Llenos de llanto sus dolientes ojos,
Como el que implora auxilio á las alturas
A Dios pidiendo alivio en sus dolores;
Mientras de la Malintzi en la alta cima
Brotan de luz mil nítidas antorchas
Que en vapores brillantes convertidas,
Forman un pabellón que cubre un solio
Que figuran las peñas de ese monte:
De ese mismo vapor brillante y vago
Se desprenden dos ráfagas brillantes
Que en espirales suben y se extienden,
Y parece que llegan al vacío:
Luego se unen al formar un arco
Que, hermoso como el iris de los cielos,
Los tres colores del pendón de Iguala
Refleja iluminando las montañas.

De pronto otra figura encantadora
De ese trono en el centro se presenta:
Cubre su cuerpo candorosa veste
Que brilla cual la espuma de los mares;
Ciñe leve su mórbida cintura
Una faja violada y azulina

Recamada de hermosa pedrería
Y de oro, que nítida refleja
La clara luz que alumbra el horizonte;
Sandalias de oro y perlas y esmeraldas
Cubren los pies de la morena virgen,
Cuya mano recoje pudorosa
El regio manto de escarlata y oro,
Que de sus hombros lánguidos desciende
Hasta tocar la tierra con sus orlas:
De plumas de magníficos colores
Y de rica y vistosa pedrería
Un penacho sostiene en su cabeza,
De que baja su undívago cabello
Jugueteando en rizos por su espalda:
Un cetro empuña con la diestra mano,
Y aunque ostenta en su rostro la belleza,
Tristes están y lánguidos sus ojos.

Ve con tristeza y con dolor, ajado
El nopal esplendente en que otro día
El águila de Anáhuac orgullosa
Ostentaba triunfal entre sus garras
De la envidia la víbora abatida:
Mira de Guautimoc y Xicotencatl:
Las aceradas flechas olvidadas,
Los arcos destemplados, roto el goldre,
Sin pedernal, sin plumas, por el suelo;
Y muda y silenciosa meditando
Queda también, sentada, entristecida.
A la vez, de la cima gigantesca
Del nebuloso, altivo Citlaltepetl
Se derrama un fulgor de luz de oro;
Y entre cándidos velos transparentes
La figura del gran Netzahualcoyotl

Se destaca imponente: lo acompañan
El grande Moctezuma y el profeta
Huéman, el gran pontifice supremo,
El Moisés de las tribus numerosas
Del Imperio que fué de los aztecas.
La roja luz que baña el hemisferio
Se va apagando poco á poco, en tanto,
Esa aurora boreal desaparece,
Quedando sólo la argentada luna
Con blancas nubes en zenit velada.
Lentamente la virgen silenciosa
Que en la Malintzi yace meditando,
Adquiere proporciones verdaderas,
Fuego y animación en sus miradas,
Morbidez en sus formas, movimiento,
Y así prorrumpe en doloridas quejas:
"¡Oh, quién me diera, como en otros días
Aquellas horas por mi mal perdidas!
¿Qué se ha hecho mi pueblo belicoso?
¿Dó está Netzahualcoyotl, cuya ciencia
Anunciaba en sus cánticos sublimes
Las glorias de mi Imperio, y mi grandeza?
¡No existe Moctezuma, á cuyas plantas
Se postraban mil pueblos tributarios!
Cuando á su voz, de la una á la otra zona
Se rendían los reyes belicosos.*
¡No existe Xicotencatl, entusiasta;
Yace en la tumba el ínclito guerrero,
De Teotilac el mártir indomable!
De Otumba el héroe Zihuatcatzin duerme
En el silencio funeral hundido.

¿Dó está aquella nobleza esplendorosa
De Obteacan brillante y opulenta?

¡Oyoyótzin dó está, dó los valientes
De la gran Colhuacán y de Acatlapam!
Y Acamapitzin dónde, el gran político,
Aquel dominador de Atzcapotzalco?
Huitzilihuitl ¿dó está? Chimalpopoca,
Ixcoatl, y Moctezuma, aquel guerrero,
El flechador celeste, y aquel héroe
Axayacatl glorioso, noble y sabio,
Inclito fundador de Tlaltelolco,
Y Tizoc, y Ahuitzotl, y tántos, tántos
Que me dieron gloriosa nombradía?......
Desparecieron: mas aquellos lagos
Que duermen arrullados por la brisa,
Que al despertar la aurora los alciones
Saludan al bañarse en sus cristales,
Testigos fueron de su arrojo un tiempo;
Pero todo pasó; trescientos años
He arrastrado la bárbara cadena
Del cruel conquistador: sesenta lustros
Lloré de esclavitud el llanto amargo;
Tres centurias sufrí la horrible infamia
De entregar de rodillas á mi dueño
Mis riquezas, mi oro, y el tributo
De mi ciega obediencia, recibiendo
En recompensa á tanto beneficio,
El desprecio, el baldón! ¡Qué más, Dios mío!
Cuando el látigo vil de mis señores
La frente hería de mis libres hijos,
Me obligaban los fieros vencedores
A levantar mis cánticos al cielo
Como prueba de amor! Con voz tronante
Me enseñaba una cruz y me decía
Aquel conquistador orgullecido:

"Por este don divino que te traje
"Y en recompensa de este beneficio,
"Honor divino tributarme debes;
"Porque yo soy de Dios el fiel intérprete,
"El medianero santo, que el mandato
"Cumplo en la tierra del Señor del cielo:
"De Dios entre la imagen y el humano
"Mortal, distancia inmensa nos separa:
"Debes vivir esclavo; yo merezco
"Que tus hijos perezcan si es posible,
"Que agoten sus tesoros y su sangre:
"De esa cruz que yo traje de otro mundo
"Es infinito el precio, y todo es poco
"Comparado á ese bien inestimado;
"Por ella eres feliz."—Y en mis dolores
Y enmedio de mi angustia, yo corría
A postrarme á las gradas del santuario,
Y allí invocaba un Dios!...... Y sus ministros,
Entre sedas, y oro, y pedrería,
Y llenos del orgullo y la soberbia,
También miraban con desdén mi llanto,
Porque enmedio á su fausto poderoso
Y en su grandiosa pompa, me decían
Que así pagar debiera los delitos
De mis hijos que bárbaros amaban
A dioses sanguinarios é impotentes.

¡Cómo, Señor, tu amor y tu dulzura
Se ha de vengar de mi inocencia, sólo
Porque mis hijos sin saber tu nombre
Adoraban á dioses mentirosos
Y holocaustos sangrientos ofrecían
A esas deidades falsas y nefandas?

Así y en otras quejas prorrumpía
La América inocente, derramando
Su llanto sobre el césped y las flores
Que esmaltan de la cima el pavimento.
Entretanto, la cumbre levantada
Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl
En que descansa el apacible anciano
Resplandece, y las nubes que sostienen
El magnífico trono en que se mira
Esa figura de mirada tierna,
De frente candorosa y sin mancilla
Y que muestra en las rugas de su frente
El asiento inmortal de la prudencia,
Se transforman en carro que conduce
A Hidalgo que ha salido de la tumba,
Permitiéndolo Dios, al oír el llanto
De la doliente México, que busca
El antiguo valor de sus guerreros
En defensa de su honra y su decoro.

Tirado por cien águilas gigantes
Viene ese carro vaporoso y aéreo,
Y conducido como en regio triunfo
Por cien genios alígeros, tan bellos
Como la fe nos pinta á los arcángeles.

Acompañan al héroe de Dolores
La verídica Historia, que sostiene
En una mano los gloriosos libros
En que ha grabado con buril eterno
Del universo las brillantes glorias,
Y en la otra el estilo con que escribe
Siempre ante el triunfo la verdad augusta.
Un genio trae la refulgente antorcha:

La Fama y la Victoria coronando
Vienen al héroe, cuya altiva frente
Al brillo resplandece de la gloria;
El Tiempo, silencioso, precediendo
Viene esa cohorte en alas de los siglos,
Que parece detienen su carrera
Para mirar los hechos portentosos
Que va en sus libros á esculpir la Historia:
Del Atoyac, en tanto, en las riberas,
Grupos de ninfas encantadas salen,
Que derramando flores y coronas
Veloces cercan el brillante carro,
Al descender de la tendida cima
De la gigante colosal Malintzi:
En actitud severa y taciturna
Quedan la Fama, el Tiempo y la Victoria,
Mientras escribe la veraz Historia.

México, en tanto, triste y sorprendida,
Alza la vista que inclinaba al suelo,
Y extática mirando á aquel anciano,
Como reconociéndole, se postra,
En su brillante solio, y con ternura,
Así con eco conmovido dijo:

" No en vano mis dolientes, tristes ojos
" He levantado enmedio de mi llanto
" Pidiéndole al autor de la natura
" Que consuelo enviara á mis dolores...... !
" He invocado á los manes de mis hijos,
" Guautimoc, Xicotencatl y de todos
" Aquellos, que otra vez cuando lloraba,
" Me vieron arrastrando la cadena
" Con que la heroica España sujetara

" De Anáhuac á las águilas triunfales;
" Acudieron al eco de mi llanto,
" Y al clamar ¡ libertad é Independencia,
" Rompieron para siempre la cadena
" Con que dos mundos enlazados fueron:
" Pero era inútil mi gemido, en vano
" Yo recordaba mis pasadas glorias,
" Sólo el eco doliente á mi venía
" Que el gemido del alma repetía !
" Hoy otra vez los hijos de la Europa
" A mis mares acercan sus bajeles,
" Y ya el valiente galo hollando se halla
" La tierra del heroico Moctezuma;
" Y el intrépido ibero, y el britano
" Avanzan, se preparan y amenazan
" Arrojar á las águilas aztecas
" Y asentar el pendón de sus victorias
" En medio de los lagos cristalinos,
" Que los palacios del Anáhuac velan
" Con sus brumas blanquísima y leves;
" Y allá en Tenoxtitlán, dictando leyes,
" Romper quieren, innobles, los blazones
" Que patria, y gloria, y libertad nos dieron."

Al oír estas voces, un esfuerzo
Hizo el anciano venerable, y dando
Tregua al silencio, descendió del solio
Y prorrumpió en acento conmovido:
¿ Qué pronuncias, mujer ? ¡ Detén la lengua !
¡ Cómo te abates cuando de ira llena
Debieras convocar á la pelea !
¿ Cómo yaces tan triste y solitaria,
Tú, la reina magnífica que un día
De Norte á Sur mandabas tus legiones

Que el extranjero con respeto vía?
¿Cómo se halla abatida y desolada
La señora de pueblos y de reyes,
Que de Oriente á Occidente dominaba,
Y cuya voz vibraba entre las olas
Que las arenas del Atlante estrellan
Del turbulento mar entre las rocas,
En tanto que potente resonaba
Del pacífico mar en los cristales?
¿Por qué pierdes la fe? ¿No ves que brillan
En ese iris los nítidos colores
Que forman el blasón de nuestras glorias,
La fe de nuestras créencias inmortales,
Y la enseña triunfánte y poderosa
De nuestra libertad é Independencia?
¿Qué no recuerdas que en hermoso día,
Esa España gloriosa, enaltecida
Por nuestro oro, tan heroica un tiempo,
Tan llena de recuerdos, portentosa,
Que potente clamaba por doquiera
"*Que el sol nunca en su imperio se ponía,*"
Y que doquier que el vencedor del moro.
Su purpúreo pendón ondear hacía,
Los pueblos inclinaban su bandera,
Al eco de mi voz cedió, y mi patria
Se hizo libre y señora independiente?
Yo al sepulcro bajé, mas ¿no recuerdas
Que en dos lustros de heroicos sacrificios,
Al cabo de una década en que el mundo
Ve asombrado á mil mártires al golpe
Del verdugo caer, y entre las llamas
De santa Inquisición sacrificarse;
Pudiste soberana alzar la frente,
Y al tremolar de Iguala la bandera

203769

Alejarse no viste á otras regiones
Del león los magníficos blasones?
¿No viste destrozarse la cadena
Que arrastraban tus pies, no viste roto
El cetro de dos mundos? La corona,
Y el dogal, y el puñal del asesino
No los viste rodar despedazados?"

México suspiraba silenciosa;
Entretanto, las nubes que formaban
El regio carro que condujo á Hidalgo,
En caprichosas formas se divagan,
Y los genios, las águilas grandiosas
Se remontaban á la altiva esfera.

La historia en su anales, reflexiva,
Iba grabando, de entusiasmo llena,
Esos hechos gloriosos; y la Fama
Sus cien genios mandó con sus clarines
A que repercutieran por el orbe
De Hidalgo las palabras animosas,
Mientras el Tiempo registraba ufano
En lo pasado ejemplos semejantes;
Y la Victoria, con laurel y encino
Tejía con afán verdes coronas.

Esforzándose México, las lágrimas
Velozmente enjugaba en sus mejillas,
Y así replica de entusiasmo llena:
" Padre inmortal, perdón, si en un momento
" Dudar pudo mi fe, si abandonada
" Me ves de mis hijos predilectos;
" Ya recobré el valor con tus memorias."

¡Gloria á tu fe, magnífica doncella!
Mira ese pabellón de tres colores

Y cúbrete con él; mientras su sombra
De México se tienda en los alcázares,
Libres serán los hijos de Guerrero;
Nunca le abandonéis, y siempre fuertes
Los reyes os verán, y las naciones
Envidiarán vuestra inmortal grandeza.
¿No recuerdas, oh México apacible,
Que ese estandarte destrozó los grillos
Con que te ató á su carro la conquista?
Esa misma bandera esplendorosa
Es la que allá, del Pánuco en la arena,
Resistió con heroica valentía
El ímpetu arrojado é impetuoso
De la bandera de granate y gualda
De Castilla la heroica; que allá un día
Destrozó las banderas que vencieron
Los cesaraugustanos escuadrones:
Es la misma bandera que detuvo
El avance impetuoso de valientes,
Intrépidos sajones, orgullosos,
Que mancillar quisieron nuestras glorias;
Esa misma bandera victoriosa
De Veracruz en las ardientes playas,
Se atrevió á desplegarse ante las águilas
De Jena y Austerlitz, y de Marengo,
Cuando el valiente galo quiso un día
Desmentir nuestra heroica bizarría;
Esa misma bandera, allá en el Norte,
De Guaymas en las costas ardorosas
Pudo al corsario resistir potente;
Ese mismo pendón en Aculzingo,
Ondeó ante los ejércitos gloriosos
Del aguerrido y entusiasta zuavo.........
Mas ¿que podré deciros, si aún humea

La sangre de tus hijos victoriosos
Allí abajo, en la cima portentosa
Del imperecedero Guadalupe?
¿No recuerdas, hermosa, aquella aurora,
Cuyo espléndido sol cubrió tu frente,
Cuando al morir tus hijos por la patria
La encina y el laurel te coronaron?

Sí, padre amado: doce lunas bellas
Han visitado ya nuestro hemisferio
Desde aquel día de brillante gloria
En que pensaba el galo destruirme,
Y me dió un héroe grande la victoria;
El quinto sol de Mayo esplendoroso,
De Puebla iluminó los horizontes:
La cuarta parte apenas recorría
Del hermoso hemisferio, cuando al aire
Se tendieron los galos estandartes
Ostentando sus nítidos colores,
En tanto que en el templo misterioso
Del Dios de las batallas, se elevaba
El incienso sagrado, vibró el eco
De la argentina voz de la campana
Que ¡alarma! á los valientes les decía;
Y al estallido del cañón guerrero,
Al retemblar de Puebla las colinas,
Al sonoro compás de los clarines,
De México los hijos valerosos
Animados de férvido entusiasmo,
Guiados por la fe de la victoria
Acudieron veloces, embrazando
El esplendente pabellón de Iguala,
Y al desplegarlo al agresor esperan,
Empuñando las armas vengadoras.

Se anuncia la batalla; y semejante
A una sierpe de aceros erizada
Entre la mies que esmalta la campiña
Dilata su legión el franco altivo;
Y se acerca, y se extiende, y retrocede
Brillar haciendo al sol de medio día
El relumbrante acero de sus armas.
En tanto en la ciudad dianas marciales
Anuncian entusiastas el combate:
Allí en la cima de Loreto brilla
De Zaragoza la luciente espada,
Mil guerreros se aprestan, á las voces
Del jefe que arde en entusiasmo; acuden
Rápidos como el mismo pensamiento,
Aquí y allí discurren deteniendo
A sus briosos, bélicos corceles,
Que arrojan al tascar sus limpios frenos
Espuma hirviente como blanca nieve,
Haciendo reflejar del sol la lumbre
Sus arneses de plata y sus jaeces;
Límpidas las espadas centellean,
Mientras se oyen doquiera resonando
De la patria los cánticos marciales.

En tanto el jefe, en calma imperturbable,
Mide con vista de águila los campos,
El avance cálcula y el arrojo
Del enemigo; y previniendo el golpe,
Ordena sus valientes escuadrones,
Comunica sus planes, y montando
Su intrépido bridón, la espada empuña,
Y el pendón tremolando de la patria,
" A morir ó vencer, dice risueño,
" ¡ Hijos de Hidalgo ! El Dios de las batallas

" Con nosotros está; que el mexicano
" Sepa ser digno de su noble origen.
" Que el enemigo que á ultrajar se atreva
" El pabellón espléndido de Iguala,
" El polvo bese que pisamos, ó huya,
" O con la vida su arrogancia pague;
" Que vea que el azteca también sabe
" Los lauros conquistar de la victoria."
Dijo: y á la señal de la batalla,
El estallido del cañón retumba;
Padre Hidalgo, ¿no véis en la colina
Esos pobres reclutas, cómo al grito
De Independencia y Libertad empuñan
Llenos de ardor el reluciente acero?
Ellos son, sí, mis hijos los aztecas,
Que el hurra al percibir de los guerreros
Francos, levantan su tranquila frente,
Contemplan con valor al enemigo,
Empuñan el pendón de tres colores,
Y á pie firme, tranquilos y serenos,
El fuerte empuje del combate esperan.
Ved ya cómo en la espléndida llanura
Se forma la batalla formidable
Como escamada víbora de acero;
Que refleja del sol la luz-brillante
Ondeando en el llano se dilata,
Amenazando ahogar entre su círculos
A quien se atreva á verte; así despliegan
Las falanjes altivas de la Francia
Sus brillantes columnas animosas;
En esos tricolores estandartes
Traen la historia de un siglo de heroismo.
En sus brillantes, nítidos colores,
Se reflejan las glorias esplendentes

De Castiglione y Wagran y Marengo,
De Fuedlan, de Austerlitz y de Moscowa,
De Crimea inmortal y Montebello,
Y Magenta, y el Alma y Solferino,
Y otras batallas mil, en que á sus plantas
Vió el francés prosternarse á los guerreros;
Pero vacila al ver la faz serena
De los hijos de Hidalgo y de Morelos.
Ved en la cumbre que los mil valientes
Denuedos mexicanos la bandera
Defienden de la patria de Iturbide,
Morder haciendo la sangrienta arena
Al agresor audaz que lucha y muere.

Aquí un valiente su bridón apresta,
Allá otro empuña su brillante lanza:
Vedlos, son mil, dos mil, tres mil apenas,
Y algunos otros más; el enemigo
Duplica sus columnas aguerridas......
Ya suben la colina presurosas......
Y así como se mira en las campiñas
En columnas compactas, rapidísimas
Las hambrientas langostas arrojándose
Sobre la mies que consumir anhelan,
Así veloces suben las columnas
Del que asalta, erizadas con las puntas
De sus marrazos...... El cañón retumba
De nuestros defensores...... Una brecha
Abierta queda de hombres que sucumben:
Pero tenaces siguen...... Velozmente
Acuden á la altura...... Un prolongado
Trueno se escucha; el humo se dilata
Y rimbombando, sigue el estallido
Como de tempestad á los fragores

Y lo repite el eco, y va á perderse
Y á confundirse á orillas de los mares
Con el estruendo que las olas forman:
Así un eco terrible se percibe,
Desciende de la cima y se dilata
En toda la llanura...... El humo envuelve
Al jefe heroico que el combate ordena,
Pero su voz la multitud domina;
Se repite el empuje sobrehumano;
Un jefe, lleno de valor, alienta
A sus huestes, le siguen sus soldados
Y se detiene el ímpetu violento
De los seres valientes de la Europa...... !

Vuelve otra vez, y otra, y la tercera,
Y tres veces replega sus pendones,
Y tres veces resiste el mexicano;
Y cede el franco, que muriendo arroja,
Como el rabioso can, sangrienta espuma......
Y cunde la batalla, en humo denso
Puebla envuelve sus limpios horizontes;
Pero en tanto, un atleta formidable,
De mirada de rayo y talle esbelto,
Que parece en la espléndida llanura
Un roble corpulento, se aproxima
A un indio de las ásperas montañas;
Se miran fijamente, se contemplan,
Y así como en el bosque dos leones
Irritados, con ojos se provocan
Que despiden centellas iracundas,
Parece que se miran y calculan
Mutuamente sus mutuos movimientos,
Y ya que asegurados uno y otro
Están de su poder y valentía,

Se arrojan, desgarrándose violentos,
Y rugiendo estremecen la montaña,
Y luchan, y se ligan, y se estrechan,
Y casi se sofocan, y al fin mueren;
No de otro modo, preparando su arma,
Se arremeten los dos á un tiempo mismo,
El proyectil arrojan de su rifle
Que silbando pasó junto á su sienes,
Pero no les hirió...... terrible un grito
Lanzó el atleta, y con sonrisa el indio,
Arma su bayoneta y su marrazo,
Afirma el golpe del combate, ansioso,
Un momento se miran, centellean
De ambos los ojos; embrazando el arma,
Se arrojan uno al otro, atravesándose
Exhalan un gemido, y allí expiran.........
En tanto en otro, punto un mexicano
Divisa la bandera triunfadora,
Y enmedio de una lluvia formidable
De proyectiles, la distancia mide,
Y rápido se arroja, y dando muerte
Al portador, le arranca el estandarte.
¿No lo véis, padre Hidalgo? Ved que huye,
Ved, por allí se postra un adversario
Y perdón pide, por allá otro besa,
Al rendirse, el pendón de los aztecas......
Y huyen por fin...... se van avergonzados
Los audaces guerreros que orgullosos
Creyeron desgarrar nuestros pendones:
Perdonadme, señor, si mis recuerdos
Han extraviado mi razón, creyendo
Que aquello que pasó pasando estaba
Ante nuestra presencia soberana.
Al fin la gloria coronó mis sienes,

Y aunque ya el héroe vencedor no existe,
Su venerada sombra desde el cielo
Cubrirá nuestro bélico estandarte."
Dijo México: Hidalgo así responde:
—"Si su espíritu ardiente en nuestro pecho
Debiera ser de gloria el entusiasmo,
Muy presto como yo, para animarte,
De la tumba saldrá de gloria lleno,
Acompañado de los héroes todos
Que abatieron las huestes españolas
En otro tiempo de feliz ventura."

En tanto que así hablaba, de la cima
De Guadalupe, hermosa transparencia
Comienza á dilatarse claramente;
Se distingue en sus formas la colina.
Súbito en grupos densos y brillantes
De nubes argentadas de oro y gualda
Surgen en sin igual magnificencia
La Libertad, ceñida de laureles,
Que el gorro frigio trae y una corona;
La Ilustración le sigue sosteniendo
Por mil genios que traen los atributos
De la gloria, la guerra y la abundancia,
Las ciencias y las artes, y la industria.
Luego, entre genios de inmortal belleza,
Viene la Religión; y la Victoria
Y la Inmortalidad á Zaragoza
Conducen, de los héroes circundado.

Diáfano el iris transparente brilla
Y un resplandor intenso cerca al héroe.
Mientras que del altivo Citlaltepetl,
Entre vapores de oro y de diamante,

Sobre grupos de nubes de amaranto,
Sostenidos por genios colosales
Vienen Netzahualcoyotl, Moctezuma,
Y el profeta Hueman, de gloria llenos.

Las blanquísimas nubes que cubrían
La hermosa luna que en zenit se vela,
Rasgadas dejan que su luz aumente,
Aquellas luces que doquier cintilan
Sobre aquel espectáculo sublime.

Hidalgo, en tanto, de la mano toma
A la apacible México, y la Fama,
Y el Tiempo y la Victoria, que descienden
De los siglos veloces en las alas,
Bajan á Guadalupe, donde en trono
De luz, con majestad, el premio goza
De la inmortal victoria Zaragoza.

—Salve, genio sublime, Hidalgo dijo;
Perdona, si el reposo de tu gloria
He interrumpido al invocar tus manes;
Entristecida México, doliente,
Al peso de su angustia se quejaba,
Porque al mirar á sus ingratos hijos
Que rasgaban sus regias vestiduras,
Llamaba de otro tiempo á sus guerreros
Buscando alivio en su terrible pena......
Silencioso, risueño y placentero,
Su faz mostraba Zaragoza invicto,
Y al desplegar la tricolor bandera,
Así con eco de poder prorrumpe:
¿Cómo puede quien libre gozó un día
La independencia, en hondo abatimiento

Hundir la frente, y el cobarde llanto
Derramar, al oir que doquier cunde
El grito que á la guerra nos convoca?
¿No véis este lugar, no recordáis,
Que doce lunas hace que á mi acento
Detenerse pudieron las falanges
Que humillaron las huestes africanas,
Que vencieron á Italia y abatieron
Al león español en otro tiempo,
Y á las águilas rusas contuvieron
Al oír del cosaco las canciones?

México, consolada, le responde:
Perdonadme, señor; el padre Hidalgo
Me recordó la gloria del azteca,
Aquella gloria que en aqueste sitio
Guardará tu renombre eternamente;
Ha pasado un estío y un otoño,
Y un invierno también desde aquel día
En que arrancaste un lauro á la Victoria:
Ya se va esta hermosa primavera
Y otra vez volverán los extranjeros
A pretender hollar nuestros pendones;
La traición los protege, y tú no vives
Sino en el templo de la eterna gloria:
Pero viven mis hijos, esos bravos
A quienes enseñé de la grandeza
La senda hermosa que á la gloria guía;
¡La traición! ¿Y qué hara? Cuando la patria
Otra vez se levante victoriosa
Su maldición le arrojará á la frente,
Y el mundo, al recordar su nombre infame,
Exclamará también: "*¡El traicionero*
" *Es de los hombres y de Dios maldito!*"

— Maldito, sí, con poderoso acento
Morelos dijo: recordad, guerreros,
Que aquí escucháis la voz de los que viven
En la inmortalidad, que un hijo tuve
Cuando tu voz, oh padre venerando,
La Libertad de Anáhuac proclamaba
El amor en su nombre; con anhelo
Yo le enseñé á adorar de patria y gloria
Los sacrosantos nombres; de los libres,
La senda le enseñé; me vió la guerra
Arrostrar en los campos de batalla,
Los peligros vencer, ser generoso,
Pero nunca humillar me vió la frente
Al enemigo de mi patria ilustre.
Vencedora, triunfante mi bandera,
Le enseñé á venerar, y en un cadalso
Me vió morir, primero que á la patria
Vender por conquistar el oro infame
Con que siempre se compra á la perfidia;
Y con mi muerte, México, esa virgen,
Se cubrió con el manto de Victoria.
Hoy...... ya lo véis...... á mi pesar descienden,
Lágrimas abundantes de mis ojos......
Ese hijo criminal...... su patria vende! —
Un momento calló...... luego, enjugándose
El llanto, lleno de vigor sublime,
Con voz robusta amenazante dijo:

—" El justo Dios que al universo rige,
" Aquel Señor que las esferas llena
" Con su esplendente luz, sobre él derrame
" El castigo á su infamia merecido:
" Que mientras viva, sin placer ni dicha,
" Errante vague sin gozar la calma,

" Que el sueño halagador jamás sus ojos
" Cierre tranquilamente, que la risa
" Jamás juegue en sus labios placentera;
" Que del campo jamás las bellas flores
" Le muestren su hermosura; que las aves
" Cuando sientan sus pasos enmudezcan;
" Que las fieras, al verle, de él se aparten,
" Que las mieses se agosten si las mira
" Y las aguas se sequen; que los hombres
" Le huyan al mirarle y lo desprecien;
" Que si en el templo se halla, su conciencia
" Se asuste, y lleno de vergüenza, deje
" De profanar las gradas del santuario;
" Que largos años viva recibiendo,
" Doquier que vaya, todos los sarcasmos,
" Hasta de los idiotas que le vean:
" Y que su nombre eternamente dure
" En todas las edades, y los padres
" Lo enseñen á sus hijos, maldiciendo
" Su infamia y execrando su memoria;
" Y mientras brille el sol en esa esfera
" Dorando las campiñas y los montes,
" Mientras de noche brillen esos astros,
" Y la luna dé al mundo su luz pura,
" De *Telamon* el nombre se recuerde
" Con horror de los hombres, con espanto
" Del siglo que se va y de los futuros,
" Y al pronunciarlo, siempre se oiga un grito
" Que diga: ¡*Telamon* es un maldito......!"

Dijo, y en llanto se anegó el anciano
La expresión de dolor de su semblante,
El brío de sus palabras poderosas,
Conmovió á las deidades y á los héroes

Para pedir perdón, pero terrible
De Morelos la fúlgida mirada,
Les hizo comprender con honda pena
Que su resolución incontrastable
Se la dictaba el Dios de la conciencia,
Y con potente voz así les dijo:

"Ya nada importa la traición, ¡oh Patria!
Es impotente cuando el Dios del orbe,
Que es el de la justicia y el derecho,
Vela sobre los pueblos. ¡Zaragoza!
Zaragoza inmortal! en este suelo,
Aún están de tus glorias los testigos;
Contempla aquellas elevadas torres,
Contempla esos palacios portentosos,
Contempla esa ciudad de los valientes:
Esa Puebla inmortal doquier repite,
Llena de amor, tu nombre venerando,
Y otra vez y otra vez en su recinto
A morir ó vencer á tu memoria
Se preparan los ínclitos guerreros."
En tanto así habla, de entusiasmo santo
Se llena ese concurso esplendoroso;
La Historia toma su brillante antorcha,
Detiene el Tiempo á los ligeros siglos
Registrando los libros de la Historia;
La Fama á sus cien genios les ordena
Que pregonen doquier aquella gloria;
México se corona con los lauros
Que la Victoria espléndida le ofrece,
Mientras la Religión con su albo manto
Cubre de Zaragoza las espaldas.

De Guadalupe en tanto en la colina
Esplendorosos brillan mil fulgores
De una luz apacible y vaporosa
Con ráfagas de gualda y de topacio,
De rubí y de zafiro transparentes,
Como vapor de luces de diamantes
Que iluminan la esfera. El Ixtaccihuatl,
El Popocatepetl, y el Citlaltepetl,
De sus gigantes cumbres mil antorchas
Colosales desprenden, que se elevan
Como columnas, pórticos formando.
En tanto el carro de la blanca luna,
Que preceden las horas taciturnas,
Seguido del concurso numeroso
De las limpias y nítidas estrellas,
En el zenit suspenso, sus fulgores
Confunden con la luz del horizonte
Que forman los gigánticos volcanes.
Refulgente, sublime aparecía
Zaragoza, cercado de grandeza;
La Libertad en tanto, majestuosa
De Ilustración magnífica abrazada
Y encanto y hermosura rebosando,
Con voz angelical así se expresa:

"Virgen de Anáhuac, México grandiosa,
" Cesa ya de llorar, entona cánticos,
" Porque ya el fin de tus desgracias llega:
" Tu la gloria de América potente
" Serás, y la sirena de los mares
" Que tus bellas riberas fertilizan:
" Tú que en tu seno todos los tesoros
" Del universo encierras con orgullo,
" Muy pronto en tus altísimas montañas

" De esta gloriosa Ilustración fecunda
" Arbolarás el pabellón triunfante
" A cuya sombra las naciones todas
" Del Nuevo Mundo buscarán abrigo,
" Yo soy la Libertad, aquella diosa
" Que cuando Dios al universo creara,
" Nací á su voz potente que me dijo:
" Vé á recorrer los pueblos de la tierra,
" Vé á darle al hombre dignidad y gloria:
" Jamás le abandonéis, cumple obediente
" El grandioso destino de tu vida.
" Y desde entonces presurosa corro
" En alas de los siglos voladores,
" Acompañando al tiempo en su carrera.
" Yo soy aquella virgen que á los hombres
" Primeros que poblaron las naciones,
" Les inspiré de ciencia el poderío
" Para elevar grandiosos monumentos:
" Yo en los primeros siglos, con sonoras,
" Poéticas armonías encerraba
" La Religión, las leyes y la ciencia:
" Y á mi impulso los pueblos levantaron
" Templos, palacios, obeliscos, tumbas,
" Que aun los siglos respetan en su curso:
" Yo de la antigüedad rompí los grillos,
" É hize triunfar del hombre el pensamiento,
" Cuando á la esclavitud venció la gloria
" En los campos espléndidos, magníficos
" De Leutecia y Mantinea, y las llanuras
" De Salamina, Maraton, Platea:
" Yo produje de Grecia los portentos,
" Yo dí á Roma del mando el poderío,
" Yo emancipé á la Europa envilecida,
" Que después, poderosa pero ingrata,

"Tronos ha levantado á los tiranos......
"Y en pos de gloria á América he venido
"Donde mi influjo poderoso cunde:
"Yo dí poder á Washington sublime
"En la tierra de Franklin poderosa,
"Como á Guillermo Tell lo dí en Europa:
"Yo entusiasmo y ardor le dí á Bolívar,
"Fuerza á Hidalgo, y á ese ínclito Morelos,
"Y á Zaragoza el grande que ha abatido
"De la altanera Galia á los guerreros.
"Grande serás; ¡oh México! conserva
"Siempre ese pabellón de tres colores,
"Y antes el sol se apagará en la esfera,
"Antes se secarán los anchos mares
"Que en tu suelo dominen los tiranos
"Y triunfe el fanatismo en tus altares."

Dijo: y la Fama, de entusiasmo llena,
Resonar hizo en gratas armonías
Sus cien clarines anunciando al mundo
De Libertad el triunfo sin segundo.

Entonces de las cumbres más remotas
Del Zempoaltepetl y Quincoo mil genios
Inmortales salieron, conduciendo
Mil trofeos ornados de laureles,
Mientras de Soconusco en las alturas,
Entre esplendores de brillante gloria
De Las Casas la efigie aparecía,
Y en alas conducida de preciosos
Genios aztecas, con veloce vuelo,
Llegó de Guadalupe á ser testigo
De la coronación del héroe grande
Que invencible murió, cuya memoria

En los libros sin mancha de la Historia
Contentos repitieron en la altura
Los genios y las ninfas las canciones
Marciales; de la patria la corona
De encina y de laurel, que la triunfante
Libertad en su mano conducía,
De Zaragoza colocó en las sienes,
Mientras los héroes en aplausos gratos
Prorrumpieron alegres y entusiastas,
Y el héroe, lleno de inmortal ternura,
Llorando de placer por aquel triunfo,
Embrazando el pendón de nuestras glorias
Que la América hermosa sostenía,
Así le dijo á México gloriosa:

" Virgen hermosa, Patria idolatrada,
" Este heroico estandarte en estos sitios,
" Tú lo sabes, me dió sobre los galos
" El laurel inmortal de la Victoria.
" Consérvalo sin mancha; allí se miran
" En la invicta ciudad héroes valientes
" Que seguirán mis huellas, y de Europa
" Los guerreros ante ellos sus blasones
" Inclinarán humildes. El que un día
" De Calpulalpam conquistó los lauros,
" Sabrá guardar la gloria de mi nombre;
" Cúbrele siempre, Libertad hermosa,
" Que yo á tu lado lucharé invencible;
" Pero si en los designios escondidos
" Del Dios de los ejércitos escrito
" Está que la traición junto á él milite,
" Jamás le abandonéis, y aunque sucumba
" De pronto, al fin los libres mexicanos
" Derribarán del solio á los tiranos,

"Y otra vez, para asombro de los reyes
"Y humillando á los pérfidos traidores
"Libertad, en tu altar regarán flores
"Al proclamar tus sacrosantas leyes......"

Dijo el héroe entregando la bandera
A la apacible México: entretanto
La Libertad sublime entre sus brazos
Estrechó á Zaragoza, y en la frente
El ósculo le dió de su ternura,
Y al recoger su manto entre fulgores
De luz brillante en alas de querubes
Sobre nubes de oro y escarlata,
Enmedio de mil cánticos divinos,
Se remontó á la altura de los cielos
En grupo de celajes esplendentes
Que formaron un trono. Zaragoza,
De Hidalgo acompañado y de Morelos,
A quienes Libertad tendió los brazos,
Precedidos por genios y por ninfas
Y por la Fama alígera y el carro
De la Victoria, entre vapores límpidos
De luminosa y clara transparencia,
Se elevaron perdiéndose en la altura,
Mientras el Tiempo, en alas de los siglos,
Y la Historia inmortal, fueron llevados
Siguiendo aquel conjunto por las Horas,
Perdiéndose en las nubes blanquesinas
Que cubrían el carro de la luna.
La América, seguida de los genios
Del Atoyac, se dirigió á la cima
De la Malintzi, en alas de las águilas
Que trajeron de Hidalgo la carroza;
Y allí en la cumbre altiva, en la montaña,

Se perdió entre los bosques silenciosos.
Se quedó el inmortal Netzahualcoyotl,
Y así le dijo al sacerdote azteca:

Hueman, ¿cómo será que el pueblo grande
De mis antepasados, de la tierra
Desaparezca como pueblo libre?
¿Qué poder colosal será el que oprima
Con despotismo inícuo el universo?
¿Se borrarán de la memoria mía
Las grandezas de México mi patria?
¿Dónde están de Texcoco mis jardines?
¿Que se hicieron los sabios de mi reino,
Los artistas, filósofos, poetas,
Nobles altivos, ínclitos guerreros?
Hueman, ¿á dónde están? dílo, responde......

—Todo acaba en la tierra, Hueman dijo:
Sólo es eterno Dios. Tú que del mundo
Fuera habitas, ¿no has visto cómo en polvo
Las grandezas humanas se convierten?

—Sí, mi animo inmortal ha recorrido
Del globo las naciones portentosas,
Y en todas partes la miseria humana
He visto descender sobre la gloria.
Yo he visto de Sidon, Tiro, Berites,
Gaza, Ascalon, las ruinas estupendas
Que indican de Fenicia el poderío;
Cerca de Horeb y Sinaí, yo he visto
Los puertos idumeos donde un tiempo
Los fenicios bajeles y las flotas
De los hebreos ricos y opulentos
Llevaban sus riquísimos tesoros

Para buscar las perlas de la Hevila,
De Ofir el oro y de Sabá: las piedras
Preciosas de Ceylan, y los aromas;
De Cachemir las telas; de Golconda
Los diamantes hermosos, y el ambárico
Aroma de Maldivos y del Tíbet:
De Cochin el acíbar; el incienso
De Haldramaut y las aves de la India,
La mirra y el marfil, la plata, el oro,
Del Africa, hoy estúpida y esclava......
Y ¿ dó están Tebas, y Sidon, y Menfis,
Jerusalem, las ínclitas ciudades
Que el Tigris y el Eufrates caudaloso
Fertilizaron con encanto un día?
Las ciudades asirias perecieron,
Los caldeos, los medas y los persas,
Cayeron al mandato poderoso
Del Dios que abate siempre la soberbia;
Ecbatana cayó, cayó Persépolis,
De que ruinas gigantes acreditan
La riqueza opulenta de otros días.
¿Y Babilonia, y Nínive y Famraques,
Y Anato y Guera, y la ínclita Palmira?
—Todo despareció, Hueman responde;
Sólo es eterno Dios: por eso, escucha:
Ese Dios que sobre ejes eternales
A los orbes sentó del universo,
Que rige de los pueblos el destino,
Que abate la soberbia y el orgullo;
Que ha cubierto del Nilo entre la arena
Del Egipto los pueblos portentosos;
Que destruyó de Grecia la grandeza
Y de Alejandro destruyó el Imperio;
Que de Roma los pórticos triunfales

Ha derrumbado y los gigantes arcos;
Que alzó la esclavitud al despotismo;
Y los circos, los fosos y los Baños
De oro que apenas enmohece el Tiber,
Y el solio de los Césares sangrientos
Destruyó al formar el Capitolio
En altar de la cruz; y que algún día
Abatirá por siempre el despotismo.

Todo en polvo convierte cuando el hombre
Quiere hacer en la tierra un Dios mentido;
Por eso has visto tronos esplendentes,
Cetros, coronas, púrpuras y tiaras,
Á la tierra caer despedazadas;
Por eso ha visto el mundo ensangrentarse
Sus mares, y sus lagos y sus ríos,
Y en los cadalsos perecer sus reyes...... !
Y el pueblo triunfador...... el pueblo solo
Con majestad doquiera proclamarse
Como el único rey del universo!
Unico, eterno en todas las edades
Dominador será...... Por eso tiemblen
Los déspotas del mundo...... vendrá pronto
El fin de los tiranos !—Dijo, y luego,
Netzahualcoyotl, de entusiasmo lleno,
Exclamó con acento de profeta:
" Tiranos de la tierra esclavizada
" Que oprimís á los pueblos abatidos;
" Déspotas de la tierra, abrid los ojos
" Y ved escrito en el sangriento solio
" El *Mane thecel phares*, de ese imperio
" De iniquidad: ya los opresos pueblos,
" Conmovidos serán, y al eco sólo
" De civilización, la América gigante,

" Como eterna señora de los mares,
" Armará sus bajeles, tremolando
" De libertad el pabellón augusto.
" Y llevará á las playas más remotas
" La regeneración á las naciones:
" Y sólo con un látigo sus manos,
" Arrojarán del solio á los tiranos."
—Dijo: y entre las nubes elevándose,
Se perdió con Hueman por las alturas.
El iris, las antorchas y los pórticos,
Todo desapareció: mientras las nubes,
Que formaron los tronos esplendentes
Su vapor divagaban al tenderse
En torno á los inmensos horizontes.
Entretanto al Ocaso lentamente,
El carro de la luna descendía;
Mientras de estrellas el concurso inmenso,
En los hondos espacios de los cielos
Iban perdiendo sus brillantes luces,
Porque de nácar nítido y violeta,
Comienzan á tenderse en los confines
De los vastos, inmensos horizontes,
Cortinajes magníficos que anuncian
Que se acerca la aurora esplendorosa,
Coronada de flores, derramando
En los campos torrentes de rocío,
Flores en los jardines, y en los mares
Espumas transparentes, cristalinas:
Los céfiros comienzan en las selvas
A susurrar y á despertar las aves
Que en sus dulces gorjeos á la aurora
Entusiastas saludan; los arroyos
A murmurar comienzan, y las cumbres
De las montañas á cubrirse empiezan
Del alba con los cándidos celajes.

Por fin la noche se hunde en Occidente,
Recoge presto su estrellado manto,
Y en el confin lejano del Oriente
Aparece la aurora esplendorosa
Al entonar los pájaros su canto.

CANTO SEGUNDO.

IEZ veces y seis más, el mes de Marte
Mirado habrá el sol de los antípodas
Cruzar el hemisferio de la América,
Dorando las montañas y los prados,
Los mares, los arroyos, las campiñas,
Los pueblos, las ciudades opulentas,
De la rica nación de Moctezuma.

Quinientas lunas el zenit del cielo
Habían alumbrado desde la hora
En que del Golfo mexicano hendieran
Las turbulentas olas, los bajeles
De la reina y señora de los mares,
La opulenta Albion y los navíos
De la orgullosa Iberia que surcaban
Por cuarta vez atlánticas las olas
Que gimieron un día al eco fuerte
Del gigante Colón y al grito fiero
Del gran conquistador, del arrojado,
Intrépido Cortés, que con su acero
Los dioses falsos derribó, invocando
La santa religión de Jesucristo,
Al descargar el golpe de su espada...... !

Quinientas lunas alumbrado habían
Desde esa hora fatal en que mirando
La España de Isabel y de Victoria
La Albion, de la Francia la perfidia,
Dieron al viento sus tendidas velas
Otra vez á las playas de la Europa,
Para no obscurecer sus pabellones.

Quinientas lunas recorrido habían
El hemisferio, desde aquel instante
En que las naves del Señor de Francia
Traspusieron del Golfo el oleaje,
Creyendo en sus delirios ambiciosos
Que la tierra de Hidalgo y de Morelos
Era la patria degradada, abyecta,
Del miserable, imbécil argelino.

Trece meses corrieron desde el día
En que de Solferino los laureles
Bajo los duros pies de los caballos
Del soldado guerrero de mi patria
Quedaron marchitados, cuando el eco
Al oír del invicto Zaragoza,
Brilló más esplendente el sol de Mayo
Al abatir, rugiendo de despecho,
Laurencez á sus águilas triunfales,
Que á cien débiles reyes de la Europa
Mil veces orgullosas humillaron.

Diez veces y seis más el mes de Marte
Iluminaba el sol las altas cumbres
De los volcanes, y las altas torres
De la heroica ciudad de Zaragoza;
Y apenas asomaba en el Oriente

La aurora de ese esplendoroso día,
Cuando llegó un heraldo mexicano
En su bridón violento, jadeante,
Bañado de sudor, de espuma blanca
Lleno el freno, que tasca con bravura:
Penetró en la ciudad de los guerreros,
Y preguntando por el jefe, al punto
Es conducido á su presencia, y luego,
Así, agitado y trémulo, le dice:
—General ciudadano, sus fulgores
Apenas el lucero matutino
Comenzaba á asomar por el Oriente,
Cuando el eco sonó de los clarines
Del ejército galo; y se escucharon
De la guerrera caja los redobles
En las tendidas lomas de Anahuacan:
Al punto por doquiera movimiento
Se observa, acuden todos, se organizan
Los batallones, ármanse los carros,
Y rueda la pesada artillería,
Y relinchan briosos los corceles
Que parece que anuncian la batalla,
He visto organizarse las columnas;
He visto destacar fuerzas potentes,
Para cubrir los flancos, y entretanto,
He visto al franco, que se jacta audace
De llamarse valiente y esforzado,
Acciones cometer de cobardía.
—Bien, dijo el general: eres cumplido:
Párte en otro corcel, vuelve animoso,
Y observa al enemigo.—Dijo, y luego
El general se apresta á la batalla.
Rápido como el mismo pensamiento,
Volvió el ginete presto á su destino.

Suena en tanto el clarín en los contornos,
Y aquí y allí se aprestan al combate
Los valientes que entonan entusiastas
De la patria los cánticos heroicos,
Mientras vuela el ginete galopando.

La cuarta parte apenas recorría
Del hemisferio el sol resplandeciente,
Que en nuestro suelo en Marzo caluroso
Flores derrama en todas las campiñas,
Cuando imperioso se oye el estallido
Del cañón de Loreto y Guadalupe,
Que resonando, á la ciudad desciende
Como señal que anùncia á los guerreros
Que el galo audaz con ímpetu se acerca.

No bien el eco del cañón retumba
De Puebla en los palacios, cuando al aire
Se tiende el pabellón de tres colores
Con majestad, como anunciando un día
De triunfo y de victoria inmarcesible.
El eco del clarín conmueve el viento
Con el bélico són de generala,
Que al combate convoca presuroso;
Aquí y allí presèntanse contentos
Los generales, los patricios, todos,
Que acuden y demandan entusiastas
Armas para luchar. De blanca espuma
Llenos están los frenos de los briosos
Y bélicos corceles, que relinchan
Ricamente enjaezados y ostentando
Magníficos y espléndidos arneses;
Parecen los caballos de un torneo
Que á su doncel esperan impacientes,

Más bien que los caballos de batalla;
Mientras por la ciudad repite el eco
De las marciales dianas, se presenta
En un soberbio potro jerezano
De Calpulalpan el soldado invicto,
Cercado de cien jóvenes ginetes,
Que ostentan sus vistosos uniformes
Y una banda terciada en que se miran
Los tres colores del pendón de Iguala:
Uno de ellos conduce el estandarte
Emblema de la patria y de sus glorias:
Veloces como el rayo, del palacio
Sale Ortega, y Negrete, y Berriozábal,
Y Llave, y Lamadrid, y Huerta y Díaz,
Y otros jefes, ansiosos de combate.
Recorren presurosos y animados,
Los fuertes, las murallas y los fosos,
Las ramblas que rodean Zaragoza:
Y en cada fortaleza, en cada muro,
Do se presenta Ortega, vibra el viento
Repitiendo mil cánticos marciales:
Ortega, en cuya frente reflejaba
De Calpulalpan la esplendente gloria,
Así les dice á todos los guerreros:

"Hijos de la República! La hora
"Sonó ya del combate; á nuestro frente
"Están ya los guerreros indomables,
"El terror de la Europa esclavizada!
"Vedlos allí; ¡valor! que con nosotros
"Está de Zaragoza el invencible
"La augusta sombra, y con nosotros lucha;
"Mirad á Guadalupe; allí os espera
"La gloria que cubrió á nuestros valientes

"El quinto día del florido Mayo!
"El mismo sol alumbra vuestra frente,
"Y en muchos de vosotros brilla el lauro
"Que en ese día conquistó la patria.
"¡Gloria á la Independencia Mexicana!
"¡Gloria á la libertad que nos legaron
"El inmortal Hidalgo y Zaragoza!"

Dijo, y estrepitosos resonaron
Mil vivas á la patria y á los héroes;
Después que recorrió los campamentos,
Llegó Ortega á la plaza do se eleva
La estatua virginal de la Victoria,
Y allí tiene lugar un acto tierno,
Que nos hizo verter glorioso llanto:
Desplegaron en orden de batalla
Mil valientes ginetes que con pena
Detienen la impaciencia á sus corceles;
Animosos esperan la bandera
Del regimiento que ondear desean
Enmedio del fragor de la batalla:
Súbito un grito se extendió en el viento:
¡Gloria á la Independencia soberana!
¡Viva el héroe valiente de Silao!
¡Victoria al vencedor de las Peñuelas!
Es Ortega que llega en su arrogante
Y brioso corcel, acompañado
De su estado mayor, cuya apostura
Les semeja á los ricos mariscales
De los pueblos guerreros y opulentos;
Luego que llega embraza la bandera
En que las armas nacionales brillan
De laureles de oro coronadas.
"Mexicanos, exclama, en este día

" De inmortales recuerdos á la patria,
" Yo os entrego el pendón de nuestras glorias;
" Allí está el enemigo; en este lábaro,
" El lábaro llevad de la victoria,
" Llevadlo siempre al frente, que sus águilas
" Espantarán al león de Solferino;
" Jamás le abandonéis; sus tres colores,
" De la patria las glorias simbolizan:
" Si á su sombra por siempre estáis unidos,
" Mexicanos, jamás seréis vencidos ! "

Dijo, y al punto la entregó en las manos
Del jefe, enmedio de entusiastas vivas;
De allí, mientras gozosos los ginetes
Acuden á sus puestos, se dirigen
Ortega á Guadalupe, acompañado
De los heraldos y los jefes todos.
Al cruzar por las calles opulentas
De la invicta ciudad de Zaragoza,
Coronas de laurel, ramos de flores,
Arrojan por doquier de las alturas,
Y entre gritos de aplauso y entusiasmo,
A Ortega en todas partes vitorean:
Él, con la frente erguida, con la risa
En los labios, á todos les saluda,
Y enmedio de ese triunfo prolongado
Llega de Guadalupe á la colina:
Los generales todos le rodean,
Mientras observa las columnas galas;
Se apodera del óptico instrumento
Y comienza á observar; el enemigo
En orden de batalla desfilando,
Del Anáhuac las lomas trasponiendo;
Pasando por los campos esmaltados

Frente á frente del bello Guadalupe;
En tanto por el centro, en el camino,
Se divisan del galo las columnas
Serpenteando cual víbora gigante,
Erizada de acero; los marrazos
De la vistosa, altiva infantería
Brillan del sol al reflejar la lumbre.

De pronto esa serpiente gigantesca
Se detiene un momento, y semejante
Al dragón infernal á quien nos pintan
Con múltiple cabeza, al ondearse
Asoma otra cabeza que otro rumbo
Toma con dirección á la Malintzi;
Toma otra parte, el centro del camino,
Y se detiene un poco. Se parece
A una inmensa serpiente perezosa
Cuyas muchas cabezas gravitando
Por su peso terrible, toma aliento
Para poder seguir en su camino,
Lento, pesado, soñoliento y grave:
En tanto el sol en su carrera sigue
Imperturbable, y al zenit avanza,
Ardiente como lo es en las regiones
Que se acercan al trópico de Marzo.

El sol de primavera á plomo lanza
Sus rayos que refleja la llanura,
Y hace tomar descanso á las legiones
Del galo audaz que ordena su batalla
En medio de la espléndida campiña:
Medroso, sin embargo, por sus flancos
Destaca vigilantes avanzadas,
Y en pabellón sus armas brilladoras

Coloca, en tanto que el calor declina:
Entretanto que Ortega el movimiento
Examina del pérfido enemigo,
Negrete va á la plaza refrenando
Su potro pinto que la espuma arroja,
Y el pedernal rompiendo de las calles
Con los herrados cascos lanza lumbre
Al golpe atronador de sus pisadas.
Seguido de otros jefes y ayudantes,
De la plaza recorre las reservas
Y después de ordenar sus batallones,
Sus escuadrones todos y el repuesto
De sus atronadoras baterías,
Así entusiasta á los soldados dice:

"Soldados de la patria, el extranjero
"Por fin sacude la inacción, se mueve,
"Y tal vez el fragor de sus cañones
"De Puebla heroica vibrará en las puertas,
"Y querrá con sus bombas de Crimea
"Amedrentar vuestro valor heroico!
"Pero también muy presto abatiremos,
"Como el cinco de Mayo, á sus legiones!
"No lo dudéis, de México el soldado
"Vale más que el terror de Solferino;
"Recordad á Acultzingo, á Guadalupe,
"Tampico y Acapulco, donde el bravo
"Terror de las naciones de la Europa
"Huyó despavorido y espantado;
"El que invencible se soñaba un día,
"El que abatir creyó nuestros pendones,
"Sólo al dejarse ver, á nuestras plantas
"Ha mordido la tierra al humillarse;
"Soldados, tened fe, que un triunfo heroico

" Coronará, os lo juro, vuestra gloria!
" Que el sol de Mayo que alumbró la frente
" De vuestras raudas águilas triunfales,
" Reflejará en los lauros con que adorne
" Vuestras altivas frentes la victoria!"

Dijo: y en Zaragoza resonaron
Mil himnos y entusiastas clamoreos:
A la vez las columnas invasoras,
Como pesada sierpe que despierta,
Lentamente sus círculos tendiendo,
Desarrolla en el campo al dilatarse
En toda su gigante corpulencia;
Se forman en batalla, desplegando
Sus columnas en alas frente al cerro
Inmortal de Loreto y Guadalupe,
Mas fuera del alcance formidable
De nuestra tempestosa artillería;
En ángulos entrantes se dilatan
Estacando sus tiendas que á lo lejos
Naves parecen que sus velas tienden
Sobre un inmenso golfo que semeja
La esmaltada extensión de la campiña
Por las verdes colinas limitada.

Tres columnas destacan avanzando
Frente á nosotros, lejos de los tiros
De nuestras baterías; en tanto cruzan
A derecha é izquierda sus mitades;
En esto ya la tarde se avecina,
Y Ortega, descendiendo de los cerros,
Se detiene un momento porque mira
A lo lejos un grupo que se avanza
Con rapidez al campo mexicano:

Entre el polvo que se alza en la llanura
Mil luces brillan; trueno estrepitoso
Del rifle matador; del enemigo
Se separa un soldado entre los fuegos
Que lanza sobre el grupo, y se adelanta
Y se vanza, y le siguen, y le acosan,
Y en medio del fragor de los fusiles
Pudo llegar al grupo, que era un trozo
De fuerzas mexicanas: á las filas
Llegó del mexicano campamento
El desertor francés, ya jadeando,
Bañado de sudor, con descompuesto
Semblante que la angustia desfigura.

El general le mira y se detiene:
Era un soldado de Vincens el joven
Desertor de las filas de los galos,
Y luego que después de algún reposo,
Ya pudo hablar, con eco conmovido
Así le dijo al general: "Gran jefe,
" Me llamo Eugenio: al mexicano suelo,
" Como otros mil, yo vine seducido
" Por buscar bienestar, y en la defensa
" De la sagrada libertad del hombre;
" He abandonado el suelo de mi cuna,
" He dejado mis padres, mis amores,
" Por conquistar la gloria del guerrero;
" He peleado en la entusiasta Italia,
" He luchado en Palestro y Montebello,
" Y allá en Sebastopol. De la Crimea
" He visto las batallas formidables......
" Que á defender venimos á los libres,
" Se nos dijo en Europa, y he mirado
" Que aquí la grata libertad impera,

" No la barbaridad; que la cultura
" De México se encuentra en las regiones,
" Y que el tirano imbécil de mi patria,
" De su ambición llevado, la conquista
" Quiere lograr del pueblo mexicano;
" Y yo, que cual soldado en la Crimea
" Supe cumplir con militar decoro,
" Recuerdo que soy libre ciudadano,
" Y quiero, ó ver el triunfo de los libres,
" O con los libres sucumbir ufano."

Dijo, y Ortega, de entusiasmo lleno,
Dióle un estrecho abrazo, y en las filas
Del mexicano le dejó contento;
Y con gentil decoro y voz guerrera
Así le dijo Ortega: "Hijo de Francia!
" A los hijos de Francia verdaderos,
" Vuestros libres hermanos, en mi nombre
" Decidles: hijos ínclitos de Francia,
" México libre os ama como hermanos
" Si defendéis la libertad augusta;
" Mas si sólo seguís al despotismo,
" Contra vosotros luchará valiente
" Hasta vencer al vándalo insolente!"
Dijo: y luego del cerro descendiendo,
Se dirigió á la plaza entusiasmado,
Mientras mandó un heraldo al campamento
Del invasor, que al declinar la tarde,
De la noche en las sombras, sagazmente
Arrojóle entusiasta una proclama,
Que en lenguaje francés así decía:

" Soldados liberales de la Francia,
" Si á Napoleón el déspota olvidarais

"Un momento tan sólo recordando
"A la Francia, el cañón cuyo estallido
"Va á sonar en los montes y en los valles
"Como alarido horrible de matanza,
"Tronará entusiasmando á las naciones
"Como el himno sagrado que anunciara
"El amor de los pueblos generosos......!
"El déspota os ha dicho en sus delirios,
"Que á derribar venís la tiranía,
"Y váis á asesinar á un pueblo grande!
"Y México en un mundo representa
"La independencia de los pueblos libres:
"Os mandan á destruir á la reforma;
"Y esa misma reforma que á la Francia
"Hace catorce lustros hizo grande,
"Es la expresión de la conciencia humana.
"¿Cuáles los males son que los aztecas
"Han causado á la Francia y á la Europa?
"Dar generoso asilo á sus proscritos,
"Preconizar sus glorias, ovaciones
"Tributar á sus ínclitos guerreros;
"La frente coronar de sus poetas,
"Estudiar á sus sabios, monumentos
"A sus artistas erigir grandiosos,
"Amar á sus filósofos; su oro,
"Y sus riquezas todas, dar al mundo.
"Arrojad el fusil que en vuestras manos
"Ha puesto Napoleón, el hombre grande
"A quien llaman el hombre de Diciembre:
"Y probaréis al mundo que vosotros,
"Que adoráis á los libres en Europa,
"No podéis despreciarlos en América:
"Soldados! si olvidáis estas verdades
"Que habéis preconizado por doquiera,

"Cuando sobre montones de cadáveres
"Paséis, ríos de sangre atravesando,
"Veréis que el mexicano es pueblo libre,
"Y aunque arraséis ciudades y ciudades,
"Mil y mil pueblos seguirán la lucha
"Por montes, y por valles, y por mares;
"Y cuando al fin cedáis al fuerte impulso
"De la constancia del valor azteca,
"Aunque quede de México el cadáver,
"La gloria cubrirá su frente helada,
"Mientras las maldiciones de los siglos
"A Francia cubrirán de oprobio eterno."

Llegó entretanto al centro de la plaza
El intrépido Ortega, fatigado,
Pero entusiasta y de ardimiento lleno;
Aclamado doquier por los cantares
Del frenético pueblo que se agolpa
En todas direcciones delirante;
Por lanzarse á la lucha los guerreros
Arman en tanto en pabellón sus rifles.
Mientras esto pasaba allí, se acerca
Una heroina de mirada ardiente,
De tez morena y lánguida cintura,
De talle esbelto y frente majestosa,
Y en sus mejillas que el carmín cubría
Radiaban los destellos de la gloria.
Con majestoso paso se dirige
A dar encuentro al jefe del Oriente
Que también animoso y entusiasta,
Con su mirada sola enardecía.
Elodia se llamaba la heroina
Que así prorrumpe con sonoro acento:
— "Hijos de las montañas, indomables

" Guerreros de alma altiva, independiente
" Como el águila heroica que se anida
" En las crestas soberbias de las rocas:
" Vosotros que nacisteis en los hielos
" Del Norte de mi patria; y los que ardientes
" Respiráis el ambiente perfumado
" Por las mil flores que en el Sur despliegan
" Su embalsamado aroma en las orillas
" De aquellos ríos claros y gigantes;
" Que os arrullaistes al feroz silbido
" De los fuertes terribles huracanes
" Y al eco atronador de los torrentes,
" Otra vez embrazad vuestra bandera,
" Empuñad otra vez vuestros aceros
" Que ya tenéis al frente á los terribles,
" A los conquistadores de cien pueblos,
" A los bravos franceses cuya espada
" Estremecer ha hecho á las coronas
" Y á los cetros de reyes opulentos.
" ¡ Y son los mismos que vencer supisteis
" Allí de Guadalupe en la colina......!
" Hijos todos de México, elevemos
" El hosanna magnífico; se acerca
" El momento feliz; esos leones
" Cuyo rugido estremeció el desierto
" Están frente á nosotros, mas no importa !
" De libertad el hijo esclarecido,
" El más firme sostén de la reforma,
" El fiero vencedor del despotismo,
" El soldado demócrata del pueblo,
" Aquí está con nosotros; no temamos,
" Que él os guiará con gloria á los combates
" Y él os hará cortar verdes laureles;
" En vuestras frentes el fulgor asoma

" Del sol de libertad que limpio irradia;
" Yo soy débil mujer, mas he nacido
" También entre las rocas de los montes
" De la heroica y la libre Zacatecas;
" Yo os acompañaré, que si á mis ojos
" Como débil mujer se asoma el llanto,
" Yo iré á la tumba cuyo polvo os cubra,
" Y de esa planta que en los montes nace,
" De esa verde esmaltada siempreviva,
" Colocaré coronas como emblema
" De la inmortalidad de vuestra gloria."

Así exclamó la conmovida joven,
Que nos recuerda los heroicos tiempos
De la guerrera y poderosa España;
Mientras el jefe, conmovido, apenas
Pudo una flor ponerle en la cabeza,
Siguiendo su camino presuroso
Hacia el palacio donde el pueblo espera
Con impaciencia las brillantes armas;
Y mientras por doquiera victorean
Las masas populares á los héroes,
En medio de las turbas se presenta
Un hombre de figura venerable
A quien el pueblo conmovido sigue,
Es un ministro del altar divino,
Digno apóstol del Dios de los cristianos;
Orestes es su nombre, es sacerdote,
Pero no sacerdote fariseo
De los que en opulencia las ciudades
Sustentan, mientras lloran de miseria
De hambre y dolor virtuosas humildades
A quien la idiota sociedad olvida
Y deja perecer en el desprecio.

Es un ministro del altar, humilde,
Mas lleno de la fe de los cristianos,
De esa celeste fe con que en el templo
De Dios al celebrar la maravilla
Preconiza del Cristo el Evangelio;
Y así exclamó con entusiasta acento:

"Guerreros impertérritos de Oriente,
"Ha llegado el momento del peligro!
"Frente á vuestras murallas está el galo
"Planteando sus reales! vuestros ojos
"Ven colocar sus tiendas y distinguen
"El brillo de sus límpidos aceros.
"Esos guerreros toques que aún resuenan
"De Puebla heroica en los extensos ámbitos,
"Ese brillo de gloria que se mira
"Dando á vuestros semblantes el contento
"Y á vuestro corazón latidos bélicos,
"Preludios son que la victoria anuncian.
"La inmaculada fe de nuestra alma
"Se ve resplandecer en vuestra frente;
"Libres los hijos sois de la República,
"No podéis ser vencidos por esclavos......!
"Ya sabéis quiénes son esos valientes,
"Son de Bailen los ínclitos guerreros,
"Los héroes de Gerona, los terribles,
"Que huyeron al mirar vuestras banderas
"Allí al oír de Zaragoza el nombre!
"Doquier tornad la vista: en Acapulco
"Alvarez, el soldado veterano
"Que aprendió á combatir cuando Morelos
"Rechazaba de España los leones,
"Ya los venció también. Ved Zaragoza;
"Allí también las imperiosas águilas

"Han deshojado sus brillantes lauros;
"Ved á Tabasco: la imperial bandera
"De Napoleón tercero fué rasgada
"Allí también, de Anáhuac por el águila:
"¡Soldados del Oriente! no os arredre
"El número mayor del enemigo,
"Que el Dios de los ejércitos os guía,
"El Dios del pueblo, el Cristo del Calvario!
"¡Yo con vosotros estaré, le ha dicho
"Al que la libertad ame del pueblo!
"Nada temáis, que si mi voz humilde
"Eco en vosotros halla, ni un momento
"Os dejaré al fragor de la batalla;
"Yo estaré con vosotros; que el histórico
"Sacerdote también es un soldado......!"

Así exclamó el ministro, y sus acentos
Resonaron en todos los confines
Con mil vivas que en torno se elevaron,
Y como un triunfo por doquier llevaban
En lágrimas bañado al sacerdote,
Con amorosas lágrimas de gloria.

La noche en tanto asoma en el Oriente
Comenzando á tender su obscuro manto
Tachonado de estrellas á millares;
Mientras que el sol, que se hunde en Occidente,
Va á alumbrar las antípodas regiones,
El enemigo sigue dilatando
Su campamento fuera de la ofensa
De nuestras baterías; en la noche
Espera acaso preparar su ataque.
El mexicano listo, por doquiera
Manda sus vigilantes apostados,

Y el movimiento del francés observa:
Sale otra vez el jefe del alcázar,
Recorre las murallas, los fortines,
Mira los campamentos, les renueva
Sus afectos de amor á los soldados......
Luego todo se queda en el silencio,
Que sólo se interrumpe por el eco
Del alerta que grita el centinela,
De la ciudad en los lejanos muros.

Así pasan las horas lentamente
Al limpio cintilar de las estrellas,
Y al suave susurrar del manso viento:
Llega la media noche: ya la Osa
Que gira en torno á la polar estrella
Al Occidente rápida bajaba;
La ciudad parecía sumergida
En el profundo sueño, que velaban
De Puebla los heroicos defensores;
Y nada interrumpía aquel silencio
Imagen de la muerte: ni las brisas,
Ni esos vagos rumores de la noche
Se oían en la atmósfera serena;
Sólo de tiempo en tiempo se escuchaba
Del monotono péndulo el ruido
Allá en las altas torres, como el eco
Del alerta perpetuo que en las horas
Tiene la eternidad, diciendo al hombre
Que el tiempo siempre sin cesar transcurre.

Era la media noche. Allí á lo lejos,
Cerca de las muralllas, al Oriente
De la ciudad, destácase una hermosa
Casa de campo, que en la sombra obscura

De la noche, parece gigantesco
Un castillo feudal, por sus almenas
Y por los altos cerros que de fondo
Le sirven al mirarlos en la noche:
Arboles corpulentos la circundan,
Y luego un foso que permite el paso
Cuando caer se deja con cadenas
Un muy pesado puente levadizo.

Al Norte, entre columnas, una reja
Limita la extensión que un jardín forma,
Separado y distante de los otros
Jardines, pabellones y aposentos:
Al penetrar á esa mansión se siente
Una brisa suave, y se percibe
El aroma del nardo y los jazmines,
Del jacinto, el geranio, la amapola,
Las azucenas y los rojos lirios,
Y las rosas fragantes, los claveles,
La trinitaria, la ambarina, el blanco,
Suave y aromoso floripondio,
El alhelí, la acacia, la violeta,
La rosada camelia, el oloroso
Y bello toronjil, los girasoles,
El azahar, el tulipán, los juncios,
Y millares de flores que exhalaban
Un agradable, embriagador ambiente,
Aunque tienen sus cálices dormidos,
Allí bajo los fresnos y los chopos,
Que unen de madreselva las cadenas,
Y entre obscuros sauces y naranjos
Que la hiedra circunda en espirales,
Y verdes y pomposos limoneros
Que abrazan los mastuerzos de oro y plata.

Está sobre del césped reclinada,
A orilla de una fuente cristalina,
Una joven hermosa y apacible,
De ojos negros y lánguida mirada,
De tez morena y nacarados labios,
De negra cabellera suave y blonda,
Que en su cuello de cisne juguetea;
De talle esbelto cual la erguida palma.
A ratos en la fuente fija incierta
Sus miradas, queriendo en sus cristales
Hallar tal vez un eco á su recuerdo;
A ratos se dilata en la llanura
Su vista indagadora, y otras veces,
Mirando las estrellas de los cielos,
Extática se queda contemplándolas,
Como si en esas letras leer quisiera
Algún augurio á su fatal destino;
Y calculando de ellas en el curso
La carrera del tiempo de la noche,
Iba midiendo las tranquilas horas:
De repente se fija, y hacia un ángulo
De aquel jardín dirige sus miradas;
Recoge silenciosa el blanco armiño
Que le abriga, y se queda taciturna:
Un ruido suave se percibe
En el follaje y en las hojas secas
Que aún han dejado huella del invierno
Que veloz arrojó la primavera.

—Él es! exclama Elena con voz blanda,
Es Herlindo.—A ese tiempo dió la hora
Que interrumpe el silencio de la noche,
Y á la vez la luz roja de un cohete
De los que arrojan en la plaza brilla

Como rojo relámpago en la altura,
Y con su ruido estrepitoso y rápido
Hizo temblar á la gentil doncella.

—Él es! volvió á exclamar al reponerse
De aquella conmoción tan repentina:
De improviso aparece hermoso un joven,
De talle esbelto y agraciadas formas,
Ojos brillantes y color rosado,
Según la claridad que las estrellas
Vierten en esa hora de la noche:
Un rizado bigote y poca barba
Dibujan los contornos de sus labios
En que amorosa risa juguetea;
Viste uniforme y trae en su cintura
Una brillante espada, y dos pistolas.
—Elena!—Herlindo! á un tiempo se dijeron
Los dos al saludarse; y luego Elena
Así dijo con tono melancólico:
— Herlindo, ¿por qué tardas? ya las Pléyades
Rápidas van cayendo al Occidente......
Mira á Saturno lejos, mira el carro
De la Osa que se hunde; cinco luces
De esos cohetes que la plaza arroja
Para indicar tal vez su vigilancia
Han cruzado el espacio estremeciéndome:
Desde que en este sitio solitario
Llena de amor y de pesar te espero,
Del gallo el canto que me asusta he oído,
Y el alerta siniestro del soldado
Ha herido mis oídos veinte veces.
— Perdóname, señora, dijo Herlindo,
Pues que me lo impidió deber sagrado:
Yo anhelaba venir á contemplarte,

Tu belleza admirando seductora
Y respirar tu embriagador aliento,
Y escuchar de tu voz la melodía,
Y gozar á tu lado en esas horas,
Dicha suprema, sin igual ventura.

Cuando pienso que pronto sin temores,
Sin escalar el muro, sin el riesgo
Con que el lecho abandonas, esperándome
En el triste jardín que nos encanta
Y mía te llamaré delante el mundo,
Siento latir mi corazón violento.—
Dijo: y de Elena al estrechar la mano,
Le imprimió un beso en la morena frente.
—Sí, muy pronto, muy pronto, dijo Elena,
Dios unirá nuestros amantes pechos,
Y bendición dará á nuestros amores......!
Pero ¿qué indican esas armas? dijo,
Al mirar esos bélicos arreos
De Herlindo. ¿Eres soldado de la patria?
¿Te presentaste ya, como has venido?
¿Cómo faltas, Herlindo, de tu puesto?
Si un contratiempo tienes, me atormentas,
Me martirizas; vuélvete, bien mío.
—Oyeme, Elena: mi entusiasta padre,
Lleno de los recuerdos de su tiempo,
Conserva con orgullo sus blasones;
Y hoy que viene la Francia generosa
A restituir los fueros ultrajados,
A enaltecer las glorias de la Iglesia,
A elevar del ejército el prestigio,
Ordenóme salir esta mañana
En pos de Telamon, y con él vengo,
Vengo con el ejército de Francia;

Y he burlado al vigía sin que me viera,
Sólo por verte, angélica hermosura,
Sólo por respirar tu dulce aliento."—

Mientras Herlindo hablaba, amargo llanto
Elena derramaba de sus ojos,
Y en el silencio ahogándose gemía.

—Mas tú lloras, Elena, dijo Herlindo.
—Herlindo!...... ¿y me preguntas? yo pensaba
Que eras tú mexicano, que en tus venas
Circulaba la sangre generosa
De los hijos de Anáhuac; que tu pecho
Emociones purísimas sentía... .....
Y que abrigaba tu alma pensamientos
Grandes como mi mente imaginaba.........
Dijo Elena, anegándose en su llanto.

—Elena, dijo Herlindo con bravura,
Voy á empuñar mi acero en la batalla
Por defender los fueros sacrosantos
De nuestra religión, de nuestra gloria;
Caballero de nobles ascendientes,
Con la Francia magnánima me asocio
Para vengar los pérfidos ultrajes
Con que ha manchado su pendón mi patria:
Quiero ceñir de lauro una corona
Y venir á ponerla ante tus plantas.

—¡Basta!... Herlindo... no sigas!... á tu campo
Vuélvete al punto, olvida para siempre
A esta infeliz mujer que en sus delirios
Llamarte pudo el ángel de sus sueños......
Lucha, asóciate alegre al extranjero

Que profana la tierra de mi patria,
El suelo en que nacieran mis mayores;
Ve á derramar la sangre mexicana,
Las huellas al seguir de los traidores!......
Dijo Elena enjugándose los ojos.

—Elena, exclamó Herlindo. ¡qué pronuncias!....
¡Así alejas de mi alma tus encantos!
¡Será posible que de amarme dejes!
Sin tu amor nada quiero, Elena, Elena,
Yo no quiero la vida; tú alentabas
Tan sólo mi existencia que corría
Deslizándose blanda; imaginando
Siempre mi pensamiento tu belleza,
Tus gracias, tus virtudes, y tu encanto,
Mi vida hermosa sin cesar hacía......!

—Véte, Herlindo; la noche se adelanta,
Y aunque ya para siempre separamos
Nuestras almas, yo temo por tu vida:
Vuélvete al campamento de tu bando:
Te amaba...... tal vez te amo...... acaso, Herlindo,
Muera yo de dolor: tal vez no pueda
Vivir sin ver la lumbre de tus ojos,
Sin oír de tu voz el grato acento......
Pero en mi pecho late mexicano
Un corazón ardiente, y yo prefiero
Morir siendo por siempre mexicana,
Que poder humillarme á los traidores......
Yo los maldigo! y antes los escombros
De esta invicta ciudad mis restos cubran.
Adiós, Herlindo, adiós!...... y nunca, nunca
Recuerdes que existí: que aunque el estruendo
Del arma aterradora me estremezca,

Yo rogaré por tí; y al Dios del orbe
Pediré que conserve tu existencia
Porque tienes un padre cariñoso,
Porque una madre por tu vida llora...... !
Adiós ! ...... olvida tu dolor. El eco
De la guerra te anime en el combate.—
Dijo: y veloz cubriéndose los ojos
De que corría el abundante llanto,
Se perdió entre los chopos y las flores.
Herlindo, como estatua, ni veía,
Ni pudo articular un solo acento,
Ni lanzar pudo un lánguido gemido,
Ni pudo detener á la doncella,
Porque un horrible peso le oprimía:
¡ La traición ! ...... ¡ la traición ! ...... apenas pudo
Exclamar de sí mismo horrorizado
Después de largo tiempo de silencio:

¿ Será verdad ? Ahogándose decía,
Que no me ama...... ! Bien...... ya no me ama !
Yo soy traidor...... ! ¡ oh padre ! tus mandatos
Cumplo; soy infeliz en este mundo,
Ya me pesa la vida: ¿ de qué sirve
La vida sin honor ? La muerte quiero,
Ya que soy un traidor para esa Elena,
Esa virgen tan pura, tan hermosa,
Y que ya no me ama ! Allí en la lucha
Quiero morir, que confundido quede
Mi nombre y mi cadáver, y se ignore
Que un hombre más vivió sobre la tierra ! ......
Dijo, y aquel jardín abandonando,
Con pecho opreso se alejó llorando.

Ya cuatro veces repetido había

Del soldado el alerta resonante
Interrumpiendo el funeral silencio;
Y en esa misma hora reflejaba
Roja luz del cohete en las alturas,
Cuando Herlindo, confuso, atravesaba
De regreso los campos taciturnos
Que separan las patrias fortalezas
De la ciudad, del franco campamento
A donde el invasor puso sus tiendas.

Al volver del jardín para su alcoba,
La varonil Elena, entre sollozos
Que detener no pudo, sobre el lecho
Se reclinó, y á poco, de rodillas
Se puso ante la imagen angustiada
Del Salvador, que gime allá en el Huerto,
Y al cielo dirigió plegaria humilde,
El auxilio pidiendo por Herlindo.

Entretanto en los campos nacionales
Todo era movimiento; se esperaba
Una sorpresa del francés, y todos
Enmedio del silencio discurrían,
Aquí y allí, cumpliendo la consigna.
Ortega, vigilante, las murallas
Recorrió, animando á los guerreros,
Para que al despertar de la mañana,
Listos los jefes todos estuvieran;
Y mientras, al cubrirse entre las nieblas,
En la plaza se aprestan los guerreros;
También los extranjeros batallones
Preparan otra vez sus proyectiles.
Elena en tanto, orando silenciosa,
Esperaba la luz de la mañana,

Y ya que los susurros de la brisa
Fresca sintió, sus blancas vestiduras,
Y los brillantes de su terso cuello,
Y los bellos y ricos atavíos
Se quitó, y cubriéndose de negro,
Otra vez al jardín salió la hermosa:
Al ver aquellos sitios que mil veces
Oyeron de su amor el juramento,
Al oir el murmurio de esa fuente
Que mil veces oyera los delirios
De su imaginación acalorada,
Al sentir el aroma de esas flores
Que perfumaron el amante pecho
De Herlindo, cuando un ramo le ponía,
Dió corriente á su llanto sin medida,
Y sentada en el césped, anegada
Quedó en su llanto, que mojó la tierra,
Esperando la luz de la mañana.

CANTO TERCERO.

ILENCIO sepulcral envuelve al mundo:
Tranquilo duerme el corazón que sabe
Cumplir con los deberes que le impone
El mandato inmortal de la conciencia,
En medio de la noche que ya cede
Otra vez su lugar al nuevo día.
También alguna vez la virtud vela
Porque medite grandes pensamientos
En honra y prez de la brillante gloria,
En honra y prez del genio ó de la patria.
El sitiador francés su fuerza apresta,
Y sus trenes, sus carros, sus cañones,
Alista antes que llegue la mañana;
Mientras el esforzado mexicano
Del enemigo observa el movimiento;
Y en tanto esto acontece, y transcurriendo
Las horas, van dos jóvenes amantes,
Por la patria también el sueño dejan:
En una casa al lado de Occidente,
En un vasto salón iluminado,
Y en el que los aromas se perciben
De mil fragantes flores que, dormidas,
En un jarrón etrusco se conservan

De una mesa en el bruñido mármol;
En rico y elegante confidente,
Una joven hermosa como un lirio,
De blanca tez y undívago cabello,
Grabando está con oro en una banda
Las letras iniciales de su nombre.
Junto á ella se encuentra pensativo
Un joven de sonrisa encantadora,
De talle esbelto y penetrantes ojos,
De moreno color, cabello ebáneo,
Frente espaciosa y delicados labios:
Cinco lustros apenas contaría.
Silenciosos estaban: de improviso
Así le dijo el joven á la virgen:

—Veinte veces el eco del alerta,
Del soldado que cuida la muralla
Ha sonado, Lucila; la mañana
Se precipita ya, cuando las nieblas
De la alborada á disiparse empiecen,
Tal vez el invasor dará su asalto.........
No quisiera un momento, amada mía,
Dejar de contemplar en tus miradas
La señal de tu amor; de ver tus ojos,
De escuchar esa voz pura, argentina,
Que me hace estremecer con sus acentos.
Pero la madre patria me lo ordena,
Y tú así lo has querido, hermosa mía;
Tuya es mi voluntad, cumplir yo debo,
No sólo mi deber cual mexicano,
Sino también tu voluntad, Lucila.

—Sí, Dalmiro, el instante venturoso
Se acerca ya: contigo á la batalla

Quisiera concurrir, hijo del pueblo,
Pero no lo permites; yo querría
Arrostrar á tu lado los peligros,
Y si la muerte fiera te arrancara
Esa vida tan bella, yo contigo
A la tumba bajara con orgullo,
Porque la gloria su fulgor divino
Nos daría, y sus lauros la victoria.
Dalmiro, vuela á conquistar la fama:
Yo siento aquí en el alma hondos dolores
Porque te vas de mí, pero yo espero,
Como mi amante corazón presiente,
Que volverás de lauros coronado,
A estrecharme en tus brazos amorosos;
Yo te amo, mi bien; por mí no temas,
Que si el vil invasor entrar lograra
Triunfante á la ciudad, antes muriera
Que ver hollado el suelo de mis padres;
Mejor quiero llorar en tu cadáver
Que verte envilecido...... En esta banda
Que para tí mis manos han tejido,
Está mi nombre con el tuyo unido:
Es del amor la prueba más valiosa;
Quiero verte con ella en la batalla
Luchando vencedor, ó verla tinta
En tu sangre querida, mi Dalmiro,
Cuando la bala horrísona te hiera.

Conmovido de amor al enjugarse
Una lágrima, así dijo Dalmiro:
—Así te quiero, encanto de mi vida;
Ven, que mis brazos te unan á mi seno;
Ven y moja mi seno con tu llanto.
Si muero en la batalla, amada mía,

Tranquilo moriré, porque tú nunca
Dejarás de llorar en mi sepulcro,
Y nunca olvidarás nuestros amores:
Sé que, en eterna prueba de cariño,
Regarás en mi tumba frescas flores.—
En tanto la doncella le ceñía.
Terciada al pecho, la esplendente banda
En que las armas nacionales brillan
De laurel y de encina coronadas.
—¡Adiós, Dalmiro! dijo la doncella.
—¡Adiós, Lucila! dijóle el amante......
Un abrazo no más apenas pudo
Darle, anegado en lágrimas ardientes,
Y rápido partió; mientras Lucila
De rodillas cayó frente á una imagen
De la madre de Dios, vertiendo llanto,
Y pidiéndole al Dios de las batallas
Cuide de aquel patriota la existencia
O dé á los dos la muerte de la gloria.
Dalmiro en tanto á presentarse lléga
De voluntario al general en jefe,
Que premia su ardimiento belicoso
Nombrándole servicio en el instante.

El vigilante gallo comenzaba
A repetir sus cantos anunciando
Que ya las nieblas de la rubia aurora
Se tienden en los lagos adormidos,
Mientras las limpias gotas del rocío
Humedecen el cáliz de las flores.

Apenas el crepúsculo asomaba
Por el lado de Oriente, se veía
Venir una mujer de negro traje

Dirigiéndose al centro de la plaza
En pos del hospital: por Occidente,
También entre las nieblas se acercaba
Otra hermosa mujer que parecía
El alba por las ropas candorosas
Y el blanco velo que su sien cubría,
Y ambas al mismo sitio se dirigen:
Quieren de Paul con las humildes hijas
Ir el consuelo á dar á los heridos:
Al llegar, otra joven las recibe,
Que también ha llegado conmovida
Por el amor de caridad ardiente,
A dar al moribundo los auxilios
De la sublime religión. Elodia
Se llama esta mujer, la trajo Orestes
Que se pasa las horas auxiliando
A los valientes hijos de la patria
Y á todo aquel que su socorro invoca.
La de las negras telas es Elena,
La de las blancas ropas es Lucila:
Ambas entran por fin á aquel santuario
Donde la triste humanidad se queja,
Mientras allá por el lejano Oriente,
Esplendorosa y límpida aparece
La mañana, tendiendo en las colinas,
En los valles, los lagos y los ríos
Blancas cortinas de ligeras nubes
Que parece que duermen y se arrullan
En las altas montañas de Occidente:
Las tórtolas quejosas de los ríos
Soñolientas sacuden de sus alas,
Al despertar, las diamantinas gotas
Del rocío que cae sobre las flores
Que rompen, al albor de la mañana,

Sus aromosos cálices que exhalan
Dulce fragancia en toda la campiña:
Se tienden los azules horizontes
Transparentes y limpios, descubriendo
Entre fajas violadas á la aurora
Que alumbra la extensión del firmamento
Que un pabellón semeja recamado
Con ráfagas de azul, de nácar y oro.
Sesenta horas pasaron desde aquella
En que del invasor las avanzadas
Amenazaron á los fuertes muros
De la invicta ciudad de Zaragoza;
Han pasado dos días y una noche,
Y el francés aguerrido no se atreve
A asaltar las murallas; se prepara
A cercar la ciudad con sus valientes
Y arrojados zuavos, aguerridos,
Que sólo con su nombre estremecían
Los pueblos y las ínclitas ciudades.
Luego que ya la luz de la mañana
Inundó las campiñas, sus columnas
Comenzó á organizar el enemigo,
Destacando de Oriente en las llanuras
Una fuerte columna de guerreros
Diestros y cautelosos, que dirigen
Sus trenes y sus carros abundantes
Al Sur de la ciudad, mientras al Norte
Numerosas legiones se adelantan
Conduciendo su gruesa artillería.
Se ordena la batalla formidable;
La vanguardia, que rápida se avanza,
La forman ordenados tiradores
Que cruzan las barrancas y los llanos,
Siguiendo en dirección al Occidente

Gruesas columnas, carros y cañones:
Y luego los caballos agarenos
En que su orgullo ostentan los soldados
Al dejarlos correr en la llanura,
Dando al viento sus crines vagarosas.
Al cruzar las columnas de Occidente
Rápidas como el rayo impetuoso,
Estalla nuestra fuerte artillería
Cuyo fragor temblar hace la tierra
Y estremece las cumbres de los montes.
Globos de humo se elevan, y vibrando
Como el veloz relámpago, la bala
Rápida como el rayo llega y abre
Una brecha de hombres que sucumben.
Listo Ortega en la cumbre de Loreto.
Observa los iguales movimientos
Del enemigo que veloz camina
Por sus flancos, y sigue rodeando
La ciudad que cerrar quiere en su círculo.
De Totimehuacán en la llanura
A la vez se levanta un torbellino
De polvo que á lo lejos se divisa,
Denso, tendido y caminando rápido:
Son los traidores pérfidos que guían
Al enemigo, y con veloz carrera
En briosos caballos se adelantan:
Al punto O'Horán intrépido al combate
Acude al eco de la voz del jefe,
Mientras marchando siguen las columnas
Formando al Occidente su batalla.
De Totimehuacán en las campiñas
Se encuentran nuestras armas con el galo
Que se repliega á sus lejanas tiendas:
Ya el sol al Occidente declinaba

Y la luz vespertina las llanuras
Dejaba ver tan límpidas y claras,
Que sólo con la vista se veían
Del enemigo múltiples los trenes:
De improviso en el llano se presenta
Un grupo de traidores que se avanza:
Se ve nuestra gentil caballería,
Y hace alto en la llanura, desprendiendo
Tiradores al frente, y por los flancos
Ordena su columna de batalla:
El arrojado O'Horán alista presto
Sus movimientos, y de lejos mírase
Prepararse impetuoso al golpe rudo;
Y así como en las fiestas y torneos
Se disponen los bravos adalides,
Y un momento fijando sus miradas
Contemplan sus bridones, sus aceros,
El temple de sus limpias armaduras,
Para asestar el golpe más seguro;
Y ya que en los estribos se fijaban
Rápidos como el rayo arremetían;
Así las alas de las dos legiones
Se paran un momento, se contemplan,
Observan sus corceles, y á la seña
De sus jefes, se arrojan esforzados.
Se oye un silbido prolongado, horrible,
El silbido del rifle que resuena
En el campo y los cerros; se duplica,
Se multiplica el fuego; sólo se oye
Un lejano rumor de mil acentos,
De mil voces opuestas: ambas alas
Se acercan, se repliegan, retroceden,
Se arrojan otra vez enfurecidas;
El polvo las confunde....... los traidores

Vacilan, debilitan los esfuerzos
Del fuego, y luego empuñan obstinados
Las lanzas, entre el humo que los cubre
Y se extiende por toda la llanura.
Observa O'Horán el movimiento y manda
Que se arrojen violentos lanza en ristre,
Validos de las densas humaredas:
El giro de las rojas banderolas
Desconcierta la vista del contrario,
Que no prepara el golpe que le arroja
Del caballo á la tierra en sangre tinto,
Mientras el animal huye espantado
O cae también al golpe furibundo
Que el mexicano cazador le asesta.

Un momento cansados se detienen,
Medir queriendo el miedo los traidores,
El brío comparando de los bravos
Hijos de libertad: son numerosos
Los traidores, briosos sus caballos
Espuma arrojan al tascar el freno,
Pero ceden por fin al fuerte empuje
De los zaragozanos escuadrones:
Quieren de nuevo arremeter osados,
Y al distinguir á O'Horán, el traidor jefe
Vuelve la espalda y los soldados huyen:
Los persiguen los nuestros, mas al punto
Una columna gala se desprende,
Y el puñado de héroes mexicanos,
Al paso de sus bélicos bridones,
Se repliega otra vez al campamento
Enmedio de cadáveres contrarios,
Y trayendo traidores prisioneros
Que de rodillas el perdón imploran
Y que el valiente vencedor concede.

A ese tiempo también, por el Ocaso
Y hacia el Norte se empeña otro combate
Al ir llegando los pesados trenes
Cerca del cerro de San Juan: un grupo
De nuestros guerrilleros escuadrones
"Alto" dicen al pérfido enemigo
Al lanzarse sobre ellos con bravura,
Y con tal rapidez, con tanta fuerza,
Que no le dieron tiempo al enemigo
Ni para calcular aquel empuje.
Al verlos ellos con veloz carrera
Retroceden, mas luego avergonzados
Vuelven á organizarse, abren un ala
De tiradores á caballo: en tanto
Los nuestros en dos alas se dividen
Como en un semicírculo, buscando,
Para envolverle, al enemigo audace.
Aureliano es el jefe que su á frente,
Y empuñando su lanza matadora,
Anima la batalla. Allí los turcos
Descargando sus rifles, arremeten
Desenvainando sus alfanjes curvos;
El rifle mexicano les contesta
Y con lanza después les amenaza:
Se extiende su columna; nuestras fuerzas
Obran un movimiento repentino
Y envuelto queda el invasor; y luego
Se traba una batalla aterradora,
Se confunden doquier los luchadores
Entre el humo del rifle y entre el polvo
Que levantan los árabes caballos;
Y nada se distingue, se perciben
Apenas por las rojas banderolas,
De Aureliano los fieros luchadores. ....

¡ Viva México ! gritan nuestros héroes;
¡ Viva el Emperador ! gritan los galos;
Las lanzas, y los rifles, las pistolas,
El curvo alfanje y la brillante espada,
Todas las armas juegan; se confunden
Los ecos del silbido de las balas
Con el chasquido de la férrea lanza,
Con el zumbido de la reata fuerte,
Con el sonido del templado acero !
Todo en dudosos gritos se confunde......
Ya quieren las columnas que á lo lejos
Ven esa lucha, crganizar combate;
Ya de la plaza la reserva quiere
Hacer un movimiento; mas la noche
Pone término al fin á la batalla.
Los zuavos, unos corren presurosos;
Otros tendidos en el campo quedan;
Y algunos á la voz de ¡ viva México !
Se pasan á las filas mexicanas.

Queda Aureliano vencedor: y luego
Levantando del campo á los heridos
Y á los muertos de ambos contendientes,
Se retiró dejando amedrentados
A esos valientes genios de la guerra.

La noche se acercó sombras tendiendo
En toda la extensión del horizonte,
Y Ortega, que ha mirado la batalla
Desde la cima de Loreto, ansioso
Espera al vencedor, á quien saluda
A nombre de la patria entusiasmado,
Mientras el joven con modesto acento
Solo le dijo al general en jefe:

—"Mi deber he cumplido; os felicito
"Porque al primer empuje de los francos
"Hemos escarmentado su osadía."
—Bien, general, cumplisteis como bueno;
La patria agradecida os reconoce
Y vuestro nombre guardará contenta.—

En la noche doquiera se redobla
La vigilancia; la reserva lista
A la voz esforzada de Negrete
Renueva sus promesas entusiastas,
Y en todos los semblantes se descubre
El contento inmortal de la victoria.

Cuatro veces apenas el alerta
Del centinela resonado había,
Cuando un grupo del pueblo fatigado
Conducía un soldado de la Francia
Que á favor de las sombras de la noche
Dejó sus filas y salvó las puertas
De la ciudad, en medio del peligro.
Llega ante el general que le recibe
Con benigno semblante y placentero,
Y así el francés prorrumpe: "Jefe ilustre,
"He pasado la tarde en el combate,
"Y entre la confusión de la batalla
"Fingí herido caer, y calculando
"Que ya la noche rápida venía,
"Admirando el valor del mexicano,
"Yo quise abandonar á los cobardes
"Que han traido á este pueblo generoso
"La asolación, la muerte y el espanto:
"Yo soy francés, mas odio á esos franceses
"Que luchando con pérfida ventaja

"Doble número llevan á la guerra
"Del que dicen que lucha: sus banderas
"Cobardes las ocultan cuando la hora
"Suena de la batalla formidable;
"¡Tienen razón! al fin nunca defienden
"La gloriosa bandera de la Francia."
Quedó un rato en silencio, conmovido,
Y oyendo las preguntas impaciente,
Así responde con acento firme:
—"Mil soldados quisieran las banderas
"Abandonar del invasor, dejando
"Para siempre los galos batallones,
"Siguiendo las ofertas generosas
"Que nos dirige el pueblo mexicano.
"Una vez encontramos en las tiendas
"Una proclama que amistad brindaba,
"Y así decía, el jefe del Oriente:
—"Soldados de la Galia! á hacer la guerra
"Venís á un pueblo generoso, amigo:
"Que siempre os ha llamado sus hermanos,
"Venis á combatir á un pueblo heroico
"Que há más de ocho lustros que defiende
"Su independencia y libertad gloriosas.
"Cuando la noble México en un día
"El yugo sacudió de sus señores,
"Abrió sus brazos á los hombres todos
"De todas las naciones de la tierra,
"Les ofreció sus fértiles campiñas,
"Les ofreció sus encumbrados montes
"Donde el oro y la plata se fecundan;
"Les brindó del trabajo con las fuentes
"Y les dió de sus leyes el amparo:
"Hermanos, arrojad sobre la frente
"Del despotismo vuestras limpias armas;

"Venid, que nuestra patria hijos os dice;
"Aquí el tesoro está del universo.
"¿Qué hemos hecho á la patria napoleónica
"Para que tienda el luto en nuestro suelo?
"Esas maldades y supuestos crímenes
"Que dice que en América cometen
"Estos pueblos que llaman pueblos bárbaros,
"¿No se ven en Europa que há cien siglos
"Goza de ilustración la luz divina?
"¿Qué no hay bandidos en la culta Europa?
"¿Qué en Europa no existen asesinos?
"¿No se conspira en Francia, no reclaman
"Los pueblos de la Europa sus derechos?
"¿Qué quiere Napoleón, á qué os envía?
"¿Por qué lejos del suelo en que nacisteis
"Vais á dejar tal vez vuestras cenizas,
"Que á ver no volverán los tiernos ojos
"De una madre querida, de una esposa,
"De un padre cariñoso, de un tierno hijo,
"De una amante infeliz, abandonada?
"¡Ah, franceses! venís como instrumentos
"Ciegos de la ambición, del despotismo,
"Del agio y la perfidia! ...... Las ideas
"Que México sostiene son las mismas
"Que Francia proclamó cuando gloriosa
"El yugo sacudió del fanatismo
"Hace media centuria y cinco lustros.
"¿Venís á destruir vuestra obra misma?
"La misión del ejército de Francia
"Debe ser libertar á los esclavos:
"Ya esta misión magnífica cumplisteis
"En las hermosas tierras del Oriente,
"Cuando vencer supisteis en Crimea!
"Y asesinar en México queréis

" La libertad sagrada de los pueblos!
" Oid el grito que conmueve al mundo;
" Dejad lás armas, y un abrazo estrecho
" Contentos os darán los mexicanos!
" Si insistís, verteremos nuestra sangre
" Antes que soportar la tiranía!"

Estas palabras, dijo el fugitivo,
Han conmovido á los franceses todos,
Pero los jefes vigilantes forzan
Más y más su cuidado en el éjercito.—
El general atento contemplaba
A aquel soldado de figura atlética,
De semblante tostado por el humo
De los combates, y al mirar sus ojos,
Y al mirar una lágrima expresiva
Que asomó en sus párpados quemados,
Con franca aceptación así le dijo:
" Ingresad en las filas mexicanas
" Si quereis; libre estáis. Los mexicanos
" Saben recompensar á los valientes."
Dijo, y partió veloz al campamento
A renovar las órdenes nocturnas.

La noche iba avanzando lentamente
En profundas tinieblas sumergida,
Pues que era de la luna el postrer día:
Esa noche los francos sitiadores
En actitud se ponen vigorosa,
Y el mexicano alerta, la hora ansiaba
En que medir su bélico entusiasmo:
Los contendientes de una y otra parte,
Las horas calculaban por el eco
De su fogoso corazón que late.

Tenebrosa la noche caminaba
Y el brillo de los astros parecía
Más rutilante por las densas sombras
Que envolvían el cóncavo hemisferio:
Nada el silencio interrumpía; sólo
Al mirar de las luces de Bengala
El color rojo, se sentía el ruido:
Del alerta sonoro del soldado
Ya no sonaba el eco. El solo anuncio
Del pensamiento de los jefes era
La luz de los cohetes que subían;
También allá á lo lejos, en contorno,
En los multiplicados campamentos
Del sitiador ejército, se miran
Mil fogatas de vívidos fulgores;
Como allá en el desierto en noche obscura
Tiende el árabe nómade sus tiendas
Junto á las palmas que el simoun azota,
Y en rededor con profusión agita
Haces de hojas y troncos, que con fuegos
Alimenta: entretanto huye la noche
Y así del beduino se liberta;
Y así como en los bosques tenebrosos
Y sabanas de América, el salvaje,
Para ponerse á salvo de las fieras
Que habitan en sus selvas dilatadas,
En torno á sus aduares amontona
El aloe que incendia mientras duerme;
Así en los campamentos que circundan
A Puebla invicta, el extranjero pone
Mil fogatas que alumbran sus reales.
Más allá del zenit, al Occidente,
Las Pléyades bajaban caminando
A su ocaso: entretanto todo calla
Como en el triste asilo de la muerte.

Cerca de media noche, cuando el brillo
De la luz de la torre aparecía
Como señal de vida, allá en la casa
De Elena aún hay quien vele meditando.
Por la primera vez en esa noche
Cantaba el gallo vigilante apenas,
Cuando enmedio al jardín, entre el follaje,
Un ligero rumor se percibía,
Que repitió la fuente. Era que Herlindo,
Su campamento triste abandonando,
Recordaba de Elena el anatema,
Y aun dudaba su ardiente pensamiento.
Atravesó la espléndida llanura,
Y dejando sus armas en un árbol,
Pasó un arroyo, una barranca, un prado,
Y saltó el foso y escaló la reja,
Y penetró al jardín donde cien veces
Horas de amor gozó junto á la hermosa
Que era el único encanto de su vida.
Silencioso, cuitado, lentamente
Se dirigió á la fuente arrulladora
Que tantas veces le miró contento,
Que tantas veces escuchó sus voces
De amor y de entusiasmo y de ventura:
Ya pensaba mirar sobre del césped,
Envuelta en blancas telas, reclinada,
A Elena ansiosa, que esperaba á Herlindo,
Amorosos reclamos dirigiéndole:
Llega cerca la fuente, y no percibe
Aquel fantasma halagador: se para,
Recorre con su vista indagadora
El florido pensil por todas partes,
Y nada ve; sus ojos, se fascinan;
En vez de arbustos y árboles, parece

Que ve espectros de formas gigantescas
Y de aspecto terrible; en vez de alfombra
De flores y verdura, ven sus ojos
Cadáveres sangrientos, arrojados
Aquí y allí, y aun el rumor del agua
Le parece una voz entristecida,
Que dice á su conciencia: "La ventura
"Del traidor en el alma no se abriga."

—Y allí sobre ese césped, se decía,
Allí la miré yo...... junto á ese arbusto
Estaba yo cuando su voz me dijo:
"*Aléjate de mí; soy mexicana,*
"*Herlindo, yo desprecio á los traidores!*"
¡Y no puedo creerlo...... Elena...... Elena!
¡Y no puedo llorar! ¡Y en mi garganta
Siento un dogal pesado que me ahoga!...... —
Dijo, y cayó en el césped oprimiendo
Con sus manos su frente que se abrasa:
Quedó en silencio, extático, apoyado
En aquel sitio mismo donde Elena
Le esperaba gozosa en otros días......
Y cual de un rayo herido permanece.

Le hubiera sorprendido la mañana
Tal vez en ese éxtasis terrible,
Si el canto funeral de la lechuza
Y del siniestro buho, á sus oídos
No hubiera penetrado con espanto.
—Es verdad, es verdad, dijo gimiente,
La razón recobrando: sí, no hay duda......
Ese canto fatídico y monótono,
Es el fúnebre canto que me anuncia
Que he muerto para Elena y para el mundo!

Yo soy traidor! Cadáver para la honra
De la cruel sociedad que me maldice;
Ya no hay remedio: no, morir yo debo
Enmedio del combate: más ¿qué importa
Que luche como héroe en la batalla,
Si no ha de reflejar en mi sepulcro
Ni un rayo de la gloria esplendorosa?
Ignorado, en la escoria confundido!......
Ojalá á Dios plugiese que así fuera!......
Al menos ignorárase mi nombre......!
Pero execrado...... maldecido...... Elena......
Tú me has asesinado! ¡Adiós, encanto
Que fuiste de mi vida, adiós hermosa
Que de delicia el corazón llenabas!
Por quien tan sólo amaba la existencia,
Por quien un tiempo ambicioné la gloria,
Por quien tal vez...... la patria me maldice;
No te volveré á ver, ni á oir tus voces,
Ni á contemplar tu célico semblante,
Ni á estrechar otra vez tu ardiente pecho.
Adiós, bello jardín, testigo mudo
De mi infortunio y pasajera gloria!
Adiós, hermosa fuente cristalina,
Adiós, flores hermosas que adornasteis
Mi pecho cuando Elena con sus manos
Un amoroso ramo me formaba!
Adiós, oh triste arbusto que mil veces,
Cuando brillaba límpida la luna,
Sombra á los dos nos disteis placentero!
Adiós, céfiros blandos que los rizos
Besasteis de mi amada; adios por siempre. —

Dijo; y bañando en lágrimas la tierra,
Se alejó de aquel sitio doloroso

Que ya no volverán á hollar sus plantas;
Salvó otra vez la reja, salvó el foso,
Y atravesando el prado y el barranco,
Y pasando el arroyo, llegó al árbol
Donde encontró sus escondidas armas.
Cuando llegó, ya todos se agitaban
A la próxima marcha preparándose.

Se aleja en tanto la medrosa noche
Entre el silencio que en la plaza reina,
Y ya las brisas frescas juguetean
Por toda la campiña: el aleteo
A lo lejos se escucha de los gallos,
Que renuevan sus cantos y que anuncian
Que presto volverán las blancas nieblas
A cubrir las montañas y los lagos.
Allá, de tiempo en tiempo, se divisan
En las alturas, rápidas cruzando,
Como cometas fatuos que un momento
Iluminan, se incendian y se apagan,
Exhalaciones súbitas que apenas
Una línea de luz fosforecente
Trazan, y desparecen; las fogatas
Están ya titilando, y aun algunas
Comienzan á extinguirse por el Norte;
Es que ya la mañana se adelanta,
Y el enemigo á conmoverse empieza.
Apenas vagamente el horizonte
Se aclara, y el lucero matutino
Se levanta saliendo del Oriente,
Cuando los sitiadores campamentos
Organizan sus fuertes batallones.
Del alba los crepúsculos que rompen
Los celajes hermosos de los cielos

Juguetean apena en los cipreses
Seculares del alto Tepotzochil,
Y el brillo de la aurora da en las torres
De la heroica ciudad de Xicotencatl:
En sus cúpulas mil aleteando
Se paran las palomas y los tiernos
Hermosos gorriones, cuyos trinos
Al nuevo sol saludan, cuando el eco
De mil clarines la ciudad despierta.
Son las dianas que dicen al soldado
Que viene nuevo un día, en que se ostenta
Como siempre, valiente y vigilante.

Apenas esos bélicos acentos
Vibran y se dilatan, y á las tiendas
Llegan del enemigo resonando,
Cuando aumenta doquier el movimiento.
Va á comenzar la lucha: al Sur y al Norte
Dos inversas columnas se destacan,
Y caminando en curva gigantesca,
Ambas al Occidente se encaminan.
Por la falda del bello Tepotzochil;
Unas huestes desfilan invasoras,
Unidas y compactas reflejando
El brillo de sus armas, que serpean,
Mientras el sol se eleva del Oriente;
Y tan limpias se ven y tan brillantes,
Que de lejos la vista fascinada
Al verlas entre medio de las mieses
Cuya verdura ostenta la campiña,
Cree contemplar corriendo impetuoso
Un caudaloso cristalino río,
Cuyas ondas en rieles serpeando,
Del sol reflejan la brillante lumbre.

En tanto las columnas ordenadas
Que allá de la Malintzi en la ancha falda
Van descendiendo al trasponer las hondas
Barrancas y hondonadas del terreno,
Se ven de una manera sorprendente.
Una tendida, inmensa catarata
Semejan al bajar, al ocultarse,
Al volver á subir, dando las armas
Mil variados reflejos, y vistosos
Matices en el campo sus ropajes.
Siete horas transcurren mientras dura
El tránsito al llegar á la colina
Del San Juan que se eleva en Occidente.
Mientras, esplendoroso, en las almenas
De los palacios y en los fuertes, se iza
El pabellón del águila de Anáhuac;
Se aprestan los aztecas batallones
Dispuestos á la lucha con anhelo,
Y á la vez en San Juan las blancas tiendas
Se despliegan al viento vagaroso,
Dejando ver el pabellón del galo
Que los reales de su jefe indica.

A poco los guerreros mexicanos
De Zacatecas á la plaza llevan
Tres zuavos que vienen suplicantes
Implorando solícitos amparo,
Pues que del galo las banderas dejan.
Los tres atletas de mirada altiva
Y gigantesca corpulencia anuncian
Que son de la frontera de la Francia:
Jóvenes son los tres, de azules ojos,
De cabello dorado y blanca frente.
El General benigno los acoge

Y en los jardines del palacio indica
Que un pabellón para habitar les diesen,
Do olviden la fatiga de la fuga.

Llegando va la tarde calurosa,
Y allí bajo los mágicos arbustos,
Entre jazmines y purpúreas rosas
Que derraman balsámica ambrosía,
Y á orillas de la fuente arrulladora,
A ratos pensativos se pasean,
A ratos se reclinan suspirando.
Mientras dos de ellos descansando duermen
Sobre un rugoso tronco, el otro joven
Así sobre el papel sus pensamientos
Graba, para enviar gratos recuerdos
Y tal vez su postrera despedida,
A sus amados padres, al objeto
Tierno de sus amores inocentes,
Y á los dulces amigos de la infancia:
" Más de quinientas veces los torreones
" Góticos de la espléndida basílica
" De Paris la festiva, ha iluminado
" El nebuloso sol que el Sena enturbia;
" Más de quinientas veces los reflejos
" Del sol opaco de mi patria han dado
" Color y luz á los Elíseos campos;
" Más de quinientas veces de Versailles
" Las ricas fuentes en sus limpias aguas
" Han mirado á la luna taciturna,
" Que cual tímida virgen silenciosa
" En densas brumas á Paris alumbra
" Cubriendo con sus lánguidos destellos
" Los portentos del arte y de la ciencia,
" Y también las maldades espantosas

" Y los horribles crímenes que inventan
" Allá de la ambición los poderosos,
" Esclavos del bandido coronado,
" De Tullerías en las ricas salas,
" Desde que hemos dejado los hogares
" En que vimos nacer la luz del día;
" En que por los caprichos del tirano
" Que á nuestra patria con cadenas ata,
" Hemos venido á México la heroica,
" Como instrumentos de ambición insana.
" Más de quinientas veces ha brillado
" Ese espléndido sol desde aquel día
" En que al partir sentimos aquel beso
" Que imprimieron, vertiendo amargo llanto,
" En nuestra frente calcinada y triste
" De nuestros padres los ardientes labios;
" En que de nuestros hijos inocentes
" Sentimos el abrazo en las rodillas;
" En que el beso postrer nuestras esposas
" Pudieron, estampar de dolor llenas,
" En nuestras tristes, pálidas mejillas.
" Y cuántos, cuántos de esos bellos hijos
" De Francia libre volverán ? ¡ Oh, cuántos
" Han exhalado ya su último aliento !
" ¡ Cuántos al golpe del valiente azteca
" Que defiende su patria generosa,
" Duermen bajo los céspedes floridos
" Que de México esmaltan las praderas !
" Cada paso que damos, un abismo
" Nos presenta, y nos hunde, y nos sepulta !
" Frente estamos del pueblo mexicano,
" Y frente de aquel cerro en cuya cima
" Una figura gigantesca siempre
" Se nos presenta heroica y nos espanta.

" Los manes son del grande Zaragoza,
" Cuyo recuerdo solo nos aterra!
" ¿Y qué hacen nuestras huestes aguerridas
" Frente á esta Puebla, pesadilla horrible
" Para el tirano y el terror del galo?
" Allí están nuestras armas; ya los aires
" Cruzan nuestros terribles proyectiles;
" Ya la muerte se cierne en las alturas
" Amenazando á la ciudad invicta
" Con el estrago de la bomba horrible;
" Ya los guerreros mexicanos, llenos
" De la fe de su causa sacrosanta
" Que es de los pueblos todos de la tierra
" La causa soberana, sus aceros
" También preparan y su golpe asestan
" Contra los atrevidos agresores
" Que cual bandidos destrozar intentan
" El pendón de sus glorias esplendentes!
" ¿Quién verá de la Francia la victoria?
" ¿Quién otra vez sobre su frente altiva
" Sentirá el beso paternal, y el seno
" Sentirá palpitante de una madre,
" De una esposa ó de un hijo idolatrado?
" Ah! sólo tú, tirano de mi patria,
" Que haz manchado el fulgor de sus blasones,
" Haz traido á este pueblo generoso
" Una guerra maldita á quien tan sólo
" Ha brindado á los hijos de la Europa
" Dulce hospitalidad, gloria, riquezas,
" Y hasta su amor y su cariño eterno.
" ¿Qué te ha hecho esta tierra predilecta?
" ¿Qué ofensa te ha causado el mexicano?
" Forey...... Forey...... el que empapó su espada
" En la sangre preciosa de los hijos

" De la bella República francesa,
" Para amasar con sangre de inocentes
" La substancia del trono, cuyas gradas
" Escaló cual bandido aquel bastardo
" Que hoy se llama el Señor de los franceses;
" ¿Qué te dará ese triunfo tan efímero
" Que piensas conseguir? Sólo una insignia,
" Un nombre más, mientras la Francia pierde
" Sus hijos á millares!...... ¿Quién un día
" Podrá enseñar nuestra olvidada tumba?
" ¿Quién podrá señalar nuestras cenizas?
" Las hollarán los dignos mexicanos,
" Y el casco de sus bélicos corceles
" Será tan sólo la señal siniestra
" Que indique al porvenir que allí quedaron
" Los despojos del franco, como emblema
" De oprobio y maldición para los pueblos,
" Y como ejemplo á la futura gente
" De excecración eterna á los perversos
" Que hollar quieren las glorias y blasones
" De otro pueblo inocente que defiende
" Su libertad é independencia santa!"

Así el joven francés se producía,
Y guardando sus tristes manuscritos,
A refrescar su frente acalorada
Se levantó, paseando silencioso
Del jardín por los vastos corredores.

Mil pensamientos fúnebres pasaban
Por su imaginación viva y poética,
Mientras sus compañeros quietamente,
Sin aparente pena se dormían.

En tanto los crepúsculos fugaces

De la mañana, blandos arrullaban
Los elevados chopos y los fresnos
Que los nidos del pájaro mecían,
Y anunciaban un día esplendoroso.
Las nítidas estrellas titilaban
Al irse hundiendo rápidas á Ocaso.
Gorjeaban en tanto los gorriones
Y aleteaban las tímidas palomas,
Mientras fragancia dulce se percibe
Al abrirse las flores que dormían.
El joven á la alcoba se dirige,
Tal vez á descansar, mientras derrama
Su fulgor esplendente el nuevo día,
O acaso á lamentar de sus hermanos
La suerte funeral que les aguarda
Y á quienes ya tal vez nunca sus ojos
Volverán á mirar entristecidos;
Y derramando lágrimas dolientes
Se arrojó sobre el lecho silencioso
Esperando que el céfiro suave
Que ya arrulla á las flores aromosas,
Al pasar por su frente, le de alivio
Y mitigue tal vez sus aflicciones.

CANTO CUARTO.

A amaneció otra aurora; el sol brillante
Alumbra un nuevo día, y los franceses
Sólo á lo lejos las almenas miran
Que de Puebla coronan los palacios.
Sobre el San Juan sus fuerzas concentrando
En número mayor, las aglomeran
Al Occidente; acaso vacilantes,
No se deciden á atacar la plaza
De los invictos héroes que vencieron
De Crimea á los ínclitos soldados,
Invencibles guerreros del Oriente.

En la cima inmortal del Guadalupe,
Al toque de las dianas sonorosas
Con que la nueva aurora se despierta,
Nuestro glorioso pabellón se arbola,
Porque el grato recuerdo de este día
Dulces memorias á la patria inspira,
Espléndidas victorias nos augura,
Y preconiza un porvenir de gloria.
Del hombre de la fe de la República
Hoy todo un pueblo el nacimiento canta,
Y la ciudad invicta entona cánticos

Mezclados con el himno de la gloria,
Como anuncio feliz de la victoria.

Las fortalezas, al venir el día,
Al izar sus banderas esplendentes,
Con cien salvas saludan victorioso
El blasón inmortal de la República;
Recorren la ciudad engalanada
Los vítores del pueblo que contento
Sus armónicas músicas modula.
A este recuerdo, el bélico entusiasmo
Cunde doquiera, y por doquier se apresta,
Lleno de animación, el pueblo entero.
En tanto el extranjero sus cantones
Dilata en torno á la ciudad, y activa
Sus movimientos ya. Mientras las horas
De la mañana avanzan, las columnas
Enemigas se agitan; por el Norte
Y por el Sur, veloces se destacan
Fuerzas impetuosas, desfilando
Sus carros y su fuerte artillería;
Se ordenan las columnas de batalla,
Se repliegan las tiendas, se enjaezan
Los briosos caballos del desierto,
Y todo el día mueven sus legiones.

Al comenzar la tarde, las llanuras,
Que sus alfombras al Ocaso tienden
Esmaltando de verde las campiñas,
Y las que al Norte la Malintzin besan,
Están límpidas, puras; ni la bruma
Se reclina en sus céspedes hermosos,
Ni el vapor vespertino de los ríos
Intercepta la luz del sol poniente.

Súbito entre estos campos se divisan
Unas lejanas cintas de colores
Que brillan con la luz del sol fugaces.
Así como de lejos en los llanos
Se ven las mieses, al sentir del viento
Las ráfagas suaves, que se inclinan
Y brillan las espigas que se doblan
Formando un movimiento compasado,
Así de pronto entre las verdes mieses
Del campo, las columnas se divisan
Entre Aquilón y Ocaso; se detienen
Un poco las guerrillas ofensoras,
Se tiende al suelo, temeroso, el zuavo,
Mientras que sus caballos que relinchan
A la izquierda flanquean. dirigiéndose
A la tendida falda de Malintzin
Huyendo del terrible mexicano
Que le arroja la muerte por doquiera.
Truena el cañón que las columnas diezma
Del agresor; resístese un momento,
Pero se cansa al fin y huye espantado
El atrevido galo. Allí los hijos
De las montañas enriscadas de oro
De Guanajuato, al pérfido escarmientan.
Entre el humo que denso se dilata
Como pesada bruma por el campo,
Se levanta veloz la infantería
Entre la mies cubriéndose, y á Oriente
Del Loreto á la falda se dirige
Al huirse, entre el polvo y entre el humo,
Por las sinuosidades del terreno.
Mas listos los guerreros mexicanos,
El movimiento observan, y de pronto
Cinco globos de humo de la cumbre

Se desprenden violentos: se ve un brillo,
Y el trueno horrible en la campiña estalla.
Se levanta de polvo una ancha zona
Haciendo retirar al enemigo
Que se aparta y se aleja, y va á perderse
Tras las tendidas lomas. Entretanto
Sobre los llanos de esmaltada grama
Que extienden del Oriente al Mediodía
Sus pingües abundantes sementeras
El cañón mexicano estrepitoso
Arrasa los trabajos enemigos;
Y en tanto el sol declina al Occidente
Ocultando su luz tras las montañas,
Tímido el enemigo se repliega
Llevando escarmentado, sus cadáveres,
Como premio á su audacia y ardimiento.
Viene entretanto envuelta entre celajes
La tenebrosa noche, confundiendo
Los campos y los montes, y la altura,
Que entre la densa obscuridad se hunde:
De improviso mil negros nubarrones
Y cúmulus y cirrus en mil grupos
Se elevan por el Norte amenazando
Con la lluvia envolver al universo.

De repente, á intervalos, á lo lejos,
Sobre los extendidos horizontes
De tiempo en tiempo brillan los relámpagos,
Mientras que en la ciudad listos y alerta
Están los mexicanos defensores.

Ortega, por doquier, entusiasmado
Al ejército libre se presenta:
De Guanajuato á los valientes hijos

Felicitó, y á todos los guerreros
Que en esa tarde al invasor probaron
Que dignos hijos son de un pueblo libre.
En el silencio de la noche obscura
Cuyas tinieblas interrumpen sólo
Las luces de Bengala que se arrojan
Para explorar los campos enemigos;
Éstos, llenos de afán, rompen la tierra
Para ocultar su gente y su cañones.
Del San Juan por la falda del Oriente
El eco se oye de la fuerte zapa
Que los caminos abre paralelos
Para avanzar, cubiertos, al abrigo
De las terribles, fuertes baterías.
Así la noche tenebrosa pasa,
Y creyendo al abrigo de sus sombras
Que los zaragozanos batallones
Duermen y distraídos se descuidan,
El enemigo abalanzarse piensa.
Media noche pasó, y cuando el peso
Del sueño se apodera de los ojos
De los mortales, forma una columna,
Y al fuerte del Demócrata se arroja.
Mas vigilante, alerta, la percibe,
Y el sordo trueno que estallando avisa
Que allí valor, y vigilancia, y fuerza
Existe; al enemigo el trueno espanta
Y se aleja veloz, despavorido.
Pasan carros, y trenes, y soldados,
A favor de la noche soñolienta,
Y fueron de los tiros acertados
De nuestras fuerzas que oyen el ruido
De esas columnas que á Occidente cruzan.
Fresca y brillante anúnciase la aurora

Del nuevo día; la lluviosa noche
Ha dejado los campos esplendentes,
Y al sentir esas brisas aromosas
Que sacuden las hojas de los árboles
Y hacen temblar las gotas de rocío
Sobre el pétalo blando de las flores.
Saltan los pajarillos gorjeando,
Mientras en la ciudad las golondrinas
Despiertan al que duerme soñoliento.
Ya los celajes cándidos y nácares
Por el Oriente anuncian á la aurora,
Y un reflejo rosado las alturas
Cubre y de los volcanes la alta cima,
Cuando un grupo se mira allá á lo lejos
Que al cerro de San Juan se va acercando:
Ayudados del óptico instrumento,
Se miran del desierto los caballos
Que al trote van, las crines vagarosas
Dando al aire rizadas y soberbias.
Tras ese grupo flota una bandera,
Que un ginete conduce, precediendo
Al general en jefe de los galos.
Cien gallardos ginetes ataviados
Con decorosos, bellos uniformes,
Cercan al general. Al acercarse
Y pasar por aquellos campamentos
Suenan estrepitosos los clarines
Y marcha baten, y el pendón de Francia
Tremolan, mientras se iza la bandera
En la tienda del jefe. Desde luego
Con rapidez trabajan por doquiera:
Ya en la falda del cerro, hacia el Oriente,
Están las baterías; los morteros
Sus bocas tenebrosas dirigiendo

A la ciudad, anúncianle la muerte,
Desolación y fuego formidables.
Ya se prepara el horroroso asalto,
Ya se disponen los esfuerzos todos
Del soldado que en cien y cien batallas
Del Africa quemada, vencedora
Ostentó su magnífica bandera;
De Argel el asesino está ya listo......
Y en tanto Ortega la ciudad recorre;
Orestes otra vez, á los soldados
Palabras de entusiasmo les dirige,
Y así les habla con ardiente acento:

"¡Hijos de Zaragoza esclarecidos!
"El esclavo imperial, Forey, el héroe
"De veinticinco triunfos, nos contempla
"Y aun el freno detiene á su caballo,
"Y vacila, y no acierta, y no se atreve
"Sus glorias á exhumar de Guadalupe!
"Recuerda á Laurencez, ve cómo ondea
"El pabellón del pueblo mexicano,
"Y al ver que cubre con su augusta sombra
"De Zaragoza la ciudad triunfante,
"Se espanta, y despechado, mil ideas
"Siente por su obstinado pensamiento.
"Acumula elementos formidables,
"Pretende, aunque se espanten las naciones
"Más bárbaras del orbe, dar ejemplo
"De estúpida maldad, de horrendo crimen,
"Y ha decretado en su brutal encono
"Que corra sangre, aunque con ella ahoguen
"Las glorias de la Francia de otros días!
"Mas no importa, guerreros del Oriente;
"Del imperio los pérfidos esclavos

" No hollarán á la invicta Zaragoza,
" Antes que con su sangre hayan marcado
" El camino fatal de su deshonra.
" Muramos ó venzamos! Rusia un día
" Con sangre señaló la senda estrecha
" A Napoleón el Grande, y al pasarla
" Desde lejos miró que Santa Elena
" En medio de los mares africanos
" Se arrullaba al estruendo de las olas
" Para esperarle en medio de sus rocas,
" Con su honda sepultura. Zaragoza
" También espera en sus altivos muros
" Mirar correr la sangre de los francos
" Para decirle á Napoleón Tercero
" Que para el despotismo de su raza,
" Hay un astro fatal que brilla en Mayo!"
Dijo, y siguió llevando por doquiera
Palabras de esperanza y de consuelo.

Ortega, en tanto, sin cesar recorre
Todos los campamentos, y visita
Todos los hospitales, donde alivia
A los valientes héroes que se agobian
Al peso de sus bárbaros dolores:
A unos dándoles ánimo constante,
A otros dándoles oro, socorriéndolos;
Y á los más distinguidos les coloca
En el pecho que hirió la fiera bala
Las cruces del honor y de la gloria,
A todos estrechando cariñoso.
La mañana apacible transcurría,
Cuando de un hospital iba saliendo
Ortega con el alma traspasada
De pena y de dolor, porque sufrían

Los queridos soldados de su patria;
Pero también de gloria conmovido
Porque ni una palabra, ni un acento
Oyó de aquellos labios que exhalaran,
Ni queja débil, ni fatal reproche;
Y más bien escuchó de aquellos héroes
Palabras de entusiasmo y de esperanza.

Meditabundo y con afán, doquiera
En grandes pensamientos se perdía
Su alma mirando al porvenir grandioso,
Cuando una mujer bella le detiene
El paso con amables ademanes.
Era una mujer de ardientes ojos,
De mirada de fuego y voz sonora,
Talle elevado y formas delicadas,
Que en medio de dos jóvenes venia,
Y al saludarle con modestia, dijo:

"Invicto general, cuando mi patria
"Del invasor sajón se vió ofendida,
"Luchando con heroica bizarría
"Allá de Churubusco en las murallas,
"Mi esposo sucumbió, de gloria lleno!
"Estos dos hijos que miráis, apenas
"En la cuna tranquila se arrullaban,
"Mientras que yo vertí glorioso llanto
"Sobre la frente del que fué su padre,
"Y al sepulcro tranquila le conduje;
"Porque murió por defender su patria,
"Cumpliendo del patriota los deberes.
"Los hombres que después la sangre hollaron
"De esos ilustres mártires, y el oro
"Recibieron que el precio les pagara

" El invasor por una paz inicua,
" Y el poder asaltaron, ni un recuerdo,
" Ni una sola memoria, ni siquiera
" El nombre de aquel hombre conservaron,
" Ni un consuelo le dieron á su viuda,
" Ni un pedazo de pan para sus hijos.
" Pero yo con mis lágrimas amargas
" Mojaba el pobre pan del infortunio,
" Que el sudor de mi frente conseguía
" Para que estos dos hijos no murieran
" Y conservar pudieran aquel nombre,
" Y ser un día mexicanos dignos
" Del padre tierno que les dió la vida.
" Ya los veis; de la patria los deberes
" Sagrados á cumplir les he enseñado,
" Porque soy mexicana, y les recuerdo
" Que por su patria sucumbió su padre.
" Hoy que he escuchado el eco tremebundo
" Del cañón extranjero, el pecho mío
" Ha palpitado de dolor y angustia,
" Y sin otros recursos que mis hijos,
" El único tesoro que poseo
" En medio de las penas de este mundo,
" Les he dicho el peligro de su patria,
" Y al recordar la gloria de su padre,
" Ellos contentos á morir se ofrecen
" Por defender de México la honra,
" Su libertad é independencia santas.
" Ellos me aman como yo les amo,
" Pero ante Dios la patria es lo primero:
" Aquí están, general, fieles soldados,
" Luchar anhelan, defendiendo el suelo
" Que los miró nacer, para que un día
" La patria agradecida los recuerde.

" Agripina es mi nombre, y yo he nacido
" De Anáhuac en las fértiles riberas."

El llanto que sus ojos derramaban,
La expresión de su voz y su semblante,
Un aspecto le daban de heroina;
Y el mismo Ortega detener no pudo
En sus ojos dos lágrimas ardientes.
Los jóvenes, ardiendo de entusiasmo,
Pero también de gloria conmovidos,
Ahogaban su voz en la garganta
Y enjugaban su llanto de ventura.
Ortega, al fin haciendo un gran esfuerzo,
Así le dijo á la sublime viuda:

" Heroina inmortal, desde este instante,
" Ellos serán mis hijos cariñosos,
" No me abandonarán en el combate;
" Dios los protegerá porque defienden
" La justicia de Dios y de su pueblo,
" Los sagrados derechos de los hombres,
" Y la soberanía de las naciones.
" Y vos, tranquila estad, los hombres que hora
" Defienden á su patria, y sus destinos
" Rigen en pro del pueblo, no se olvidan
" De los que saben derramar su sangre,
" Ni de aquellos sublimes sacrificios
" Como el que estáis haciendo, mujer fuerte:
" Agripina, de México en la historia
" Jamás se borrará vuestra memoria."

Dijo, y volvió á enjugarse las mejillas,
En tanto que los jóvenes heroicos
Ante la madre de rodillas caen;

Y, deteniendo el llanto de sus ojos,
Así exclamaron con acento fuerte:

"Madre adorada, tu sublime ejemplo
"Nos guiará en los campos de batalla:
"Tu bendición nos cubrirá: en tu nombre
"Invocamos de Dios las bendiciones."

Agripina llorando los bendice,
Un beso imprime en sus altivas frentes,
Y gloriosa, de Ortega despidiéndose,
Dejó aquel sitio y se alejó llorando.

El general en jefe, conmovido
Y con la fe de la inmortal victoria,
Doquier que acude, á los gemelos lleva.
Ya en torno á la ciudad los movimientos
Se perciben del pérfido enemigo:
Doquiera silba la tronante bala,
Y el estallido de la bomba horrible
El terror difundiendo, se percibe.
Así quieren los fieros sitiadores
Amedrentar el corazón azteca.
Los dos hermanos, de entusiasmo llenos,
Mientras momentos de descanso tienen,
Así animosos con amor se expresan:
Rompe el silencio Arnaldo y á Reynaldo
Le dice lleno de cariño santo:

"Cuando sucumba de la bala al golpe,
"Hermano, no te olvides de arrancarme
"Esta medalla que en mi cuello pende.
"Es de Amelia el retrato. Y aunque lejos
"Está, con mis recuerdos se la envías."

Le responde Reynaldo: "Hermano mío,
"¿Por qué presentimientos tan extraños
"Llenan tu corazón? ¿Ya no conservas
"La pura fe inmortal de la victoria?
"¿Qué el sublime y heroico sacrificio
"De nuestra madre idolatrada, hermano,
"No tendrá recompensa allá en el cielo?"

Exclama Arnaldo: "Ignoro los arcanos
"De ese Dios que se llama providente:
"Los hechos sólo de la tierra veo!
"Desde la cuna, hermano, nos persigue
"El infortunio, y creo que la tumba
"Es el único asilo del descanso.
"Yo he visto á la virtud cruzando el mundo,
"Desde que nace, con dolientes ojos,
"Con la frente inclinada por el duelo,
"Hundida en la miseria, aunque doquiera
"Haga esfuerzos sublimes de heroismo.
"¿Dó está esa Providencia que á esos seres
"No les manda ni un rayo de esperanza?
"Nacimos, y al nacer, apenas vimos
"La pura luz del refulgente día,
"Cuando guiados por la fe del alma,
"Por cumplir un deber irresistible,
"Nuestro querido padre dejó el mundo;
"Y este hombre que en el tiempo de su vida
"Sólo la voz de la virtud siguió,
"Sólo encontró descanso en el sepulcro......!
"¿Y quién sabe su nombre? ¡Ni un recuerdo
"Conserva el mundo de su heroica muerte!
"Sólo del corazón en los secretos
"Nosotros conservamos su memoria."

Reynaldo replicó: "Yo en él confío,
"Y en las lágrimas bellas de mi madre.
"Hora sólo nos resta, hermano amado,
"De la patria cumplir con los deberes
"Que al nacer nos impuso, y la memoria
"Cubrir de nuestro padre con la gloria,
"Y con ella cubrir nuestro sepulcro,
"Sí, con ella cubrir la tumba helada
"Que guarde nuestras gélidas cenizas:
"Presto, muy presto, hermano, con tu llanto
"La tierra mojarás de mi sepulcro."

Salió Ortega, y dejaron los hermanos
Sus tristes y sombríos pensamientos,
Porque siguieron al valiente jefe
Que ya el asalto formidable espera.
La tarde va acercándose, y se miran
En todas partes fuera de los muros
Aumentar del francés los movimientos.
En todas direcciones, carros, trenes,
Se ven pasar con rapidez activa,
Al Sur y al Norte. Del Oriente vienen
Columnas de vistosa infantería,
Y más artillería, y más briosos
Y ordenados y fuertes escuadrones.

Los redobles se escuchan de las cajas,
Oyénse resonando los clarines,
Y del San Juan en el tendido cerro
Se miran colocar sobre la falda
De blanca lona las ligeras tiendas.
En su brioso corcel, acompañado
De todos sus guerreros ayudantes
Que caballos magníficos sujetan,

Recorre Ortega la campiña hermosa
Que por el Sur sus céspedes extiende;
Allí Ghilardi y Alatorre anuncian
Al general, que anima en los soldados
El fuego de una gloria tan brillante,
Que muchas veces detener no puede
Su impulso luchador y belicoso.

Ortega los aplaude, y entre vivas
Y gritos de entusiasmo se despide,
Y sigue recorriendo los baluartes
De la línea que pronto al enemigo
Le mostrarán de México el arrojo.
De Teotimehuacán en los jardines
Un grito solo, unánime se escucha,
Del general el entusiasta acento.
Patoni allí á sus dignos compañeros
Elogia con justicia verdadera,
Mientras los vivas de entusiasta júbilo
Hacen flotar con gala y gallardía
El majestuoso pabellón de Iguala,
Que parece en los aires la bandera
Que el valor de los galos desafía,
Al recordar de Zaragoza el nombre.

Mas allá, por Oriente, los tostados
Hijos de las montañas de Guerrero,
Y Alvarez, vieron el fulgor del día;
De Pinzón á la voz también ofrecen
No desmentir del Sur la nombradía,
Y á la vista de Ortega, vitorean
De Calpulalpam las brillantes glorias.

Ortega observa que la plaza lista,

Dispuesta se halla siempre á los combates,
Retrocede otra vez, y atravesando
De uno á otro punto la ciudad triunfante,
Se acerca á San Javier, entre los cantos
Marciales del soldado impetuoso.
Llega á Santa Ana, do Antillón vigila,
También, á los soldados animando.
Luego al galope del fogoso potro
Que rápido atraviesa las campiñas,
Se dirige á la cumbre de Loreto,
De donde observa el campo de Occidente
Que se agita veloz por todas partes,
Para asaltar de Puebla las murallas.
Sigue de Guadalupe á la colina
Cuando el redoble del tambor anuncia
Que ya la tarde rápida se avanza.
En todas partes el valor, la gloria,
Y el entusiasmo en el soldado brillan,
En todas partes á luchar se aprestan,
Y al estallido del cañón terrible
El eco de mil vivas le responde.
Y mientras que su frente luminosa
Escondiendo va el sol tras las montañas,
Desciende el general de las colinas
Y sereno las calles atraviesa,
Mientras la bala destructora silba
Que el enemigo en intervalos lanza;
Pero impasible, impávido, al palacio
Se dirige tranquilo, imperturbable.

Entretanto las sombras de la noche
Comienzan á extenderse lentamente
Por la extensión inmensa de los cielos,
Y las nubes que cubren las alturas

Parecen presagiar lluviosa noche.
El general en jefe del Oriente,
Luego que ya la noche se avecina,
Infatigable vuelve á la campaña
Al escuchar por el lejano Ocaso
El eco de tenaz fusilería.

Es que del campamento de Occidente
Se destacan, al ver venir la noche,
Invasoras guerrillas que protegen
Al zapador francés, cuyos trabajos
Organizando vienen el asedio.

Mas nuestras avanzadas, que los miran,
Les interrumpen por doquier las obras,
Trabando cien combates pasajeros
Que al invasor rechazan á Occidente.

Arnaldo con Reynaldo, al afanoso
General acompañan por doquiera;
Arnaldo, meditando en los secretos
Presentimientos que en su mente viven,
No teme ni el fragor de las batallas,
Ni el incendio terrible, ni la muerte,
Sólo dejar su madre abandonada
Sin abrigo y sin pan. Reynaldo, sólo
Observa de su hermano la tristeza,
Pero ambos, llenos de valor, su arrojo
Ostentan por doquier en la batalla.
Valientes, en los campos los primeros
Se adelantan ansiando que una hora
Llegue en que demostrar su bizarría
Muriendo de la patria en la defensa.

La madre, llena de entusiasmo santo,
Hilas y vendas, y alimentos busca,
Recorriendo las plazas, los palacios,
Las casas opulentas, y doquiera
La caridad para el valiente excita,
Recogiendo afanosa los auxilios
Que el poderoso para el pobre presta.

Otras veces se mira junto al lecho
Del moribundo, con afán prolijo,
Procurando aliviar en sus dolores
Al pobre herido que la vida deja.
Algunas veces, de dolor transida,
Recordando su vida de pesares,
Al contemplar que la virtud tan sólo
Gime en el mundo sin tener un día
De consuelo ni alivio, á Dios demanda
Por compasión la muerte, en que se goza
La única paz del corazón que sufre.
Otras veces recuerda que su abrigo
Necesitan sus hijos amorosos,
Y á Dios pide prolongue su existencia
Y que consuele sus amargos días,
Y que la paz le dé sólo un momento
Ya que desque nació le dió la pena:
Pero jamás inculpa en sus tormentos
Esa de Dios misericordia santa,
Que proclaman los hombres en la tierra,
Mientras más sufren el pesado yugo
De ese destino ciego que nos liga
A vivir una vida de dolores.

Santa, noble mujer, que el mundo imbécil
No conoció, y tal vez, jamás un día
Siquiera le dará la recompensa!

Así pasa la vida, y ni las bombas,
Ni el trueno silbador de las granadas,
Ni el eco de los rifles espantosos,
Ni el aspecto terrible de la muerte
Que por doquïer los pasos interrumpe
Miedo le dan á su alma de heroina.
Y cruza por las calles, por las plazas,
Y el consuelo les lleva á los heridos,
Y el socorro á los pobres que derraman
Del hambre el llanto, sin que nadie acuda
A darles en sus penas el consuelo,
De humilde caridad imagen pura,
Así á su triste corazón alivia,
Su espíritu sublime engrandeciendo.

Esta es la religión, esta es la bella
Humanidad divina, esta es la gloria,
La verdadera ilustración que ostenta
Doquier modelos que imitar debieran
Esos viles fanáticos que gritan
En los templos, las calles y las plazas,
Que son de Dios intérpretes, y sólo
En la molicie y esplendor se arrullan
Recibiendo las viles ovaciones
Con que la adulación ciega el orgullo.

Así Agripina la existencia pasa
Mientras el arma matadora truena,
Mientras sus hijos á su patria ofrecen
Los lauros de la gloria inmarcesibles.

CANTO QUINTO.



¡Salve, noche apacible y silenciosa!
En tu quietud que á descansar convida,
Halla el mortal que á meditar se entrega
Dulce tranquilidad, si anhela sólo
La gloria conseguir! Entre tus sombras
También el criminal abrigo busca!
Pero aunque tú le ocultes su conciencia
Al sentir las tinieblas silenciosas,
Tormentos sufre y el consuelo le huye,
Y viene á acompañarle horrible insomnio.

Tú al poeta le enseñas en los vagos
Rumores que se cruzan en el valle,
En las nubes que vuelan taciturnas,
En las augustas sombras de los bosques,
En el aroma de la flor que exhala
En tu sombra el azahar de sus perfumes,
A encontrar un hermoso sentimiento
Que él tan sólo comprende. En las estrellas,
En los planetas y los astros todos
Que tachonan la bóveda celeste,
En los celajes que la luna velan,
En el iris hermoso, en el silencio,
En las exhalaciones que atraviesan

Con rapidez por el profundo espacio,
En el rumor del agua, en el susurro
Del céfiro suave, allí le enseñas
A leer algo que tan sólo él sabe.

En tu sublime soledad el alma
Halla de religión dulces encantos,
Y en tu augusto silencio halla el guerrero
También revelaciones portentosas.
Por eso en tu silencio tenebroso,
Mientras el eco del cañón retumba
Esparciendo la muerte y el espanto
En torno de la invicta Zaragoza,
Hay quien alivio á sus pesares busque,
Hay quien anhele conseguir la gloria
Y quien proyectos de ambición formule.

Han pasado ocho noches, y las fuerzas
Del invasor, ni avanzan, ni arremeten
Con su tan decantada bizarría
A la heroica ciudad de Zaragoza.

Cerca de media noche, allá en las torres
Reflejaban dos luces de Bengala
Que anuncian como un faro que allí alerta
Están los mexicanos defensores.
Bajo la altiva bóveda cumpliendo
Están con su consigna dos amigos
Que como hermanos se aman; silencioso
El uno, está escribiendo á los dudosos
Resplandores fugaces de una lámpara
Y reflexivo el otro desde lejos,
Contempla entre las sombras la campaña.

Obscura está la noche, y de contino
Se perciben los rápidos disparos
Del rifle matador, y muchas veces
Cruzan junto á las torres colosáles
Las mugidoras bombas, espantosas,
Haciendo retemblar el edificio.

El que escribe es Dalmiro, que obedece
Una orden superior, y el que medita
Es Filópatro: mira el campamento
Viendo del enemigo la impotencia;
Mas de doscientas horas han pasado
Desde que el galo sus reales puso
Y próximo el ataque se presiente.

Súbitamente estrepitoso estruendo
Que hizo las torres retemblar, se escucha,
Un brillo serpentea, cual relámpago;
Pasó un momento; y súbito se mira
Siniestra claridad, que iluminando
De Puebla las alturas, una imagen
Presentó de dolor y de pavura.
Era un incendio...... la abrasante bomba
Estalló en una casa; los amigos
Se miran un momento, palidecen:
Dalmiro está cumpliendo una consigna,
Filópatro está libre; ambos quisieran
Acudir, mas no puede su deseo.

Filópatro, más rápido que el viento
Baja las espirales escaleras
De la torre más alta, y sin descanso
Corre, llegando al sitio que se abrasa.
Un momento se para jadeante;

De agua las bombas aún no llegan; mira
Que la casa que el fuego devoraba
Es la que ocupa de su vida el ángel,
La encantadora Amira...... y menos rápido
Fué en conocer la casa que en lanzarse
Casi sobre las llamas: aún el fuego
Libre dejaba parte de las piezas,
Mas ya en el patio el fuego se miraba.

No vacila Filópatro, atraviesa,
Sube las escaleras que ya humean
Y recorre los largos corredores
Que rechinan...... Un grito se percibe
En la calle al mirarlo que atraviesa.

Han visto desprenderse de la altura
El artesón, y piensan que le arrastra......
A poco se distingue, á los reflejos
De la violenta llama...... de repente
Pasa otra vez el corredor, conduce
En sus brazos un bulto, y se oye un grito:
"¡Gloria á la Providencia, se han salvado!"
Depositó en la calle á la doncella
Que llevaran sus brazos amorosos,
Y se vuelve á arrojar. La misma escena
Se repite, mas vuelve conduciendo
De la mano á un anciano y á una anciana.

Apenas de las llamas se hallan libres,
Y apenas ya los zapadores suben
A derribar el artesón; se escucha
Un estrépito sordo...... es que se hunde
De aquella casa el áureo artesonado!
¡Y se levanta amenazando al cielo

En espiral la llama abrasadora!
Por el humo y el polvo ennegrecido
Apenas respirar puede Filópatro.

En tanto que el incendio se cortaba
Por los bomberos, llegan dos hermanas
De caridad, dos ángeles, dos hijas
De Paul, que luego que la luz miraron,
A prestar acudieron sus auxilios
A una casa cercana; cariñosas
A Amira condujeron sin sentido,
Que delirando en su pesado sueño
Tal vez se figuraba entre las llamas.

Al mismo tiempo sus consuelos llevan
A los ancianos que en su pena horrible,
No pueden ni llorar en su tormento,
Ni lanzar de su pecho los suspiros.

Estas dos cariñosas criaturas
Son la apacible é inocente Elena
Y la cándida y púdica Lucila.

Ya derrumbaban los terrados fuertes
Los zapadores, y aún allí Filópatro,
En medio á los escombros, recorría
Buscando algunas víctimas: ninguna
Más se encontró, del fuego en las ruinas.

El bárbaro enemigo en sus designios
Tal vez creía que el terror cundiendo,
Con el temor terrible del incendio
Del azteca el valor desmayaría,
Al ver que sus terribles proyectiles

En su insolente rabia producían
Muerte y desolación. El mexicano
Todo tiene previsto: á las dos horas
El fuego se extinguió, mientras la plaza
Refuerza por doquier sus fortalezas,
Para evitar un traicionero asalto.

En tanto, ya la noche nebulosa
A despejarse comenzó, y la brisa
Fresca anunciaba que veloz venía
El transparente albor de la mañana.
Volvió en tanto Filópatro al asilo
Do alojamiento cariñoso hallaron
Del fuego aquellas víctimas humildes
De la francesa ilustración. Amira
Estaba reposada; los ancianos
Sus padres, á su lado derramaban
Llanto de gratitud al verse libres,
Pero también de pena al verse un día
Sin hogar, sin fortuna, por el crimen
De ser hijos de México, y tan sólo
Porque en su orgullo insano así le agrada
Al déspota señor de los franceses,
El Brahama de París, de Francia culta!

No pudo ver Filópatro esa escena
De aquel cuadro de llanto y de dolores,
Y enjugando una lágrima doliente,
Salió de aquella estancia conmovido:
A la torre volvió donde cumplía
Dalmiro su consigna, y agitado
Anhelaba saber tantas desgracias,
Y así afanoso díjole á su amigo:

"Filópatro, refiéreme, te ruego,
"Qué ha pasado en la casa de tu Amira
"En la que aún se alzan densas humaredas."

"Ya todo terminó, las tristes víctimas
"Del incendio están libres; he cumplido
"Con mi deber, Dalmiro; tu Lucila,
"La bella Elena y los amantes padres
"De Amira, la consuelan, y le prestan
"En este instante auxilios de ternura:
"Su fortuna en una hora, amigo mío,
"Ha desaparecido entre las llamas.
"Nada importa: que vivan y se salven,
"Que Dios ayudará nuestros esfuerzos."

Y ambos, llenos de ira, maldecían
La ilustración del fuego y de la sangre
Una y mil veces más, y prometiendo
Luchar sin tregua, á muerte, para siempre,
Contra los invasores de la Europa.

"Dalmiro, yo te juro, hermano mío,
Filópatro le dijo, "que si el cielo
"Mi existencia conserva, mientras viva
"He de ser enemigo de esa Francia
"Bárbara, que se llama nación grande.
"Yo muy bien sé, Dalmiro, que se acerca
"El asalto terrible; me lo indican
"Esos diarios ataques que miramos
"En torno á la ciudad Zaragozana.
"Tal vez mañana el poderoso empuje
"Resistiremos del francés osado;
"Plegue á Dios que se acerque ese momento!
"Que venga el vencedor de las naciones;

" El mexicano le abrirá la tumba.
" Yo bien sé que ese espléndido estandarte
"Es la bandera que venció en el Cairo
" Cuando el corzo atrevido los desiertos
" Paso de los Faraones espantados:
" Esa misma bandera victoriosa
" Reflejó sus magníficos colores
" En las siete espumosas cataratas
" Del misterioso Nilo caudaloso,
" Cuando cual sierpe de cristal y plata
" Riegan sus siete bocas el desierto,
" Antes de humedecer las Chípreas costas.
" Yo bien sé que esa nítida bandera
" Es aquella bandera poderosa
" Que traspuso los Alpes gigantescos,
" Y al descender á las floridas vegas
" De la preciosa Italia, temblar hizo
" Los pendones guerreros de Cartago
" En que el caballo púnico ondeaba;
" Que en Sagunto la heroica, ennegreciera
" El humo del incendio, y vino luego
" A ser trofeo del ínclito romano
" Adornando el soberbio Capitolio.
" Yo sé que de la Italia encantadora
" Al hollar los franceses las campiñas,
" En la Ciudad Eterna resonaron
" De pavor las inmensas catacumbas;
" Temblaron las estatuas de los dioses,
" Y aun la sombra de Rómulo espantada
" Salió de su sepulcro, y del Tesiano
" Y del lago inmortal de Trasimeno
" Se oyeron mil gemidos que decían:
" ¡ Sombra de Aníbal, á tu Italia acude ! "
" De César y Pompeyo retemblaron

" Las tumbas inmortales, y aun la sombra
" De Nerón se cernió sobre del Circo.
" Esa bandera tricolor un día
" Al cruzar el Egipto, temblar hizo
" Las tumbas de mil reyes; y las momias
" Que hace cincuenta siglos allí duermen
" De eternidad el sueño, contemplaron
" Espantadas al hombre que turbaba
" El reposo de Apio y de Sesostris,
" Rey de Reyes, Señor de los Señores.
" Al ondear la tricolor bandera,
" Yo sé que victorioso los desiertos
" Pasó, al ennegrecerse con la arena
" Que el simoun abrasado alza en montañas.
" Yo sé que allá en el Dahara esa bandera
" De civilización al nombre santo
" Se empapó con la sangre de mil víctimas;
" Y que de Argel en los infieles templos
" Triunfante tremoló, mientras gemían
" Millares de familias desoladas.
" Pero también recuerdo, mi Dalmiro,
" Que allí en esa colina veneranda
" Al escuchar de Zaragoza el nombre
" Los grandes vencedores de la tierra
" Temblaron á los pies del mexicano;
" Y que el pendón de Napoleón Tercero
" Rasgamos con denuedo y bizarría:
" Y que en señal en él, de abatimiento,
" De nuestros belicosos escuadrones
" Sus cascos estamparon los caballos.
" Que asalten, pues, Dalmiro, las murallas,
" Que vengan á ilustrarnos con el fuego,
" Con la matanza y vil carnicería,
" Y la traición y el dolo: que nosotros

"Humillarlos sabremos. Ya han besado
"El polvo que pisaban nuestras plantas."

Sí, Filópatro, hermano, que difundan
El espanto doquier sus baterías.
Ya la gloria inmortal de Zaragoza
Es como el mundo, eterna; sin mancilla
Ha de pasar á la futura gente;
Jamás puede borrarse de la historia.
Y aunque pasen sus fuertes batallones
Sobre nuestros cadáveres sangrientos,
Y aunque á escombros reduzcan las ciudades,
Y aunque México toda se destruya,
Siempre el mundo dirá al tiempo futuro
Que al francés humilló México libre,
Porque arrancarle cauteloso quiso
Su libertad y santa independencia:
Y aunque muera, pondrá sobre su tumba
Este lema inmortal el tiempo eterno:
" *Murió, pero invencible, y en la historia*
Ni hombre ni Dios empañarán su gloria."

Entretanto, el crepúsculo empezaba
A despejar el límpido horizonte
Que anunciaba en su clara transparencia
La luz rosada de la limpia aurora.

Antes que brille el sol en las nevadas
Cumbres de los altísimos volcanes,
Se estrechan los amigos, se despiden,
Derramando una lágrima gloriosa;
Y recordando que juraron guerra,
Guerra sin tregua al franco y á su estirpe,
¡Adiós! dijo Dalmiro conmovido,

Y ¡ adiós ! dijo Filópatro llorando:
Y se fueron los dos. Por las montañas
Comienzan los celajes azulinos
A distinguirse en el lejano Oriente,
Y al Sur y al Occidente; á Oriente y Norte,
En toda la extensión del campamento
Se ve del enemigo el movimiento.

Se ven mover los trenes, las columnas,
Dirigirse al San Juan, y allá en la cima
La bandera francesa se enarbola;
Señal de que Forey sienta sus reales.

Brilla el sol en Oriente, y el estruendo
Horrible de las bombas que descienden
A la ciudad, anuncia que el despecho
Guía á esos hombres que llegar no pueden
A ser dueños del campo de Occidente.

Arrojan con vigor á sus columnas,
Y con vigor las nuestras las resisten
Contestando á sus fuegos nuestros fuegos.

No bien resuenan las guerreras dianas
En la plaza, retiemblan las campiñas
Y en su base retiemblan las montañas,
Y aun los templos grandiosos, los palacios
Al eco prolongado se estremecen.

Truena el mortero sitiador, y truenan
Treinta y seis bocas de bruñido bronce
Que estallan formidables en un tiempo,
Y treinta y seis columnas se levantan
De humo negro, que opacan las alturas,
Y obscurecen el límpido horizonte.

Treinta y seis rayos son que se desploman
Sobre del fuerte San Javier cien veces,
Y cien más, y mil veces se repiten
Los estallidos de la horrenda bala.

Nuestra activa, violenta artillería
Contesta con vigor al enemigo,
El Atoyac sus aguas estremece
Y aun los cedros, los robles corpulentos
De la Malintzi su ramaje inclinan
Al fragor de las fuertes baterías.
Entre el humo que arroja la metralla
Y el rifle, y las granadas, y las bombas,
Se oye el grito guerrero del soldado
Que entusiasta á la patria vitorea,
Y no cesan los rayos de la lucha,
Que sus fuegos envía con estrépito:
Y no cesan los gritos del guerrero,
Mientras cien bocas de rayado bronce
Lanzan por ambas partes el espanto.

El fuerte del Demócrata certero
Diezma los batallones; el de Hidalgo
Y el de Morelos San Javier apoyan,
Y á cada paso el aguerrido zuavo
Huye despavorido y se retira......

Corren las horas, la mañana avanza,
Y no cesa el estrépito terrible
De la tenaz, potente artillería,
Mientras que entre las nubes de humo negro
Nuestro orgulloso pabellón tremola.

Así como de Estío á los rigores
Al influjo del trópico, las fieras

Terribles tempestades aglomeran
Las densas nubes que la luz opacan,
Y sólo los relámpagos siniestros
Cruzan al rimbombar de la tormenta,
Cuando estalla el fragor del rayo horrendo
Y cruzando los montes y los valles,
Parece que temblar hace á la tierra;
Así se oyen los ecos espantosos
De la violenta artillería; obscuros
Se ven los horizontes con las nubes
Del fuego matador, que como el rayo
Derriba árboles, torres, cuanto encuentra
A su paso la bala silbadora.

En tanto allá entre el humo y entre el polvo,
Se ven de San Javier sobre los muros
Del Norte los heroicos legionarios,
Que espantan con sus tiros tan certeros
De Africa á los valientes cazadores.
Y los hijos también de Guanajuato
Serenos hacen estallar sus rifles.

Súbito con arrojo impetuoso
Se avanzan las columnas enemigas;
Auza las ve, y al grito de la guerra,
Salta la rambla, el muro, salta el foso,
Y sus soldados con soberbio empuje
Desalojan al franco despechado:
Cambia su movimiento al sud-oeste,
Llega veloz queriendo sorprendernos,
Mientras también por Occidente carga;
Pero veloz el hijo de Morelia,
Y el soldado también guanajuatense,
Cual muralla de acero se interponen,

Y el vencedor de Argel atrás se vuelve
Enmedio del estruendo formidable
De cien cañones que la muerte envían.

Sobre la miés tendidos, centenares
Se ven de zuavos, el clamor se escucha
De mil que lanzan el postrer suspiro.

Más de seis horas de combate pasan,
Y la tarde camina presurosa;
Y las terribles bombas una á una,
Como cadena colosal, se miran
Sin cortarse en la altura, descendiendo
Aquí y allí, por la ciudad invicta.

No cesa en tanto el horroroso estrago
En toda la extensión del Occidente,
Ni cesan los valientes defensores
De escarmentar al invasor artero.

Súbitamente el fuego se percibe
Al Sur de la ciudad, mas de Durango
Los hijos allí acuden y, valientes,
De Agua Azul en el franco campamento
Hacen morder la tierra al enemigo,
Y huir á los zuavos espantados,
Que en su fuga violenta, hasta abandonan
Armas y parque, heridos y cadáveres.

Llegan las sombras de la triste noche
Y el humo del combate se confunde
Con las nieblas nocturnas, que descienden
Llenando la extensión del hemisferio.

En medio de esas sombras tenebrosas,
Sólo como relámpagos destellan
Del cañón fragoroso los reflejos.

No cesa el entusiasmo del azteca,
No cesa el exterminio y la barbarie
Culta del ilustrado, que afanoso
Se llama humano y por doquier difunde
Desolación y espanto, estrago y muerte.

Parece que esa noche tenebrosa
Las estrellas se ocultan entre nubes
Por no mirar la muerte que se cierne
Tendiendo por doquier sus negras alas,
Sin que por eso la ciudad heroica
Desmaye en su vigor inacabable.

La obscuridad se extiende; allí en las torres
No brillan esas luces de Bengala
Que anuncian que el soldado mexicano
Está velando al pérfido enemigo.

Todo es consternación, todo es pavura,
Espanto y sangre, y muerte. Y mientras pasan
Las sombras de la noche, junto al ara,
Al pie de los altares prosternadas
Dos mujeres se ven, dos querubines
Que dirigen al Dios de los ejércitos
Sus férvidas y lánguidas plegarias,
Porque cesen los bélicos estragos.
Es uno de esos ángeles, Lucila,
Es Elena el otro ángel apacible.

Un momento inquietante de silencio

Sucede á la terrible artillería:
Entretanto, Filópatro angustiado
Vuelve á la casa de su amante dueño;
Pero ¡ah! que allí le espera en su desgracia
El golpe más cruel del infortunio,
La terrible noticia que le anuncia
Que su padre querido en ese instante
Tal vez exhala su postrer suspiro.
Presuroso, agitado, junto á Amira
Quiere ocultar su pena y sus dolores;
Pero ese ángel de amor, amargo llanto
Al mirar á Filópatro derrama,
Al estrechar en sus ebúrneas manos
Un papel que mojaba con sus lágrimas.
Filópatro impasible, ni un gemido
Pudo lanzar, ni lágrimas dolientes
Pudo verter en su terrible pena
Que ahogaba su voz en la garganta......!

De improviso pasó sobre su frente
Su mano, cual quitándose una nube
Que velaba sus sienes y sus ojos,
Y con trémula voz le dijo á Amira:
"Vuelve otra vez á leer esos conceptos
Que el corazón me rasgan, dolorido,
Aunque me infunden soberano aliento."
Y así Amira, enjugándose las lágrimas
Que mojaran sus pálidas mejillas,
Dijo con voz que trémula sonaba,
Leyendo aquel papel de llanto lleno:

"Voy á morir, Filópatro; tú lejos
"De mí, tal vez no cerrarás mis ojos,
"Pero de Dios con los designios santos,

" Hijo del alma, cumple; el extranjero
" Que hollando está la tierra en que nacimos,
" Porque el traidor perverso le condujo,
" Quiere romper nuestra inmortal bandera;
" Quiere en sus sueños de oro, en sus delirios
" Ser dueño del riquísimo hemisferio
" Que consesvar no pudo en su torpeza
" El indomable vencedor del moro!
" Quiere romper de Hidalgo el estandarte,
" Quiere romper la espada de Guerrero,
" Destrozar de Tampico los blasones,
" De Calpulalpan desgarrar la enseña,
" Y al hacernos esclavos, con orgullo
" A tu patria borrar de las naciones!
" Voy á morir......: pero mi ardiente pecho
" Aún late por tu amor, hijo querido:
" La patria está en peligro, no abandones
" Su victoriosa enseña, si me amas,
" Y si conservar quieres mi memoria......
" No mancilles la espada del patricio,
" Y tú que has conquistado del poeta
" De lauro inmarcesible la corona,
" Conquista del guerrero los laureles,
" Tu sangre derramando si es posible......
" Que quiero el llanto de mis tristes ojos
" Derramar al saber que en la batalla
" Has muerto defendiendo tu bandera,
" Antes que verte el látigo sufriendo
" Del invasor que conquistarnos quiere!
" Mas ya no te veré, pocos instantes
" Me quedan de existencia, hijo querido......
" Ya no veré tu frente victoriosa......
" Ya no veré á la gloria coronarte......
" Al entonar tus cánticos guerreros!

" De tu patria querida, hijo del alma,
" Conquistarás inmarcesibles lauros,
" Y tu fama inmortal que el orbe llena
" Hará eterna en tu nombre, mi memoria!
" Hijo, yo te bendigo...... !" Y fatigada
Amira el llanto del dolor vertía.
Se repuso un momento y así dijo:
" Hijo, yo te bendigo...... de este mundo
" Al salir, con mi pecho consolado,
" Al mirar ya las puertas celestiales.
" Cumple con tu deber...... Dios sea testigo
" De que al mojar tu espada con tu llanto
" Firme estarás al pie de la muralla,
" Y si no vienes á cerrar mis ojos,
" Porque enmedio al fragor de la contienda
" Defiendes de tu patria los blasones.
" Y acaso ni mi tumba solitaria
" Podrás venir á coronar de flores,
" Porque mueras glorioso en Zaragoza
" Con el francés luchando y los traidores......
" Pero en la eternidad, hijo del alma,
" Al estrecharnos con amante abrazo,
" Dios te dará de la virtud la palma...... !"

Dijo Amira, y en lágrimas bañada
Besó la frente de su tierno amante.

Silencioso Filópatro, un momento
Quedóse mudo, y prorrumpiendo luego
Con voz clara, mas pálido el semblante,
Así dijo oprimiéndose su pecho:
Cumpláse así de Dios el hondo arcano;
Ahogo en mi pecho mi dolor inmenso,
Porque si adoro, padre, tu memoria,

Es porque, como tú, soy mexicano,
Y quiero, porque te amo, darle gloria.
"Si ya murió mi padre, bella Amira,
"Tú eres sólo el tesoro de mi alma;.
"Voy á luchar; anúnciase terrible,
"Al romperse la aurora, la batalla.
"¿Qué espero en este mundo? ¡Adiós, hermosa!
"Conserva de mi padre ese retrato
"Junto con el papel de mi infortunio!
"Guarda con él la imagen de tu amante,
"Que si muero en la lid, tus oraciones
"Abriránme las puertas de los cielos......!"
Y sin lanzar un eco ni un gemido,
Sin verter una lágrima siquiera,
Dió un abrazo á su amada, y partió luego.

Quedóse Amira exánime, en su llanto
Ahogándose y orando silenciosa,
Delante de la imagen de María.
Filópatro llegaba al campamento
De San Javier, en busca de su jefe,
Y el canto de las aves melodiosas
Comenzaba á escucharse en los ramajes.
Ya el crepúsculo hermoso, la mañána
Anunciaba en Oriente. De improviso,
Se oye un rumor confuso allá á lo lejos,
Y horrible se percibe el estallido
De la gigante bomba entre mil truenos
Que de la tempestad ecos parecen.
Aún retiemblan las bóvedas del templo:
El artesón retumba del palacio,
Y toda la ciudad en su recinto
Se estremece al fragor de las granadas...... !

Pasan dos horas de terrible angustia,
Y poco á poco cesa el estallido
De esos terribles ecos de la guerra.
En medio del murmullo de mil voces
Que producen cien grupos, apiñados
Mil heridos se miran, mil cadáveres,
Que hacia el asilo del consuelo llevan.

Lucila, Elena, Elodia, Orestes, otros
Personajes acuden auxiliando
A los heridos; por doquier Elena,
Recorre ansiosa con dolientes ojos,
Esos cuerpos helados que un momento
Animados mostraban entusiasmo,
En medio del fragor de la batalla:
Y Lucila también buscaba entre ellos
De Dalmiro la imagen tan querida.

Respiran consoladas un momento,
Pues aunque miran con dolor y pena
A todos los heridos, esos hombres
No son del corazón prendas queridas.
Nada encuentran: y en tanto los cadáveres
Son conducidos al sepulcro, llevan
A los heridos con anhelo santo
Donde la caridad sublime quiere
Alivio darles con su pena heroica.

Súbitamente Elena lanza un grito
Y casi en su sorpresa se desmaya;
Pero acude Lucila y en sus brazos
La apoya y la conduce al blando lecho.
Es que en sangre teñido, moribundo,
A Herlindo conoció, que del combate

Es conducido herido y prisionero,
Como traidor: ¡ infortunado joven ! ......
"¿No le viste, Lucila? Elena exclama,
Repuesta ya de su fatal sorpresa:
"¡ Es Herlindo ! Yo siento en mis mejillas
" La vergüenza, el baldón, porque hubo un día
" Que yo á ese joven le llamé el bien mío !
" Porque tiene una madre infortunada
" Y un padre que le ama con ternura."
Luego, reflexionando y resignada,
Dijo: " Pero olvidemos las pasiones;
" Aquí en este lugar de la esperanza
" No existen las personas ni los nombres;
" La humanidad, la humanidad que sufre
"Es el único ser que contemplamos."

Lucila, llena de fervor amante,
Consuelo daba á la afligida Elena,
Y ésta, llena de esfuerzo soberano,
Enjugando sus lágrimas, humilde
Fué á prestar sus auxilios al herido,
Al lado de Lucila que buscaba
Motivo hallar para prestar consuelo.
Ya la entusiasta Elodia preparaba
Las vendas, y las camas, y las hilas,
Y todos los auxilios afanosa;
A la vez por un ángulo, en la sala
Se mira á Orestes que su llanto riega
Cerca de un moribundo que ya expira,
Y aun todavía exclama con fe pura:
"¡ Gloria á mi patria ! Dios del universo,
" Yo muero por su amor y por su gloria......
" En tus manos, Señor, pongo mi espíritu,
" Y á tí á los hijos de mi amor entrego...... ! "

"Él los acogerá, clamaba Orestes;
"Mira no más á Dios en las alturas:
"Mira de Sión la cohorte celestial;
"Vuela, hijo del Señor, á su morada......
"Señor, acoge el alma de este joven!"

Dijo, y quedóse un rato silenciosa;
Después Orestes se salió llorando.
A ese tiempo Filópatro llegaba
De San Javier cumpliendo una consigna,
Y al pasar espaciosos los jardines
Encuentra á Orestes que con tristes ojos
Sale del hospital de los heridos:
Y esa alma fuerte que escuchó el relato
Que Amira hundida en llanto le leyera,
Y que ni un solo acento, ni un gemido
Lanzó al saber la muerte de su padre,
Porque el dolor ahogaba su garganta,
Apenas vió de Cristo al sacerdote
Cuando á su cuello se arrojó llorando!

¿Qué te afecta, Filópatro querido?
Le dijo Orestes, de sorpresa lleno:
Tú que siempre, sereno en la batalla,
Haz mirado correr sangre doquiera,
Y lleno de valor alzas la frente;
Tú cuya alma de poeta excelso,
Comprende la grandeza de la gloria,
Y piensa tan grandiosos pensamientos,
¿Por qué débil así llanto derramas?

"Ah! padre mío, díjole Filópatro,
¿Por qué miro también en vuestros ojos
Señales de dolor y tristes lágrimas?

Porque siempre cercado de la muerte
Os eleváis en medio á sus horrores
Y animáis con valor al moribundo.
¿Por qué también vertís llanto cobarde? "

" Filópatro, la gloria me enternece:
Y cuando oigo la voz de la grandeza,
Cuando del corazón en los latidos
Percibo algún sublime pensamiento,
Cuando escucho del genio de la ciencia,
Del arte ó del valor, los ecos gratos
Que conmueven el alma, el pecho mío
No puede contener sus emociones.

Acabo de escuchar un moribundo,
Acabo de guiarlo hasta el empíreo,
Y al escuchar su varonil acento,
Al verle resignado dar la vida
Que le arrancara la enemiga bala,
Al oir vitorear casi expirante
De México las glorias sin mancilla,
Mi pecho conmovió sus fibras todas
Y he buscado en el llanto el dulce alivio
Que hace que el triste corazón descanse "......

Por eso lloro yo, dijo Filópatro:
Y ahogando la congoja en su garganta,
Le refirió la funeral noticia
Que le anunció la muerte de su padre.

Allí los dos amigos, á la sombra
De los hermosos árboles que cubren
Los vistosos jardines del palacio,
Se sentaron, en tanto que aclaraba

La luz del alba que veloz venía
Disipando las nieblas de la noche;
Y en tiernos y dulcísimos coloquios
Sus corazones ambos dilataban.

Allí, dando Filópatro á su llanto
Corriente sin medida, al sacerdote
Consejos religiosos le pedía;
Y éste, lleno de fe, dulces consuelos
Darle pudo á su pecho desgarrado.
Hijo, amigo querido, le decía:
Tú haz perdido la prenda más valiosa
Que tener puede el hombre en esta vida,
Cuando en la paz doméstica vivimos;
Pero cuando la patria dolorida
A sus hijos invoca, ésta es primero.
Sólo Dios es primero que la patria.
Tú no haz podido el último suspiro
Recoger de tu padre idolatrado,
Pero ese Dios que tu gemido escucha,
Le ha recibido en su fecundo seno;
Él aprueba tu llanto, como aprueba
Tu conducta patriótica: es testigo
De que cumples sublimes sus preceptos;
Él desde el alto cielo te bendice;
Yo en su nombre, Filópatro, lo afirmo.
Llora, llora sin tregua, hasta que calme
Ese dolor que tu garganta oprime;
Pero sabe que Dios tu llanto acoge,
Y que te envía angélica sonrisa.

Mas ya amanece, y el deber me llama,
Dijo Orestes: y dando abrazo estrecho
A Filópatro, fuése de aquel sitio.

¡Sublime es ese bálsamo que vierten
Los ojos del mortal cuando abatido
Siente su pensamiento, y cuando su alma
Anhela hallar consuelo á su pesares!
Descansa el corazón y se extasía,
Y se refresca la abrasada frente,
Y el pensamiento que se alivia puede
Elevarse hasta el solio fulguroso
Adonde el Dios del universo habita!

Con el llanto abundante de sus ojos
Filópatro sintió dulce consuelo,
Y pudo contemplar el horizonte
Que ya entre nubes nácares se mira
Anunciando del sol los resplandores.

Tranquilo en tanto fuése á las alturas
Del palacio, á anunciar con faz serena
Al general en jefe que se apresta
En San Javier estrepitoso asalto,
Y que él con su permiso toma parte
En aquella defensa vigorosa;

Ortega, que le estima y que comprende
De Filópatro el alma delirante,
Con sonrisa halagüeña le despide:
Y en tanto que Filópatro violento
En su brioso trotón al fuerte acude,
Ortega con sus jefes y ayudantes
De su Estado Mayor monta á caballo,
Y acude á la batalla que se indica!
A los valientes en su paso atiende,
Que listos en sus líneas, el estruendo
Comienzan á escuchar de los cañones.

Sublime es ver al indomable jefe
Radiante de gloria en la batalla,
Sereno, imperturbable, á los soldados
Dirigiendo palabras de entusiasmo,
Y anunciando doquiera la victoria,
Mientras se oye el fragor de los combates;
Risa en los labios y amoroso acento,
Tranquilidad en la serena frente
Y animación y vida son las señas
Que distinguen al héroe de Silao.

Allí, luego que llega, á los soldados
Tremolando el pendón de tres colores,
"¡Hijos! les dice, levantad la frente
"Y ved en este lábaro glorioso
"El inmortal pendón de nuestra gloria!
"Recordad al mirar sus tres colores
"De tres siglos la historia tenebrosa.
"Que supieron vencer de fanatismo,
"De tiranía y pérfida ignorancia!
"No lo olvideis, los galos orgullosos
"De México abatir piensan las águilas;
"Pero mirad con fe la cumbre altiva
"De Guadalupe y de Loreto, y llenos
"De la fe de la patria, la victoria
"Nos ha de dar sobre el francés la gloria!"

Dijo, y al punto estrepitosos gritos
En torno del guerrero resonaron,
Y allí de San Javier en las almenas
Los ecos repitieron de la patria.

De México los grandes defensores
Se aprestan al combate; el estallido.

Doquier retumba de la ardiente bomba
Que hace gemir el viento con espanto.
Filópatro y Dalmiro entusiasmados
Siguen doquier el genio de la guerra,
Y Reynaldo imitándoles, doquiera
Sigue también el belicoso ejemplo,
Porque ama de su patria los blasones,
Porque su amada madre así lo quiere,
Y porque siente, de la gloria ansioso,
Latir dentro del pecho entusiasmado
Un corazón de fuego que se quema,
Que anhela conquistar una corona,
Para ponerla á las heroicas plantas
De su adorada madre que á Dios pide
Porque la patria la victoria alcance,
O antes, todos los hijos del Anáhuac
De sus bellas ciudades y sus templos,
En los escombros con valor sucumban.

CANTO SEXTO.

A la mañana dora las altivas
Cumbres de las montañas y las torres
De la ciudad valiente, y los guerreros
No terminan aún en el combate.

Con la brillante luz del nuevo día
Reaniman su empuje poderoso:
Mayor vigor indican los franceses,
Y más valor despliegan los sitiados:
Violentos, entusiastas, animosos,
Renuevan el combate. Los bastiones
De San Javier, apenas se sostienen,
Y á cuerpo libre y descubierto luchan
Allí los defensores esforzados.

Filópatro entusiasta, por doquiera
Lucha con heroismo en la batalla.
El estrago terrible de las bombas
Que há más de treinta horas que han silbado
Sobre la altiva frente del guerrero,
Aumenta su furor en todas partes.

Ortega acude en tanto presuroso,
Ordenando doquier los batallones,
Las fuertes baterías, las reservas,
Porque se anuncia ya tremendo ataque.
El sitiador en todas direcciones
Mueve sus numerosos campamentos:
Aquí y allí se mira que recorren
Toda la línea rápidos ginetes
Que atraviesan la espléndida llanura,
Comunicando las guerreras órdenes.

Del Oriente á Occidente, por el Norte,
Cruzan las baterías y los carros,
Y columnas de gruesa infantería;
Y por el Sur, de Oriente al Occidente,
Cruzan fuertes columnas de caballos.
De la tendida falda de la loma
Del San Juan, caminando paralelas
Las columnas francesas se destacan
Por las sendas que ocultas construyeron
Como cobarde salteador. Avanzan
Bajo el nutrido fuego de sus bombas
Que una curva continua y prolongada
Forman sobre la invicta Zaragoza.
Dentro del muro esperan impacientes
Los soldados del rico Guanajuato;
A su derecha fuera de los muros,
Apoyan los rifleros, y á la izquierda
De Zacatecas libre los soldados.
De Auza la voz anima á los valientes
Que sus órdenes siguen valerosos;
Antillón á los suyos entusiasma,
Lamadrid á los suyos, y Alatorre.

Smit con voz robusta á los soldados
El triunfo les preludia si valientes
Resisten el empuje de los francos.

Se cubren los reductos, las reservas
Apoyan á la línea que resiste,
Y Ghilardi, á la voz de la batalla,
La libertad proclama y les anuncia
También á los soldados la victoria.

A cada bomba que terrible estalla,
Un grito de entusiasmo se repite.
De Veracruz los ínclitos soldados
Aprestan sus terribles baterías,
De México los hijos, los de Puebla
Se preparan también á la batalla.
Y Negrete y García y Santelices,
Observando los listos movimientos,
Esperan animosos el asalto.

En tanto avanza el día, y el estruendo
No ha cesado. Las nubes prolongadas
De los cañones, que se elevan, se unen
Con las nubes que cubren las montañas.

Todo en un velo funeral se envuelve!.....!
Y el fragor de la bomba y la metralla,
Y el rápido correr de los ginetes
Que las órdenes llevan, y el confuso
Rumor de los soldados que á los gritos
De libertad, silbar hacen sus rifles,
Y el ir y revolver de los cañones
Que cubre la reserva, y los gemidos
Del soldado que cae y luego muere

Al lado del que herido aún no sucumbe;
Toda esa mezcla de terror grandioso,
De entusiasmo sublime y de matanza,
Terrible anuncio de combate un día.

Entretanto la tarde presurosa
Declina, y las tinieblas con el humo
De la batalla rápidas se acercan.
Así como en las noches calurosas
De Estío, cuando el sol hunde su frente
En el ocaso, tiéndese una zona
Roja como el acero encandecido
En toda la extensión del horizonte;
Así al llegar la noche, horrible el brillo
De la tremenda artillería alumbra
Toda la línea que el francés ataca,
Y siguen las columnas avanzando,
Entre sus dilatadas paralelas,
Y en medio de las sombras de la noche
Serpeando se miran luminosas
Por la luz de los rifles, semejando
En forma colosal esos insectos
Luminosos, que en noche tempestuosa
En los campos se arrastran. Cien estruendos
Se escuchan á la vez, y se repiten
Y vuelven á estallar, y silba horrenda
La bomba y la granada, y se confunde
Todo en un eco de terror sublime.

Tal como en medio al mar enfurecido
Cuando estalla con furia la tormenta
El trueno de los rayos se prolonga
Y luego al rebramar los huracanes,
Y al estrellarse las hirvientes olas

Contra las rocas, un rumor confuso,
Imponente y extraño se percibe
Sin poder distinguir si horrible el trueno
Es del rayo el terrífico estallido
O es el silbido de agitado viento,
O es el rugir de las gigantes olas,
Así todo de pronto se confunde.

Retumba la potente artillería:
Mil gritos se levantan, y de truenos
Millares se perciben confundidos
En un sordo rumor. Súbito cesa
El estallido del cañón: suspenden
Los sitiadores sus horrendas bombas,
Y sólo de los rifles á millares
Se desprenden las luces matadoras.

Avanzan impetuosas las columnas
Del invasor y emprenden el asalto......
Tan compactos, tan rápidos, tan fieros,
Que una masa tan sólo se presenta.
Como en sereno río caudaloso,
Después que en las altísimas montañas
Brilló la tempestad, y de las nubes
A torrentes bajó la lluvia, y baja
Y acrecienta las aguas mugidoras,
Que enorme masa forman y levantan;
Una ola gigante viene, y rápida
Arrebata los robles y las rocas,
Y no detiene su violento curso
Hasta encontrar tal vez una montaña.

Así del enemigo las columnas
Sin detener se arrojan: como el rayo

Corren precipitadas: arremeten,
Y asaltan las murallas impetuosos.
Pero también de Puebla los soldados,
Sin inquietarse, impávidos formando
Como de acero colosal muralla
Erizada de escollos, esperaban
El poderoso y sin igual empuje
De ese oleaje de hombres esforzados.

Saltan de los caminos encubiertos;
Quieren salvar la brecha que las bombas
En la muralla abrieron, y se lanzan;
Pero de Guanajuato los guerreros
La cierran con sus cuerpos, embrazadas
Sus armas listas que el asalto impiden,
Y hacen retroceder al enemigo......!

En tanto, rasgos de valor heroico
Se repiten doquier. Aquí sereno
Se mira un jefe que al soldado alienta;
Por otra parte, intrépido un soldado,
Valiente é impertérrito contempla
Cómo estalla á sus pies la fuerte bomba,
Y al estruendo terrible le responde
Con el alerta bravo del soldado!
Ocho mil rifles con fragor estallan,
Y ocho mil rifles con fragor contestan,
Y la muralla que resiste fuerte
De lumbre una muralla parecía,
Y con la luz siniestra del combate
Aun los templos se ven y los palacios
Como unos colosales centinelas.

¡Horrible confusión! ¡Viva la Francia!

¡ Viva el emperador ! claman los galos.
¡ Viva la libertad ! grita el azteca.

Las almenas, los fosos, las murallas
Del fuerte se iluminan con el fuego
De la batalla: truena un estallido
Horrendo, asolador. El suelo brota
Un cráter que destruye al enemigo,
Y espantado por fin, cede al impulso
De aquellos invencibles defensores,
Y se retira huyendo, en su carrera
Hollando mil cadáveres sangrientos
De los mismos guerreros de la Francia.

El soldado impertérrito del pueblo,
Al grito entusiasmado de la patria,
Ve correr al francés, mientras risueño
Se cubre con la enseña de la gloria,
Que en Zaragoza triunfadora ondea.

Dos veces formidables las columnas
Del invasor llegaron hasta el muro,
Y dos veces huyeron espantadas
Al dejar cien cadáveres sembrados
Aquí y allí, cubiertos con su sangre;
Y más el heroismo y la grandeza
De mi patria en sus hechos inmortales
Brillan con esplendor resplandeciente.

Pero huyó el enemigo entre las sombras
De la noche veloz que se adelanta
Obscura, pavorosa, interrumpida
Por la siniestra lumbre de las bombas
Que sin cesar arroja el enemigo

Despechado en su encono, y derramando
En la invicta ciudad muerte y pavura.

En todas partes entre el fuego se oyen
Los lamentos de muerte y de tormento,
En todas partes el dolor se mira......
Cual siniestros relámpagos se cruzan
Doquiera los fugaces proyectiles,
Mientras corre la noche tenebrosa,
Como una virgen tímida que oculta
En sus negros crespones su tristeza.
Y viene otra mañana y otra aurora,
Y no cesa del arma el estallido,
Y no cesa el incendio y la matanza,
Y no cesa el valor del mexicano
Que alecciona á los hijos de la Europa
Con ejemplos de gloria y valentía.
La luz hermosa de la nueva aurora
Viene á alumbrar los campos de la guerra
En que la muerte sin cesar se ostenta.

Los cadáveres francos en las mieses
De los campos se ven, la sangre humea,
Y aun mil ayes se escuchan doloridos,
Mientras sobre la frente de los bravos
Hijos de Zaragoza, resplandecen
Los invictos laureles de la gloria.

A la hora terrible del combate,
Cuando el fuego y el humo y las tinieblas
De otra noche que llega se confunden,
Es fama que entretanto que el estruendo
De las armas temblar hace los montes,
Un fragor esplendente en la alta cumbre

De los volcanes se extendió y en medio
Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl,
En un trono de ráfagas brillantes
Apareció la imagen imponente
Del gran Huitzilopoxtli, acompañada
De los dioses antiguos del Anáhuac,
Y los guerreros del antiguo imperio
Que dominó de Anáhuac las naciones.
Y ostentando su aljaba y su macana
En ademan amenazante, muestras
Daban de animación á los guerreros,
Mientras de la Malintzi en nubes de oro
La América ondeaba victoriosa
La tricolor bandera, y aun se oyeron
Resonar por los aires vibradores
Unos acentos gratos que decían:

"Mirad aquí el pendón de nuestra gloria;
"Jamás le abandonéis. Mientras la empuñen
"Los hijos de la patria, los tiranos
"Temblarán al mirarlo estremecidos;
"Y á su sombra jamás seréis vencidos."

Y en tanto que estos cantos resonaban,
Entre nubes de límpida blancura,
Motecuhzoma apareció glorioso,
Acompañado de la bella Xochitl,
Y Cuauhtemoc el grande, y Xicotencatl,
Y el gran Netzahualcoyotl, coronados
Del laurel inmortal, himnos triunfales
Entonando de bélico entusiasmo
Que millares de genios repetían.
Mientras en Citlaltepetl, y el hermoso
Nahuacampatepetl, de fulgor divino

Surcados, y ceñidos con laureles
Aparecieron entonando cánticos
Los héroes todos que á la patria dieron
Triunfos sin fin, y á Anáhuac libertaron
De la española vencedora gente.

Al ver aquella escena portentosa,
Los defensores de la heroica plaza
Aumentaron su bélico ardimiento,
Y la tierra morder al franco hicieron.

Huyó por fin despavorido el galo,
Al mexicano dando la victoria,
Mientras aquellas sombras venerandas
Se elevaron perdiéndose en los cielos.

La noche corre presurosa, el galo
No cesa de lanzar sus fieras bombas
Ni el mexicano olvida la pelea:
Y ya que asoma la apacible aurora
Allá por el Oriente, más columnas
A Guadalupe impávidas se acercan,
Pero esta fortaleza vigorosa
El terror y la muerte les envía.
Por el Norte y el Sur nos amenazan;
Se traba en todas partes la pelea;
A su fuego contesta nuestro fuego,
Y muerte quieren, y les damos muerte.

Todo el día es de lucha estrepitosa,
Y sigue con la noche la batalla.
En tanto, por las sombras protegido,
Burlando del frances la vigilancia,
Un heraldo de México penetra

Arrostrando el peligro, á Zaragoza.
Es portador de los gloriosos plácemes
Con que á los héroes México saluda,
Por su valor heroico é indomable.
Pone en manos del héroe de Silao
La felicitación de un pueblo entero,
Con los radiantes brillos de la gloria.
Ortega, al recorrer los campamentos,
Felicita á los ínclitos soldados.
Y el saludo les muestra de la patria.

"Hijos de Zaragoza, la República
"Os envía el saludo de la gloria,
"Les dice: vuestra patria agradecida,
"Ya os prepara las fúlgidas coronas
"Con que la gloria á los valientes premia.
"El mundo nos contempla sorprendido,
"Porque vuestro valor en los combates
"Ha escarmentado al genio de la guerra.
"Seguid como hasta aquí, para que el mundo,
"Al grabar vuestros nombres en la historia
"Diga lleno de amor: los mexicanos
"Que han humillado al déspota de Europa
"Los vencedores son del universo."

Dijo, y al eco del cañón mortífero,
Resonaron los himnos de la patria
Y los triunfales cantos de la guerra.
Casi en delirio el entusiasmo estalla;
Los vivas se prolongan, y se aprestan
De nuevo á combatir nuestros guerreros,
Pues ya el francés duplica sus columnas.
De pronto, por la línea de Occidente
Se prolongan los fuegos enemigos

Mientras el día avanza nuevamente.
Silban las bombas, las granadas silban;
Aquí las llamas el incendio anuncian;
Allí los edificios se desploman.
Por allí una madre se sepulta
De su amor con las prendas más queridas
Bajo de los escombros que derrumba
La bomba con su estrépito. Acá el grito
Se oye del hijo que á su padre pierde:
Doquier se oyen mil ayes doloridos
De las mujeres que huyen del estrago,
Y abrigo no hallan: la ciudad entera
Retiembla al estallido de las bombas.
En ese hondo pesar, con sus banderas
El amigo extranjero lograr quiere
Gracia del invasor para el pacífico.

A pesar de las balas enemigas,
Cruzan del invasor al campamento
Las águilas prusianas, y de América
El estrellado pabellón cubriendo
A sus ministros, que oficiosos piden
Al sitiador que de la plaza salgan
Los niños, los ancianos, las mujeres,
La inerme multitud...... pero el *guerrero*,
El héroe que en Argel dejó su nombre
Como recuerdo de ominosa plaga,
No escucha las querellas, nada valen
Del amigo extranjero los oficios......
Y sigue la feroz carnicería,
Y los incendios y la muerte siguen.

Súbitamente se suspende el fuego,
Y ya el sol á Occidente declinaba.

Brillante estaba la impasible tarde,
Y el pabellón en las altivas torres
De nuestros templos límpido ondeaba,
Cuando un sordo rumor se precipita:
El enemigo audaz, dobles columnas
Lanza sobre nosotros impetuoso.
No hay ya murallas, la invasora bomba
Arrasó los bastiones: ya los fosos
Los cegaron millares de cadáveres
De enemigos que, hundiéndose en su sangre,
Pasan sobre sus mismos compatriotas
Y como el rayo rápidos se lanzan.
Ya no hay murallas de tallada piedra,
Pero hay murallas de hombres esforzados.

A pecho libre el mexicano espera,
Y se traba otra vez fiero combate.
Allí Prieto y Negrete, el esforzado,
Ordenan sus legiones, y hasta el foso
De fuera, los valientes batallones
Llegan hundiendo al pérfido enemigo
En sus mismos caminos encubiertos.
Alatorre á los hijos de las rocas
De oro de Zacatecas entusiasma,
Y llegan hasta el muro de los galos.
Ghilardi, lleno de valor heróico,
A los suyos conduce tremolando
El majestuoso pabellón de Iguala,
Que espanta á los franceses atrevidos.
Salazar con sus bélicos rifleros
Por la derecha al enemigo hostiga,
Mientras que de Antillón los esforzados
Guerreros, con denuedo combatían:
Rioseco en tanto al queretano lleva

A conseguir la gloria, y á los suyos
Auza conduce á la sangrienta lucha.
Con rifle al brazo y pecho descubierto
Luchan con denodada bizarría.
En las brechas se paran los soldados
Esperando al francés: silban doquiera
A millares las balas; un murmullo
Tan sólo se percibe entre el estruendo.
Se arroja el enemigo formidable;
Cesa de pronto el fuego; los marrazos
Se cruzan en las fuertes bayonetas
De nuestros defensores...... cuatro horas
De corporal combate se prolongan;
Y en medio de mil hechos de heroismo,
Es vencedor el libre mexicano.

Dejó el terreno el defensor cubierto
De zuavos aguerridos y valientes
Que besaron la tierra que pisaban
Los césar-augustanos defensores.
Tal vez el invasor en su despecho
Meditaba proyectos espantosos,
Al ver del mexicano el heroismo.
Desmantelado el fuerte, el mexicano
Retiró sus pesadas baterías,
Sus trenes, sus repuestos; y dejando
En solar convertido el punto heroico,
Vencedor, retiró sus batallones.

Aún el polvo y el humo del combate
Cubría á los soldados invencibles,
Cuando Ortega, radiante de contento,
Los felicita de la patria en nombre,
Y recorriendo el campo, preparados

Dejó los movimientos de la noche.
Entretanto la luna taciturna
Caminaba, velando á los valientes
Que al pie de sus murallas la hora esperan
De combatir, sin tregua, al enemigo.
En tanto con amor y con ternura,
Preparando las vendas, fatigosas
Pero incansables, y de humildad llenas,
Lucila, Elodia, Elena, á los heridos
Con maternal cariño dan consuelo,
A esos valientes que el dolor aqueja;
Y en medio de sus férvidos dolores
Mezclan entre sus gritos de amargura,
Unos, recuerdos de cariño amante,
Otros, memorias de su bien perdido.

" Madre...... exclamaba un joven delirante
" Por la terrible fiebre, madre mía......! "
Dirigiéndose á Elodia con ternura:
" Yo no puedo volver á aquella tierra
" Tan grata para mí: siento la muerte......!
" El bravo mexicano vencer sabe......
" Culpa sea del déspota de Francia!
" La miseria, Dios mío, la miseria
" De mi país nos llama siempre á guerra:
" Yo estuve allá en Argel...... yo ví de Italia
" Las floridas campiñas...... yo en Crimea
" Ví vencer á las huestes napoleónicas......
" Pero en México...... en México...... ni un día
" Hemos tenido de obtener la gloria!"

En estas y otras quejas moribundo
El guerrero francés se producía,
Mientras Elodia con cariño tierno

Procuraba aliviarle sus dolores.
  Por otra parte Elena, silenciosa,
A Herlindo cuidadosa consolaba;
Pero austera, ni un eco, ni un indicio
Daba que hiciera revelar al joven
De amor una señal. Triste, abatido
Cada vez que las vendas le ponía
Elena, con amor la contemplaba,
Y la miraba extático y absorto......
Ni sentía tal vez esos dolores
Que le acercaban á la tumba, y sólo
De tiempo en tiempo de sus bellos ojos
Derramaba sus lágrimas amantes
Que las manos de Elena humedecían.
Pero ella, tan humilde y tan hermosa,
Ni temblaba al fragor de los cañones,
Ni al horror de la sangre vacilaba.
Mientras la bomba horrísona retumba,
Cuando allá en San Javier de pura gloria
Arrancamos laureles inmortales,
Mientras la sangre de los bravos corre,
Y aún los cristales del salón reflejan
Del fuerte heroico las azules luces,
La curación Herlindo recibía
De Sor Elena, que esforzando su alma
Procuraba cubrir las emociones
De su angustiado corazón. "¡ Oh madre !
Exclama Herlindo: " Mis dolientes miembros
" Tiemblan al escuchar ese silbido
" Que estremece el marmóreo pavimento:
" Oh cuánto sufro...... ! Por piedad, decidme
" ¿ Podré ver de otra aurora los celajes
" Cruzar frente á esa reja, y de otra noche
" Me cubrirán las sombras ? Madre mía,

"Siento desfallecer...... siento morirme...... !"
Quedó en silencio ún rato. En tanto Elena,
Convulsa reprimiendo los sollozos
De su inocente corazón, le dijo:

"Hay una Providencia, hermano mío,
Que nos vela en el cielo. ¿No miráis
En estas noches reflejar la lumbre
De esos miles de bombas formidables
Sobre nuestras cabezas, sin que una
Haya caído en este sitio? Aliento,
Esperanza en el Dios de los cristianos!
Mas si sentís el alma conmovida,
Y de la religión busca el consuelo,
Os llamaré al cristiano sacerdote...... "

"Sí, Sor Elena, mi razón se alumbra;
"Yo siento que del mundo me separo:
"Ya vislumbro la luz fascinadora
"De la honda eternidad...... Mas ya que debo
"Ante de Dios hablar, llamadme á Orestes:
"Quiero salir del mundo vindicado,
"Para llegar de Dios á la presencia...... "

En lágrimas bañada salió Elena,
Y al punto vino el sacerdote. "¡ Padre!"
Pudo apenas decir: y desmayado
Quedó por tanta sangre que vertía.

Un licor vigoroso trajo Elena,
Dióselo al sacerdote y salió luego;
Y así comenzó Herlindo conmovido:

"Por la ambición cegado, padre mío,

" Y por cumplir de un padre los preceptos,
" Me olvidé de mi patria...... dejé todo......
" Abandoné á mi amante, y en las filas
" Vine del extranjero que asesina
" A mis hermanos......! Telamon maldito,
" Me sedujo, traidor......! vil...... asesino!
" Oh Dios! Oh padre mío, perdonadme!"
—" Perdónale, hijo, tu perdón otórgale,
" Que Dios dará el castigo á su perfidia."
—" Yo ví correr la sangre mexicana
" Y con la sangre gala confundirse......
" Sentí correr la mía...... Antes que cierre
" Para siempre mis ojos, me arrepiento
" De crimen tan atroz: perdón os pido:
" Suplicadle á ese Dios de los ejércitos
" Que me acoja en su seno..... Y á esa Elena
" Que como á vil traidor me ha maldecido,
" Padre..... decid también que me perdone....."

Y poco á poco con ahogado acento
Iba su voz articulando apenas.

Orestes, á pesar de su entusiasmo
Contra todo traidor, se conmovía,
Y enjugando su llanto así le dice:
" Al fin, hijo de México, has sentido
" En tus venas correr la sangre azteca:
" Está bien, hijo mío: ya del mundo
" La execración no temas: Dios acoge
" De tu arrepentimiento la protesta.
" Olvida tu maldad, que yo en el nombre
" Del Dios de los ejércitos te hablo,
" Como ministro del Señor Altísimo.
" Él te llama á su solio refulgente........

" Alza los ojos á mirar el cielo.........
" Mira los querubines que sus cítaras
" Pulsan y sus salterios los arcángeles,
" Para esperarte en venturoso triunfo:
" El ángel del amor coronas teje,
" Y de la paz los ángeles brillantes
" Con incensarios de oro, aromatizan
" Las inmensas regiones del espacio.
" Mira, Herlindo, las puertas eternales
" Se abren ya: el Señor te abre sus brazos...... "
Herlindo, haciendo esfuerzos poderosos,
Apenas levantar sus ojos puede,
Y exclama con voz trémula, indecisa:
" Mi padre...... gloria á Dios..... en las alturas.....
" Al Dios que al hombre criminal perdona!
" Elena...... Elena...... ¡ Adiós ! Padre, mi patria ! "

Y ya no pudo articular ni un eco:
Clavó los ojos y lanzó un suspiro
Para volar á Dios. Sus bendiciones
En el nombre de Dios pronunció Orestes,
Y al expirar Herlindo limpia lágrima
De los ojos de Orestes en la frente
Cayó del moribundo enternecido.
Luego que Orestes le cerró los ojos,
Salió de allí enjugándose las lágrimas.

Elena, apenas supo que la tierra
Dejó Herlindo, en sus lágrimas bañada
Corrió al altar y sus plegarias férvidas
Dirigió al cielo por su amante Herlindo.

Y en tanto que dispónese el entierro,
A cumplir sus deberes salió Elena,

De sublime valor, acompañada
Con el ministro del Señor del mundo.
El fuego cesa un poco, y ya la noche
Cerrando va, cubriendo con sus nieblas
La tendida extensión de Zaragoza.
Todo queda en silencio en las campiñas
Mientras el jefe recorriendo pasa
Largas horas en todo el campamento.

Sobrecogidos de pavor los galos,
Pasan la noche hundidos en silencio,
Solamente enviando enfurecidos
De tiempo en tiempo estrepitosas bombas,
Con que quieren vengarse en su despecho.

Los defensores de la plaza, listos
Vigilan los franceses movimientos,
Y levantando el campo, recogían
Muertos y heridos de las dos legiones.

Ya que el fresco crepúsculo empezaba
A despertar al vigilante gallo
Que sus cantos sonoros repetía,
Comenzaron doquier á percibirse
Del invasor francés los movimientos
Que activo el mexicano prevenía,
Al mismo tiempo que la plaza apresta
Sus reservas que esperan el ataque.

La mañana aromática venía
Por doquiera fragancia derramando,
Al romper de las flores el capullo
Que sacude las gotas del rocío,
Mientras en el panteón á la sombra

De los sauces que dolientes bajan
Sus ramas hasta el suelo, se divisa
Una cruz de ciprés, y junto á ella
Se ve la fosa funeral que aguarda
De Herlindo los despojos terrenales.
La luz apenas las altivas torres
Doraba en la ciudad, cuando el silencio
Interrumpiendo de los muertos, se oyen
Los himnos funerales, misteriosos
Que allí la religion alza en sus cánticos:
Mientras colocan el cadáver yerto
De Herlindo sus amigos en la fosa;
Y luego un sacerdote con voz clara
Al pueblo que concurre le dirige
Triste oración, en que al mortal excita
A cumplir los deberes de la patria;
Lamentando la suerte de aquel joven
Que en las filas murió de los traidores:
Y al cubrir el cadáver con la tierra
Hasta el cielo levántase el incienso,
Mientras que poco á poco todos parten
Dejando aquel lugar con su pavura.

Aquel silencio triste y misterioso
Le interrumpe tan sólo el estallido
De las bombas que empiezan ese día
Su obra de asolación y de exterminio.

Súbitamente en funeral silencio
Queda todo, en reposo solitario:
A poco rato, sin temor del fuego
Que otra vez tempestuoso se nutría,
Dos personas se ven arrodilladas:
Un anciano que riega con su llanto

La tierra removida del sepulcro,
Y una mujer hermosa que parece
El ángel del dolor que los espíritus
Vela de los mortales en las tumbas.
Mientras vierte sus lágrimas doliente
El anciano infeliz, flores derrama
Sobre la tumba la doncella hermosa.

Ese anciano que llora arrepentido,
Es el padre de Herlindo, que maldice
De los partidos la ambición insana,
Y la virgen angélica que el llanto
Mezcla con el aroma de las flores,
Que derrama amorosa en el sepulcro,
Es la inocente y apacible Elena.

Entretanto Filópatro y Amira
Dulces coloquios de su amor disfrutan;
Y aunque se aflige Amira á los recuerdos
De su fortuna ida, dulcifica
Su pesar, contemplando que la muerte
Respeta á su adorado y le da gloria.

Filópatro, de amor ardiendo siempre,
Fija en Amira su ilusión eterna;
Aunque á ratos su frente se obscurece
Porque al recuerdo de su amor sin mancha
Se mezcla de dolor un pensamiento.
Sabe que una alma existe que delira
Por su amor, conociendo que su alma
A otra mujer hermosa pertenece;
Y á su pesar su pecho conmovido
Late de amor por su adorada Amira,
Late de gratitud y sentimiento

Por la entusiasta y amorosa Elodia,
Mas sólo gratitud su pecho siente,
Sólo un cariño de virtud le abriga;
Pero enmedio esta lucha de su mente,
Lucha del corazón y el raciocinio,
Teme que hiera el alma de su Amira
Alguna idea, y tiembla y se estremece,
Porque aunque la ama su rival, acaso
Pueda no creerlo su adorada amante:
"Calma, calma, mi bien, dice Filópatro,
Después de un rato de silencio triste.
¿Qué importa, hermosa Amira, que hayas visto
Reducirse á cenizas tu fortuna,
Si miras á tu madre cariñosa,
Si estrechar puedes á tu amante padre?"

"Sí, Filópatro, nada si á tu lado
Estoy, puedo temer, cuando la gloria
Que corona tu frente me permite
Que aún pueda respirar tu dulce aliento,
Que aún estrecharte con mis brazos pueda!
Yo soy feliz contigo; y sólo anhelo
Siempre á mi lado en inrompibles lazos
Ver unida mi vida á tu existencia,
Gozar contigo si la dicha gozas,
Sufrir contigo si el pesar te oprime."

"Así lo anhelo¡yo, dijo Filópatro:
Y aun enmedio al fragor de la batalla,
Al oír de las balas el silbido,
Siempre he sentido en lo íntimo del alma
Esa fe, que me anuncia la existencia
De un grato porvenir, hermosa mía.
Confianza ten en Dios, pero entretanto

Voy á dejarte, hermosa: el eco se oye
Ya de la bomba formidable; Amira,
Sigue orando por mí; el deber me llama,
Otra vez suena el grito del combate......!
Adiós, Amira!" Y en su frente pura
Estampó un beso cariñoso y tierno.
Adiós! suspiró Amira sollozando:
Dijeron: y Filópatro ligero
Volvió á su campamento. Un rato Amira
Se puso á orar al Dios de los ejércitos,
Y luego llena de consuelo, activa,
Hilas, vendas y lienzos preparando,
También auxilio á los heridos presta.

Meditabundo se alejó Filópatro
Pensando en sus amores y en la gloria
Que anhela conquistar para su patria,
Por quien su ardiente corazón delira.
Inquieto siempre á su pesar de Elodia,
Teme el amor que esa mujer le tiene,
Y anhela agradecido su cariño
Mostrarle, ya que del amor la dicha
Su amante corazón darle no puede;
Pues que á otro ángel de amor y de ternura,
A la inocente Amira, pertenece
Todo su porvenir, su gloria toda.

En estos agitados pensamientos
Camina meditando, mientras llega
A donde el jefe del Oriente se halla;
Que ya por la extensión del horizonte
Alumbrando se ostenta la mañana,
Y al paso que camina presurosa,
El fuego sigue y rápido comienza
En varios puntos con nutrido impulso.

Vuelve otra vez activo el movimiento
De las reservas que doquier acuden,
Y el entusiasmo de los jefes todos
Que esperan á toda hora los combates,
Y siempre listos, vigilantes siempre,
Ni temen el arrojo de los galos,
Ni se amedrentan al mirar su empuje.

CANTO SEPTIMO.


CINCO veces el sol ha iluminado
Los campos que la sangre fertiliza
En torno á la ciudad de Zaragoza,
Desde que en San Javier escarmentado
Quedó el francés, al derramar su sangre
Que ha teñido los límpidos arroyos
Que serpean cruzando la llanura,
Sin que atreverse quieran otras veces
A asaltar nuestras bélicas murallas.

En tanto, en la ciudad coronas fúnebres
Se han colocado en las heroicas frentes
De los hijos de México, que llenos
De una gloria inmortal han sucumbido.
Con laureles, y rosas y azucenas,
Las vírgenes de Puebla coronadas,
Y de blancos ropajes revestidas
Porque ha muerto el soldado victorioso,
Han ido á colocar en los sepulcros
Mientras el llanto heroico de la gloria
Han derramado en ellos los soldados.

Mientras el enemigo lentamente
Y vacilante ordena sus ataques,
De tiempo en tiempo á la ciudad envía
Sus mortíferas bombas, sus granadas,
De incendio sus horribles proyectiles;
Y sus nuevos asaltos preparando
Está, lleno de bárbaro despecho.
Vencido aquí y allí, sobre ruinas
Sólo puede avanzar, cuando los hijos
De México, abandonan esos fuertes
Que ha arrasado la bomba fulminante.

Mientras el tiempo corre, al Sud-Oeste
Va dilatando su extendida línea,
Y sus bocas mortíferas de bronce
Hacia la plaza impávido dirige.

A la vez entre Norte y Occidente
Se prepara á avanzar á la derecha;
Se despecha de rabia porque un muro
Inexpugnable de hombres y de rifles
No le deja avanzar un palmo solo.
Incendia por doquier palacios, casas,
En tanto que á la izquierda centenares
Arroja de sus bombas espantosas.

El mexicano, en su valor sereno,
No tan sólo resiste al enemigo
Tras el muro esperándole al combate,
No tán sólo detiene las columnas
Que formidables el francés arroja,
Sino que lleno de entusiasmo, pasa
El foso y las murallas; sale al campo
Y al invasor á combatir provoca.

El día avanza, y la batalla sigue:
La tarde declinaba mansamente
Serena y pura y con su polvo de oro
Regando las colinas y los valles,
Cuando se ordena espléndido combate.
Desde la hermosa faida del Loreto
Que al Norte y al Ocaso se dilata,
Ordenan nuestros graves batallones,
Los bélicos caballos y los trenes,
Y sobre el enemigo se adelantan.
En medio de la espléndida campiña
Forman nuestros briosos tiradores;
Se anuncia la señal, una columna
De humo denso se eleva y le sucede,
El estallido del cañón...... Apenas
Contestan sus rifleros escondidos
En sus caminos, en la tierra ocultos...... !
Y al favor de la noche que se acerca
Retroceden veloces á su campo.
A la vez, á Occidente sus cañones
Y sus morteros de arrojar no cesan
Centenares de horribles proyectiles,
Que el incendio derraman y el espanto.

Al avanzar la noche aumenta el ímpetu
De sus fuegos de ardiente artillería;
Y en tanto en torno á la ciudad simula
Sus ataques parciales; pretendiendo
Distraer al ejército de Oriente,
Ordenó entre las sombras de la noche
Un nuevo empuje, fuerte, formidable.
La luna llena en su esplendor se alzaba
Con majestad en el lejano Oriente
Dando formas y vida y movimiento

A los arbustos y á los altos árboles,
Y dejando observar del enemigo
Con claridad los movimientos todos.

En uno que otro campamento brilla
Una fogata cuya luz entibia
El rayo azul de la redonda luna.
Mientras la luz de esa agitada noche
Plateaba las torres de los templos
Que como centinelas se destacan
Sobre de la ciudad, en el palacio
Dalmiro, en el jardín una consigna
Cumplía, y después de haber saeado
A los tres prisioneros que allí estaban
Para otro punto, silencioso, apenas
Respiraba, y con paso mesurado
Cruzaba entre los árboles sombríos
Como el que lleno de fervor medita.

Media hora apenas transcurrido había
Cuando una luz atravesó la reja
Que conduce á una extensa galería;
Luego sonaron los pesados goznes,
Y la puerta se abrió pausadamente.
Una hermosa mujer, de azul vestida
Con tosco lienzo, y una blanca toca
Que cubre los encantos de su frente
Y de su cuello la nevada albura,
Era la que la luz iba llevando:
Al punto que Dalmiro la percibe,
Se acerca con ternura y con cariño
Y así le dice con acento dulce:

" Bendita una y mil veces, Sor Lucila,

"Sea la caridad de los cristianos...... !
"Ella da la paciencia, ella revive
"Siempre del corazón los sentimientos;
"Al débil da vigor y fortalece
"La timidez del corazón sencillo.
"¿Cómo, tierna Lucila, las fatigas
"Podéis, serena, resistir, y el sueño
"Cambiar en la vigilia, trabajando
"Con tanto afán y con angustia tanta?"

"Dalmiro, aquel amor sagrado y puro
"De la patria y del nombre mexicano,
"Vos lo sabéis, me trajo á estos asilos
"Mientras que vos os ibáis al combate.
"Cumplamos nuestros fieles juramentos;
"Y el inmortal amor que nuestras almas
"Alimentan tan puro y tan ardiente
"Como la fe que enciende nuestros pechos,
"Conservará el valor y la esperanza
"En nuestros corazones amorosos.
"Firmes sigamos de la patria el nombre,
"El glorioso camino que llevamos,
"Y Dios coronará nuestros esfuerzos.

"Sí, Lucila, Dalmiro le contesta;
"Sí, bien mío, tu amor alienta el alma
"De este joven ardiente, y tus recuerdos
"Me animan por doquier en el combate.
"Esta noche, Lucila, se prepara,
"Según los movimientos enemigos,
"Un empuje terrible: allá me espera
"El deber, y la fama y la victoria,
"O acaso, acaso, venturosa muerte;
"Mas antes de partir, mientras la hora

" Llega, Lucila, como siempre quise
" Cumplir con mi consigna de la noche,
" Aquí tenéis;" y en manos de Lucila
Puso un bulto cubierto, que afanosa
Recibió la doncella conmovida,
Y con trémula voz así le dijo:

" Dalmiro, si supieras cómo aprecian
" Nuestros pobres heridos las ofrendas
" Que día á día hacéis por mi conducto,
" Sentiriaís el alma engrandecida...... ! "

" Lucila, tu virtud ha despertado
" En mi abrasado corazón la tea
" De esa sublime caridad tan grata
" Que es la única virtud que nos consuela:
" En ella, hermosa, encierra el cristianismo
" Toda su misteriosa y pura idea,
" Que es de la democracia el evangelio......
" Cuando después de verte, amada mía,
" Salgo de este lugar todas las noches,
" Siento tranquilidad, siento consuelo
" Y grande siento dilatarse mi alma.
" Sí, Lucila, la siento en los combates
" Grande, de valor llena y bizarría;
" Se enajena mi ardiente pensamiento;
" Se espacía mi pecho y se entusiasma;
" Y cuando en medio á la feroz batalla,
" Al silbar la metralla furibunda
" Me envuelve el humo, sólo una memoria
" Llena mi corazón y lo extasía......
" Es la memoria de mi amada madre,
" Es la memoria de la amada mía...... ! "

"Dalmiro, yo también, Lucila dijo,
"Por tí al cielo levanto mis plegarias,
"Y ese bien que tú haces te conserva."

"Lucila, tus fervientes oraciones
"Cubren mi frente y mi alma tranquilizan:
"Mas ya la blanca luna se adelanta......
"Lucila, adiós!...... Al Ser eterno ruega
"Que volvamos á vernos. Mas si muero,
"No te olvides de mí......" dijo, y un beso
En la frente imprimió de la doncella.

"Adiós, Dalmiro, el Dios de las batallas
"Te cuidará, lo siente mi conciencia......"
Y del palacio se alejó Dalmiro.

Ya al zenit se acercaba taciturna
La luna melancólica, apacible,
Cuando llegó Dalmiro al campamento.
Una hora pasaría cuando súbito
Un estallido prolongado truena......
Toda la línea brilla...... se levantan
Globos de humo doquier; y semejante
A una nube de gasa transparente
Con orlas plateadas por la luna,
Se dilatan por todo el Occidente
Mil nubes, del cañón al estallido.
Sublime perspectiva se presenta
En ambos campamentos: la luz blanca
Siempre apacible de la limpia luna
Se mezcla con el fuego de los rifles
Y del cañón. Y esa confusa mezcla
Un imponente cuadro indescriptible
Presenta en la extensión del campamento.

Las columnas se arrojan: claramente
Se ven brillar los rifles, los marrazos,
Y aun el color se ve de los ropajes
De los soldados sitiadores. Gritos
Descompasados, se unen al estruendo
De la tenaz terrible artillería:
Cesa súbito el arma estrepitosa,
Y sólo se oye el golpe del acero:
Luchan á brazo libre, cuerpo á cuerpo,
Cual luchan en el campo los leones.
Díaz allí, sereno y denodado,
El entusiasmo del soldado alienta,
Y Antillón y otros jefes á los suyos
Con calma heroica y con valor dirigen.
Y allí Dalmiro con su rifle busca
La victoria ó la muerte. Arnaldo lucha
Como un héroe; Filópatro en la brecha
Firme, sereno, anima á sus amigos.

Tres veces un valiente, sin cubrirse,
Quiere pasar la brecha. Cien balazos
Cruzan sobre su frente y no le hieren!
Y calculando la distancia impávido,
Un momento se para, y como el tigre
A quien el cazador de las montañas
Arroja en vano su certero tiro,
Y sin herida queda, y con violencia
Se arroja á su enemigo, y beber quiere
Su sangre al destrozarlo con sus garras,
Así aquel hombre arrójase de nuevo,
Y se abalanza...... Arnaldo lo percibe,
Sobre él se arroja...... el zuavo, prevenido,
Preparando su rifle, el tiro lanza
Y cae Arnaldo al exhalar la vida......!

Dalmiro entonces, con brillantes ojos
Y lleno de dolor y de ira á un tiempo,
Salva la brecha, asesta al enemigo,
Y en medio de mil balas, le dirige
Su tiro, y el atleta zuavo un grito
De furia arroja, derramando espuma
Y cae mordiendo la sangrienta tierra.
Retrocede Dalmiro á la muralla
Donde se halla Filópatro, que advierte
Sangre en el pecho de su amado amigo.

Cuando éste deposita sobre el césped
De Arnaldo el cuerpo que sus brazos trajo,
Y en tanto conducir á Arnaldo ordena.
Él mismo lleva al bélico Dalmiro
Que no siente la herida de su brazo.

De ambas partes sucumben los guerreros,
De ambas partes los ayes se perciben
De los heridos, juntos con las voces
De los jefes que animan la pelea,
De los soldados que la lucha anhelan.
Y después de una hora de matanza,
De un inaudito esfuerzo, retroceden
Al fin los atrevidos asaltantes.

Mientras pasa un momento de silencio,
Y se organizan todos los soldados,
Mientras aquí y allí, de polvo llenos,
De humo y de sudor y de fatiga
Los guerreros están limpiando su arma,
Elodia en llanto se presenta hundida,
Y aquí y allí pregunta por Filópatro.

Está cerca de allí, venda la herida
Del brazo de Dalmiro que, sereno,
Dejar no quiere de la gloria el sitio.
Al verle Elodia un grito de sorpresa
Exhala, y sin querer le abre los brazos.

" Filópatro, por vos, dijo, entre el fuego
He llegado hasta aquí: voz enemiga
Cundió de vuestra muerte, y yo he venido
A buscarla también! Pero..... estoy loca......
Perdonadme, Filópatro, si ofendo
El purísimo amor de vuestra Amira......
Es imposible...... es imposible......" Un rato
Quedó en su llanto hundida; y sorprendido
Filópatro, quedóse adivinando
Lo que su corazón nunca quisiera.

Repuesta un tanto Elodia, cariñosa
Se dirige á Dalmiro, quien mirando
La aflicción de Filópatro, y oyendo
Los ruegos de los dos, enlazó el brazo
A Elodia y se alejó del campamento.

" No me olvides, Filópatro," Dalmiro
Le dijo al alejarse. "Ve tranquilo"
Le contestó. " Y á vos, hermosa Elodia,
Os recomiendo á mi querido hermano,
Y que un laurel tejáis para la frente
De Arnaldo infortunado pero heroico."

Mientras se van, Filópatro sentía
Arder su frente: la ira del combate,

La muerte de aquel joven que sabía
Que pronto iba á morir; Dalmiro herido;
Las terribles palabras y las lágrimas
De la amorosa Elodia, todo hacía
Germinar mil ideas en su mente.
Pero haciendo un esfuerzo soberano,
Enjugóse la frente y quedó libre
Otra vez en el campo de batalla.

Poco á poco los fuegos se apagaron,
Y sólo de repente se miraban
Uno que otro destello, muy lejano.
Era que al retirarse el enemigo
Descargando, tal vez, iba sus armas,
Mientras que á sus heridos y á sus muertos
Iban confusamente levantando.

Aún no aclaraba la mañana límpida,
Ni los blancos celajes se tendían
En los azules montes del Oriente
Cuando dos globos de humo, y luego el brillo
Siniestro de las bombas nos anuncian
Que el sitiador intenta una batalla.

Tres columnas ordenan: por los flancos
Al fuerte del Demócrata dirigen
Una, y otra hacia el Sur, y por el frente
A la plaza dirígense impetuosos.

Toda la línea centellea; el humo
Oculta á las columnas invasoras
Y envuelve á los sitiados: de improviso

Un estallido horrendo se percibe
Y retiembla la tierra estremeciéndose.

Mil voces se alzan que vibrando suben
Hasta la altura con acento sordo......
Y fuego...... fuego, gritan pavorosas.
Se vuelven las miradas contemplando
Como en círculos rápidos, horribles
Se ve que hasta los cielos se levanta
Una inmensa columna de humo denso,
Y luego en espiral gigantes llamas
Que parece que abrasan á las nubes.
A la vez el traidor francés, que mira
El incendio terrible, calculando
Que á los sitiados el pavor y angustia
Harán tal vez ceder con el espanto,
Redobla sus esfuerzos poderosos,
Aumenta su tenaz artillería;
Y como lluvia estallan las granadas,
Y revientan las bombas, y del rifle
Millares de centellas se despiden,
Y muerte, asolación, terror, ruina,
Cunde por todas partes, y mil gritos
Se oyen doquier; y gimen y sollozan
Las dolientes mujeres en la plaza,
Y de los niños oyénse los gritos
Y el crujir de las ruedas de las bombas
De agua, que acuden al feroz incendio.
Y todas esas voces y esos gritos
Confundidos, un eco indefinible
Producen, que se asocia al estallido
De las mil bocas de rayado bronce!
Y así como del Etna enfurecido
Nos pintan la explosión aterradora

Que cien pueblos hundió bajo su cumbre
Mientras el eco del terror se oía
Sordo cruzar los montes y los llanos
Hermosos y floridos de Sicilia,
Así se oye el rumor que parecía
La explosión de un volcán estrepitoso.
Y así como se mira del Vesubio
Esa columna de humo que retratan
De Nápoles las aguas azuladas
Que las ruinas de Pompeya mojan
Y de Herculano los gigantes pórticos
Que la lava cubrió y besan dolientes
Esas olas que llegan á las playas;
Así se ve la colosal columna
Que dentro la ciudad al levantarse
Causa desolación y espanto y pena.
Una erupción parece aquel incendio
Que levanta sus grandes llamaradas
Mientras retumba al estallar las bombas.
Pero listos están los defensores,
Y acuden por doquier los ciudadanos,
Los ancianos, los niños, las mujeres
A los valientes á prestar auxilio,
Y se arrojan en medio de las llamas
Mientras silban las balas matadoras.

Allí se ven enmedio de aquel cráter,
Sereno á Berriozábal, que se afana
Por cortar el incendio. Mejía, Llave
Que el fuego obrasador también combaten,
Y Foster y Loera, y muchos jefes
Y muchos ciudadanos denodados
Que con Ortega acuden presurosos
A evitar un desastre más terrible.

Al mismo tiempo entre el fragor del trueno
Balcázar á sus ínclitos soldados
Reanima con su bélico ardimiento,
Y resiste valiente al enemigo
Que rabioso se arroja con bravura.
Allí luchando con valor Filópatro,
Piensa en Elodia, y piensa que le ama
Con imposible amor, porque de Amira
Es el esposo prometido, y su alma
Sólo amistad respira por Elodia;
Y á un tiempo mismo su abrasada mente
Le sugiere encontrados pensamientos.
La voluntad paterna le aconseja
Luchar hasta morir: el amor puro
De Amira exige conquistar la gloria:
Y gratitud le obliga que el cariño
Pague de Elodia con afecto amigo.

En tanto sigue la sangrienta lucha,
Obstinada, terrible, prolongada,
Hasta que al fin medroso se retira
El valiente francés de espanto lleno,
Dejándole al azteca la victoria.

Cansado, y abatido, y extenuado
El enemigo lleno de despecho
Vuelve á su campamento silencioso.
Pero Forey, sediento de matanza,
No quiere descansar, todo lo mueve,
Y nuevas luchas á librar se aprestan.
Pasa un día y otro día, y nuevo empuje
Dispone, despechado en su arrogancia.
Transcurre la mañana en la fatiga,
Llega la tarde y el cañón no cesa
De arrojar sus horrendos proyectiles.

Y en tanto que en sus sombras se envolvía
La tarde entristecida por la muerte
Y ya la noche rápida bajaba,
En los hombros de todos sus amigos,
Coronados de lauros y de encina,
El cadáver de Arnaldo es conducido
A la mansión de paz de los guerreros.
Allí, en vez de las lágrimas miedosas
Del dolor de la muerte, se vertían
Lágrimas de entusiasmo generoso.
La madre heroica del heroico Arnaldo
Con semblante sublime y voz robusta
Mil bendiciones de su amor le dijo,
Y en la frente del hijo idolatrado
Colocó una corona inmarcesible,
Imprimiendo en su pálida mejilla
El ósculo postrer de su cariño.

Ortega, allí presente, como ejemplo
De sublime valor, en bello elogio
Lo presentó ante el mundo, y su entusiasmo
Palpitar hizo á los ardientes pechos,
Dejando aquellos sitios, conmovidos
Todos los hijos de la heroica Puebla.

Con bella claridad los astros todos
Comienzan á asomar por el Oriente,
Precediendo á la luna silenciosa
Que vendrá á iluminar á los valientes.
Apenas se anunciaban los fulgores
De la luna, de Oriente en las montañas,
Cuando de la ciudad al Occidente
Se prepara un asalto. El mexicano
Observa el movimiento y se prepara
También á resistir á los franceses.

De Veracruz allí los fuertes hijos
Y los hijos de Túxpam su rifle arman
Y de los galos el asalto esperan.
Silencio sepulcral de pronto anuncia
Que algo terrible pasa; que un ataque
Poderoso se espera, y que muy pronto
La sangre correrá del mexicano,
Pero también empapará la tierra
La despreciable sangre de los galos.
De improviso el relámpago destella
Del rayado cañón al estallido,
Las luces de los rifles tronadores
Por doquiera salpican en el aire.
Desigual lucha trábase; los galos
Impetuosos á la lid se lanzan;
Con vigor les recibe el mexicano,
Y ambos luchan con bélico denuedo.
Entre la luz opaca de la luna
Que el humo de los rifles obscurece
Y las nubes del cielo tempestuosas,
Se confunden los bravos lidiadores
Cuerpo á cuerpo mezclados: silenciosos
A ratos, y lanzando á ratos gritos,
Avanzan unos, otros retroceden.
Entretanto obscurécese la luna,
Densas nubes se agitan por el Norte
Y por Oriente brillan los relámpagos,
Truenan los cielos, y á su eco sordo
Contestan del cañón los fuertes ecos.
Truena la tempestad en las alturas
Mientras aquí en la tierra horrenda estalla
La fiera artillería. Se confunden
Los rayos poderosos de los cielos
Del francés con las bombas impotentes:

La obscuridad aumenta con el humo,
Y el enemigo arrójase violento,
Pasa la brecha que el cañón abriera
Y que de intento deja el mexicano.
Pasan seis horas de combate horrendo,
Ruedan al estallido de las bombas
Las potentes paredes: se derrumban
Las murallas; y salta el enemigo,
Y hasta los patios rápidos se arrojan
Unos, mientras los otros pavoridos
Huyen precipitados. El silencio
De repente parece que anunciaba
Que no existen allí los contendientes.

Súbito un rumor sordo se prolonga
Y se iluminan ambos campamentos.
Era la llama del incendio. Entonces
Se reconocen ambos luchadores;
Quieren los galos ofender; en vano,
Están circunvalados: los escombros
Les cercan por un lado, por el otro
Una murallla de valientes pechos.
Un grito de terror lanzan los galos,
Mientras los nobles mexicanos, llenos
De ardiente caridad, así les dicen:
"*Ya no temáis, los mexicanos libres*
Os perdonan; rendid vuestros aceros."
Pálidos, demudados, temblorosos,
Rinden sus armas los valientes francos,
Y Llave, lleno de nobleza heroica,
Después que los venció, con faz risueña
Recibe á los vencidos cariñoso
Y les brinda la paz de la República.

Y en tanto el fuego que la lluvia apaga,
Cesa, y las nubes rásganse en los cielos;
Calma la tempestad, brilla la luna,
Y mientras á la plaza se conducen
Prisioneros y heridos y cadáveres,
El enemigo que huye, ni siquiera
Se atreve á levantar á sus heridos,
Que el generoso mexicano acoge.
Llave fué el héroe de esa noche espléndida,
Y Casarín, y Foster, y cien otros
Que le acompañan de entusiasmo llenos,
Y á la patria gozosos felicitan.

Ballesteros allí con valentía
Anima á sus soldados, y Martínez
Y Zárate también heroico ejemplo
Dan de valor patriota y bizarría,
Y Jalisco, y Toluca unen sus nombres
De San Marcos al nombre memorable
Y de San Agustín, donde han grabado
Díaz y Balcázar sus brillantes hechos.

Ya al rendirse el francés, súbitamente
Se oyó un trueno, y el pecho atravesando
Traidora bala al ínclito Galindo,
Súbitamente le arrancó la vida
A ese noble valiente que animoso
Luchó con sus heroicos batallones:
Y al eco de la gloria se mezclaron
Las lágrimas de amor sobre aquel joven
En cuya frente de ciprés y encina
Una hermosa corona le pusieron
Las vírgenes de Puebla enternecidas,
Mientras vengar juraron esa sangre
De Zaragoza invicta los caudillos.

Pronto otra vez escúchase el estruendo
De los morteros que la muerte lanzan.
Y así como después de la tormenta
Que el terror y el espanto difundía
En los valles, las selvas y los montes,
Sigue la calma silenciosa, y queda
El campo hundido en funeral desmayo,
Y á poco de los rápidos torrentes
Que de los montes bajan y se tienden
En ríos en los campos esmaltados,
Se oye un rumor terrible que desciende
Porque en masa las aguas mugidoras
Unidas corren con violencia, y fuertes
Se precipitan con horrible estruendo
Al llevarse los árboles, las rocas,
Todo lo que á su paso se presenta,
Causando un estallido formidable.

Así, después de la feroz batalla,
Quedó todo en silencio sepultado.
Pero luego, otra vez se oye el estrépito
De voces y de gritos, mientras zumban
Las bombas en la atmósfera serena;
Y otra vez el cañón su trueno estalla,
Y otra vez las campiñas se obscurecen,
Y la luna otra vez su faz oculta
Entre el humo que cubre el horizonte.

Entretanto, postradas, levantando
Sus cantares á Dios y sus ofrendas
Nueve doncellas, inocentes vírgenes,
De esas mujeres santas consagradas
Al servicio de Dios, y un sacerdote
Que sus ruegos fervientes dirigía,

Estaban prosternados, suplicando
Por la tranquila paz, y á Dios pidiendo
Que cesase el estrago de la guerra.
Aromático incienso, ofrenda humilde
De su oración sencilla perfumaba
El ara del altar y la alta bóveda,
Que retemblaba al estallido horrendo
Del arma fulminante y espantosa.

El ángel de la paz tal vez cubría
Con sus cándidas alas á esas vírgenes
Víctimas del error y el fanatismo
Que á su codicia vil las sacrifica!
Tal vez llorando el ángel, sus cantares
Unía al canto de las bellas vírgenes;
Y al Dios omnipotente le ofrecía
Aquel místico ruego de esperanza.
Tal vez desde su trono de zafiro
Dios les muestra su púdica sonrisa,
Mientras los querubines al Dios sumo
De esas castas esposas le presentan
Las oraciones que el incienso eleva!

Súbitamente, como el trueno horrendo
De la terrible tempestad, retumba
Terrífico estallido que estremece
Aquel vasto edificio en que se encuentran;
Y la bóveda se abre, y retumbando,
Sobre aquellas mujeres se desploma!

Una bomba cayó...... la muerte roba
La vida á dos de esas mujeres santas:
Siete quedan cubiertas con su sangre
Que brota por doquier de sus heridas......
También la suya el sacerdote vierte....

Mientras columnas de humo y polvo se alzan.
Aquellas puras víctimas humildes
Ni una queja exhalaron de sus labios:
Sólo oraciones, suplicas divinas
Elevan al sentir crudos dolores,
Pidiendo á Dios la paz para la patria
En que vieron nacer la luz del día!

Al estallido de la horrible bomba,
Con mirada siniestra é imponente,
De la altiva Cholula en la pirámide
Se vió entonces erguirse la gigante
Sombra del dios terrible de la muerte;
Y al brillo rojo de un fulgor incierto
Lanzó horrible, terrífico conjuro.
"Mi culto sanguinario, mis ofrendas,
Dijo, eran los bárbaros tributos
Del esclavo vencido, del profano,
Que se negaba á conocer mi fuerza.
Pero jamás mis fieles sacerdotes
Me ofrecieron ofrendas inocentes;
Jamás por difundir un falso culto
Los templos profanaron mis guerreros;
Jamás de mis naciones la cultura
Llevaron mis soldados á otros pueblos
Sacrificando á la inocencia humilde.
Las vírgenes, los templos, los altares
Dejaban mis valientes vencedores
Dando culto á su Dios; y esos valientes
Que hoy al nombre del Cristo, al mexicano
Quieren civilizar, siembran la muerte.
Pueblos de Anáhuac! no olvidéis mi acento:
La sangre que derraman los traidores
Fecundiza la tierra de los libres!

Y esos que hoy vuestra patria vilipendian,
Entre el remordimiento y el espanto
Y desesperación darán la vida......"
Dijo así el dios: y luego disipándose
Las sombras rojas que su sien velaban,
Desapareció en las nieblas de la noche.

Al disiparse las confusas sombras
Comienzan lentamente á los reflejos
De la dorada rubicunda aurora
Que apacible exhalando por doquiera
Flores y aromas y gososo encanto,
Asoma por las puertas del oriente.
Y apenas el albor de la mañana
Se derrama en las límpidas campiñas,
Cuando otra vez el fuego se repite
Por ambas partes. El villano galo,
Allá entre Norte y Occidente asoma,
Con cautela emboscado en los arbustos
Que bordan de Atoyac los arroyuelos
Y las sinuosidades de la tierra.
Los ven nuestros ginetes guerrilleros
Y al encuentro se lanzan impacientes:
Silban los rifles y la lucha empieza;
Se acercan, acometen, pero se oye
Un grito que detiene nuestras armas:
¡Viva México! gritan los franceses:
Y á esa voz tan querida al mexicano
El ímpetu detiene á sus corceles;
Mas es una traición; subitamente
Se abalanzan con ímpetu violento,
Y mil tronidos por doquier estallan.
Trábase entonces la tremenda lucha,
La ira del mexicano se despierta,

Y acomete y redobla sus esfuerzos
Y las columnas galas desbarata;
Hasta que al fin cansados, oprimidos
Por las terribles lanzas del azteca,
Huyen despavoridos los traidores.
Así camina presuroso el día;
La mañana se pasa en los combates,
Y comienza la tarde borrascosa
Envuelta en humo denso que despiden
Las mil bocas terribles retumbantes
De la feroz potente artillería.

CANTO OCTAVO.

ERMITE, oh Dios, los sueños lisonjeros
Que alientan mi existencia infortunada
Realizar cuando miro la ventura
De mi patria gloriosa. Aún yo siento
Dentro del alma mágica esperanza,
Yo siento que mi vida vigorosa
Ha de durar para cantar de México
El triunfo más espléndido que brille
En los eternos libros de la historia.
Yo que de libertad al aura blanda
Mecí mi cuna en mi infantil ensueño,
Yo que de la reforma he visto el triunfo,
Y también empuñé, por su defensa,
La espada del patriota; yo que lucho
Por su gloriosa independencia y miro
El valor indomable de los hijos
De Zaragoza invicta, y los laureles
También arranco de su gloria invicta,
Podré entonar con bélico entusiasmo
El himno más grandioso de la patria,

La tenaz resistencia, el heroismo
Del valiente soldado mexicano
Espanta al invasor que se fatiga.
Más de treinta horas pasan, y no intenta
Otro empuje el soldado de la Europa.
Aquí y allí tan sólo se distinguen
Algunos tiros; sus trabajos sólo
Activando prosigue el enemigo.
En tanto Ortega por doquier recorre
Los campamentos, y también Reinaldo
Le sigue por doquier, y en su memoria
Fijo el recuerdo de su hermano lleva
Y promete vengar, mientras que viva,
Su sangre virginal. Mira el retrato
Del ángel que adoraba, y que inocente
La muerte ignora de su tierno amante;
Ve el relicario en que los blondos rizos
Conservaba su hermano de aquel ángel
A quien no volvió á ver, y de sus ojos
A su pesar desciende triste llanto,
Que correr deja para dar alivio
A su angustiado corazón que sólo
Palpita por vengar la sangre pura
Del malogrado Arnaldo, y por la patria
A quien ha consagrado su existencia.

De improviso, del Sur al Occidente
Retiemblan las campiñas y las plazas;
Silban las balas y las bombas rugen,
Se envuelven en las densas humaredas
Los reductos que guardan los valientes
En la línea del Sur; los de Occidente
También se nublan y retiemblan todos,
Juntos con los del Norte. Una ancha zona

Se ve de negras nubes que atraviesan
Mil furibundos rayos de la guerra.
Centellean las balas á millares;
Las bombas en la altura se tropiezan
Unas con otras, y estallando truenan
En los templos, las calles y las plazas.
Todo es horrible confusión: la muerte
Sólo se mira en todos los semblantes,
Pero también de gloria los reflejos
Sobre la frente del guerrero brillan.
Allí entre el humo del cañón, los gritos
Se oyen de los guerreros entusiastas,
Que sucumben, la patria vitoreando:
Allá á la luz fosfórica que lanzan
Las bombas, de los niños y mujeres
Se escuchan los gemidos. El incendio
Alumbra por acá, sobre ruinas,
Cadáveres sin cuento, y los heridos
Que gritos de dolor lanzan gloriosos
Entonando á la vez patrias canciones.
Así corren las horas presurosas,
Y las nubes del humo de los fuegos
Obscurecen del sol los resplandores;
Y no cesa terrible el bombardeo,
Y no cesa la cruel carnicería
Que enrojece los campos de Occidente.
Por el Sur los soldados mexicanos,
Al descender la tarde, se abalanzan
Y fuera de los muros con bravura
Se arrojan á la lid, impetuosos
A la voz de Ghilardi; hasta ponerse
Cuerpo á cuerpo en la lid, fuertes arrojan
Sus columnas, ardiendo de venganza,
Que el invasor apenas resistía.

De Zacatecas los valientes hijos
Siguen de Auza los ecos entusiastas,
Y de Sánchez Román, y de Alatorre,
Y Régules también, que se adelantan
De la gloria enseñándoles la senda,
Y no cesa el combate hasta que asoma
La noche con sus sombras taciturnas.
Cede á ratos la fuerza impetuosa
Del enemigo; desarrolla á ratos
Con furia su despecho, y así pasa
La noche sin que pueda en sus esfuerzos
Conseguir ni el descanso, ni su triunfo.
Perspicaces los jefes mexicanos,
Observan del francés los movimientos
Que al Sur en tanto su atención dirige.
Toda la noche el ruido de los carros
Su movimiento indica; al Sur conducen
Baterías y trenes y pertrechos,
A la vez que sus bombas y granadas
En torno á la ciudad lanzan activos
Para distraer de Zaragoza invicta
A los tan incansables defensores.
Mas nada valen sus ataques falsos;
La circular muralla de guerreros
Donde quiera que el galo se presenta
Contesta con vigor y bizarría.
Y así las nieblas de la noche cubren
De Zaragoza invicta el heroismo,
Y así de la mañana los crepúsculos
Sorprenden el valor del mexicano.
La mañana llegó, y aunque sus fuegos
No cesan en la línea de Occidente,
Al Sur se anuncian fuertes movimientos.
Apenas los albores matutinos

Despejaban las nieblas del crepúsculo,
Cuando ágiles columnas se veían
Hacia el Sur caminando presurosas,
Y en el barrio del Pópulo se paran,
Organizando un nuevo campamento.

Ya el sol doraba los hermosos campos
De Agua-azul y del Pópulo, y de pronto,
Mientras al Norte y á Occidente manda
Sus fuegos la rayada artillería,
Un grupo de caballos agarenos
Se mira desfilar pausadamente
Hacia el rumbo del Pópulo, y descienden
Del cerro de San Juan. Ortega toma
El óptico instrumento, y claramente
Distingue los vistosos uniformes
Del Estado Mayor del enemigo,
Que visita los campos dando al aire,
Doquier que va, la tricolor bandera,
Y le sigue una escolta numerosa;
Mientras al flanco izquierdo una columna
Destaca de caballos agarenos
Que tiende en ordenados tiradores
Y columnas también de infantería.
Preparando el ataque de la plaza,
Él, fuera de los tiros va avanzando
Con paso lento, aparentando calma:
Se detiene en el Pópulo, y avivan
En tanto por el Norte y Occidente
Los fuegos, y las bombas espantosas.
Pasa Forey allí de la mañana
Las horas, ordenando sus ataques;
El terreno recorre, mide, observa
Y su plan desarrolla de campaña,

Que desde luego á practicar empieza;
Y ya que todo preparado mira,
Vuelve otra vez á su troton las riendas
Al cuartel general torciendo el rumbo.

Cesando van parciales los ataques
Hacia la plaza, en tanto que el activo
Movimiento de guerra estrepitoso
Que se observa en los campos sitiadores,
Anuncia nuevas lides formidables,
Decisivas tal vez, para la gloria.
Ortega, luego que observó el regreso
De Forey, á los puntos se dirige
Recorriendo la línea y preparando
La resistencia donde el fuego indica
Que debe ser el impetuoso empuje.
También cambia los puntos defensores,
Y mueve nuevos trenes y pertrechos,
Y mueve poderosa artillería,
Y dispone doquiera las reservas
Según su plan de ataque y de defensa,
Y según los trabajos enemigos
Que atento observa y que le indican luego
Las pretensiones del francés osado.

La tarde tristemente transcurriendo
Presagiaba terrible que la muerte
Tal vez entre los pliegues de la noche
Vendrá á esparcir la pena y el espanto.
La tarde se adelanta, y por doquiera
Se observan con violencia los aprestos
Del invasor, que nos prepara acaso
Su más terrible y poderoso empuje.
Silba el rifle doquier, la bomba estalla,

Y entre las sombras de la triste noche
Que rápidas avanzan por Oriente,
Las nubes de la pólvora se mezclan
Con las nieblas obscuras de la noche,
Que llega al fin tan tétrica y sombría
Cual los negrores del sepulcro helado.
Al descender sus taciturnas nieblas,
El eco del cañón estrepitoso
Resonó por la línea de Occidente.
Todo en torno se incendia, en todos vientos
Se oye el eco terrible que retumba
Allá en los dilatados horizontes.
Al cañón homicida en todas partes
El cañón mexicano le responde
Con eco atronador: las nubes de humo
Con la nubes del cielo se confunden,
Y cual la luz rojiza del relámpago,
Una siniestra luz aterradora
Se mira al rededor de Zaragoza
Que la tiniebla de la noche envuelve.
De pronto se desprende de las nubes
A torrentes la lluvia, y los destellos
Del relámpago audaz que el viento cruza,
Y el trueno de los rayos de los cielos,
Y el estallido horrendo del mortero,
Todo á la vez con fuerza se confunde,
Se mezcla, y sólo un eco se percibe......
Pero el fuego no cesa, los valientes
El furor de los cielos desafían,
Y truenan los cañones y las bombas
Y el rayo estalla, y su eco tremebundo
Resonando se eleva en las montañas.
De Toluca los bravos batallones
Allá en Pitiminí, con heroismo

A la voz de Padrés, con arma al brazo
El empuje terrífico resisten
Del osado invasor que lanza muerte,
Y esparciendo el terror y la matanza
Quiere arrancar un lauro á la victoria.
Pero lleno de rabia y despechado
Cuando ve que resiste valeroso
El libre mexicano, horribles minas
Cava en el suelo, y luego enfurecido
Hace volar la tierra hasta las nubes.
Después que el estallido de los cielos
Calmó, y la tempestad, silencio horrible
Un momento sucede; de improviso
Un eco sordo truena subterráneo
Que hace temblar la tierra en sus contornos;
Y los templos, las casas se estremecen......
Y ¡así como en la cumbre de Himalaya
Al romperse gigánticas las rocas
Que se calcinan por el fuerte fuego
Y arrojando en columnas de humo denso
Moles inmensas, el volcán furioso
Obscurece la luz, estremeciendo
Sus bases gigantescas las ciudades,
Los campos, y los mares turbulentos,
Difundiendo el furor y la pavura;
Así al brotar el cráter espantoso
De la terrible mina, el horizonte
De Puebla se nubló, tembló la tierra
Y tembló el Atoyac en su corriente,
Y al fragor de la bomba tremebunda
Calles enteras como leve paja
Se alzaron por los aires, sepultando
Al caer los escombros arrojados
Mil víctimas ilustres y valientes.

A la vez el francés en su despecho
Quiere arrojarse en medio á las ruinas,
Pensando aprovecharse del espanto
El cobarde que esquiva la batalla
Cuerpo á cuerpo á que el libre le provoca:
Y oculto, y con infame villanía
Destruyendo los grandes monumentos
Del arte, porque siéntese impotente
En lucha corporal, se lanza rápido;
Pero el noble y valiente mexicano
No se arredra, y en medio los escombros
Luchando con la vida y con la muerte,
Se arroja á la defensa el valeroso
Toluqueño entre gritos de entusiasmo:
Cierra las brechas con sus mismos cuerpos,
Y una, y dos y tres veces retrocede
El bárbaro francés enfurecido.
Nada le valen sus potentes minas,
Nada el estrago horrible que ocasionan.
El mexicano, intrépido y sereno,
Sobre de mil cadáveres pelea,
Y lucha brazo á brazo, cuerpo á cuerpo......!
Allí al fragor de la fatal batalla
Se admira la grandeza del valiente,
Y los rasgos se ven del heroismo,
Que lucha lleno de entusiasmo ardiente.
¡Viva México! exclama el mexicano:
¡Gloria al emperador! los galos gritan:
¡Gloria á la independencia soberana!
Claman los mexicanos valerosos;
En tanto que las bombas por el aire
Se chocan al caer, y los fulgores
De los cañones la tiniebla alumbran.
Y como el golpe se oye del granizo,

Cuando en la zona tropical desciende
En las tardes de Mayo calurosas,
Que la terrible tempestad engendra,
Y cual la lluvia que la tierra inunda,
Así el chasquido de las balas se oye
Que caen en la ciudad por todas partes,
Mientras millares de granadas cruzan,
Y caen, y estallan, y el pavor difunden.
Tres veces el impulso soberano
Del galo á los escombros se dirige,
Y tres veces con ímpetu glorioso
El mexicano su furor rechaza:
Tres veces se abalanza despechado
El francés, que echa espuma enrojecida
Como rabioso can; pero tres veces
Retrocede espantado, huye cobarde
Y su camino ensangrentado deja,
Cubierto de cadáveres y heridos.
Cayeron las murallas formidables
Con el estrago de la horrenda bomba,
Y anchas calles la fuerte artillería
Abre doquier con ímpetu violento.
Pero cual si brotaran de la tierra
Cuerpos de heroes cubren esas brechas
Que abre con su rayada artillería
El sitiador frenético en su rabia;
Y atónito, y absorto el francés queda
Viendo tras de las minas nuevos muros
Y fosos y cañones y soldados,
Que impávidos, serenos y contentos
Esperan impacientes la batalla.
El humo denso del feroz combate
Se une con las nieblas que descienden
Envolviendo los anchos horizontes;

Las nubes que aún quedaban en los cielos
De aquella tempestad que se alejaba
Obscurecían la callada noche,
Y se ocultaba la creciente luna
Tras aquellos obscuros nubarrones
En el zenit del cielo suspendida.
En tanto Ortega con serena frente
La línea combatida recorría,
Y ardiendo de entusiasmo belicoso,
Dispone con valor la resistencia,
Y entre los gritos de contento cruza
Doquier dando valor á los soldados,
Siempre risueño, valeroso siempre.
En tanto la batalla formidable
Se extiende por la línea de Occidente;
Los mexicanos su valor renuevan,
Y su furor acrecen los franceses;
Y el fuego crece y por doquier las bombas
Zumban y silban las terribles balas
Del rifle matador. Fuego y más fuego
En la línea se mira; se obscurece
Con el humo la luz esplendorosa
De la apacible luna, y ancha zona
De roja luz alumbra el Occidente.
Todo es desolación; se multiplican
Los ecos del cañón, y entre las sombras
De esa noche tan triste se veía
La luna como antorcha funeraria.

Van las horas en tanto discurriendo,
Y ni un instante la matanza cesa:
Crece la estrepitosa artillería,
Y al volar los escombros por doquiera
Como erupción volcánica, se arroja

Terrible el agresor con sus columnas
Envuelto en densas nubes de humo y polvo.
Ni calcula el peligro el mexicano,
Ni teme al atrevido que se arroja,
Ni mide la distancia, ni numera
Al enemigo que á su frente mira,
Y lleno sólo de valor espera,
Y á la muerte con muerte le responde,
Y al fuego le responde con el fuego.
Toda la noche en la matanza pasa;
Ayes doquier se escuchan y alaridos
En torno á la ciudad que en humo envuelta,
Como una virgen en obscuro velo,
Al venir la mañana aparecía.
Y aun la luna que se hunde en Occidente
Parece que se oculta obscurecida
Entre las nieblas de la triste noche
Que espantada de ver aquella escena,
Pero también de gloria sorprendida
Al contemplar tan bélico heroismo,
Se aleja dando paso á la mañana
Al anunciarse la apacible aurora.
Esas divinidades y esos héroes
Se divagaron en el blando viento,
Pero volvieron al feliz reposo
De la inmortalidad, llenos de gloria,
Porque vieron que el libre mexicano
No deshonra los timbres de su origen.
Así á la luz de la mañana hermosa
Sorprendió á Zaragoza el nuevo día
Del cañón homicida al estallido.
El fuego se aumentaba; por doquiera
Cayeron las murallas, con el golpe
De las potentes balas, y los galos

Que pensaron salvar aquellas brechas
Con ímpetu se arrojan. Pero listos
Están los mexicanos, los valientes
Hijos de Zacatecas; al acento
De su intrépido jefe, cuerpo á cuerpo
Luchan siete horas sin parar momento.
Quiere el zuavo vencer, y despechado
Y rabioso y frenético, la muerte
Sembrando por doquier, la muerte busca.
Así como unos tigres iracundos
Que á la presa se arrojan, devorados
Del hambre acosadora, no se paran,
Y unos á otros la presa se disputan
Para saciarse; los valientes zuavos
Se arrojan á la lid, de rabia ciegos;
Pero más valeroso el mexicano,
Previniendo sus golpes, el sonido
Sólo se oye del arma matadora.
Y mientras brazo á brazo se enfurece
El combate en la plaza, y mientras Auza
Anima con bravura á sus soldados,
Allá Alatorre con valor combate:
Régules por acá: los potosinos
De Escobedo á la voz luchan valientes;
Y sigue más y más encarnizado
El combate feroz en las murallas
De Santa Inés, y cunde en todas partes.
Los hijos de Toluca con bravura
Resisten al empuje; los heroicos
Hijos de Puebla la inmortal, ostentan
Orgullosos el timbre de su gloria;
De Zaragoza al eternal renombre.
Díaz, Llave y Negrete el denodado
También á sus soldados conducían

A arrancar el laurel de la victoria.
Por fin, después de tan heroica lucha,
Cuando allí de Ghilardi belicoso
El eco entusiasmado resonaba,
Lleno de gloria el mexicano heroico
Dueño quedó, y señor de la victoria;
Y el espantado zuavo á nuestras plantas
Quedó humillado ahogándose en su sangre
O mordiendo la tierra que pisamos,
O rindiendo sus armas al valiente
Que escarmentó su pérfida osadía.
Catorce horas de feroz combate
Nos dieron ese triunfo esplendoroso:
El pabellón de México triunfante
Se izó orgulloso al eco de las dianas
Y de los gritos del contento pueblo
Que á la águila de Anáhuac arrogante
Vitoreaba con fervientes himnos.
Y en tanto que las lágrimas corrían
De gloria por doquier en los semblantes,
El generoso mexicano acude
Donde quiera á auxiliar á los heridos
Que el fugitivo en su derrota deja.
El mexicano vencedor persigue
En todas partes al audaz, temido
Francés, que lleno de pavor se aleja.
Ortega vencedor, benigno acoge
A aquellos prisioneros que espantados
Conduce el pueblo enmedio de sus vítores,
Pero sin ofender á los vencidos.
El metal argentino de las torres
Vibra entusiasta en los sonoros vientos,
Mientras se eleva el humo de la pólvora
Como incienso á las diáfanas alturas.

Mientras duren los siglos, ese día,
El veinticinco sol del mes de Venus, [1]
En letras de oro escribirá la historia.

En esas hojas guardarán los siglos,
De Méndez para siempre el nombre heroico,
Brillando coronado de laureles,
Al inmortal fulgor de gloria inmensa.
Todo es placer y sentimiento y dicha,
Mezcla de amor y gloria y entusiasmo,
Recuerdos placenteros, esperanzas,
Dudas del porvenir, tristeza, encanto,
Confusión de ventura y de grandeza,
Indefinible mezcla de contento!

En tanto que esto pasa, allá á lo lejos
Se divisa un concurso numeroso
Que mil banderas tremolando viene.
Son los hijos del pueblo que conducen
A los heridos con cariño tierno;
Mientras las bellas vírgenes al aire
Sus acentos armónicos confían,
Cantando el himno nacional, y entonan
Los cánticos patricios, y al sepulcro
Llevan á los guerreros que valientes
Sucumbieron al golpe de las balas
Del pérfido invasor: y mientras queman
Aromático incienso que se eleva,
Y derraman mil flores por el suelo
Que en alfombra magnífica convierten,
Una corona inmarcesible ponen
Al entonar dulcísima elegía
Que hace verter el llanto de la gloria.

1 Este mes era consagrado por los Romanos á Venus afrodita (mes de Abril).

Y Dalmiro, y Filópatro y Reinaldo
Juran, sobre el cadáver de los heroes,
O morir ó vencer, mientras Lucila
Y Elena, llenas de cariño santo,
A los heridos con amor consuelan.
Amira conmovida á su Filópatro
Invoca con amor; leve es la herida
Que lastimó su pecho, y animada
Al eco de los cánticos marciales,
Flores y aromas al pasar derrama
Sobre los heroes que al sepulcro llevan.
Ortega, rodeado de los jefes,
Y embrazando el pendón de tres colores,
La libertad sublime vitorea,
Saluda cariñoso á los vencidos,
Los cubre con la espléndida bandera,
Y entre el pueblo entusiasta préz y gloria
Da al valor desgraciado coronándole.
No un general invicto parecía,
No un vencedor guerrero: la grandeza
Que le cercaba aparecerle hacía
Un semidiós, un hombre sobrehumano,
Que enmedio al esplendor de la victoria
También deja correr por sus mejillas
Una lágrima pura, más hermosa
Que el rocío que cae sobre las flores.

Seguía en tanto presuroso el día,
Y el francés espantado á sus reductos
Se retira rabioso en su despecho.
Cesa de pronto el fuego tremebundo,
Y sólo á ratos y de tiempo en tiempo
Se oyen en torno á la ciudad lejanos
Los ecos del cañón: despavoridos

Huyen los asaltantes, y la plaza
Más vigoriza su defensa heroica:
Más listos por doquiera los valientes
Se aprestan á la lid, á las reservas
Negrete entusiasmado aliento infunde,
Y mientras ya la noche se avecina
Más el trabajo de la plaza acrece.

Se reponen las brechas, los reductos,
Los derruídos muros y bastiones.
En tanto el jefe mexicano acuerda
Para el valor las dignas recompensas;
Y así la noche rápida se avanza.
La luna llena, de fulgor hermosa,
Majestuosa se eleva del Oriente,
Derramando su luz sobre los campos
Para velar á la ciudad heroica,
Que triunfadora y vigilante espera
La nueva luz del refulgente día.

CANTO NOVENO.

ALVE gloria inmortal! Bajo tus alas
Con tu esplendor cubierta la victoria,
Sobre la invicta Zaragoza ensalza
Con cánticos triunfales la grandeza
Del pueblo libre, que luchando sigue
Conquistando coronas inmortales.

Hijos de Hidalgo y Zaragoza invictos,
Ceñid esos laureles que la patria
Al derramar sus lágrimas gloriosas
En vuestras sienes con orgullo pone.
Héroes de Santa Inés, terror del galo,
Vuestro nombre inmortal con letras de oro
Ha grabado la historia victoriosa,
En tanto que la fama vocinglera
Por los inmensos ámbitos del mundo
Proclama vuestra gloria inmarcesible.
Al escucharla temblarán los tronos
Y del mundo los déspotas imbéciles
A su pesar doblando las rodillas
Sus cetros depondrán, y sus coronas,

A las augustas plantas de la virgen
Grandiosa libertad, que sólo puede
Producir tan magníficos prodigios!
"*Seis horas bastan,*" el iluso altivo
En su delirio estúpido decía,
"*Para abatir de Puebla las murallas:*
"*En seis horas veremos desbandarse*
"*De México los grandes batallones:*
"*Seis horas nos darán victoria espléndida.*"

Esto Forey decía con orgullo
Al presentarse al frente de los hijos
Del invicto y heroico Zaragoza!
Y de Paris el pérfido asesino,
Y del *pequeño rey* el confidente,
Más de quinientas horas ha sentido
Rodar sobre su frente, y todavía
Apenas ve de Puebla las almenas......!
Y á cada paso que medir pretende,
Escombros y terror y muerte encuentra......!

¡Imbécil! Ha mirado á nuestras plantas
Morder la tierra á los valientes zuavos
Que espantaron de Europa á las naciones!
La gloria ha coronado nuestras sienes,
Cien y cien veces. Las gloriosas ruinas
De San Javier, á la futura gente
Le enseñarán en sus sagradas piedras
Que ha mojado la sangre de mil mártires.
De Santa Inés, los muros, el impulso
Del galo resistieron, y con gloria
Las legiones de México triunfaron.
Los verdes campos cuyo esmalte puro
Reflejaba del sol los resplandores,
Con la sangre empaparon su verdura.

Los zuavos batallones, los valientes
Hijos de Argel, los aguerridos hijos
De las Galias, del César diminuto,
Del gran parodiador de emperadores,
En sangre tintos y arrojando espuma,
Quedáronse tendidos por doquiera,
Aquí y allí sobre la verde grama.

Cien prisioneros, y otros cien, su acero
Rindieron á los pies del mexicano,
Que, generoso, á los heridos presta
Auxilio, entre su bélico entusiasmo.
El vencedor del pérfido extranjero
Doquier recibe triunfador saludo,
Y risueño, y alegre y entusiasta
Ni el fragor de las bombas le amedrenta
Ni de orgullo le llena la victoria;
Y así entre regocijos belicosos
La tarde llena de episodios pasa,
Y se adelanta rápida la noche
Entre la duda y la esperanza, ansiando
Todos ver de aquel triunfo el desenlace.

Pasó la noche del brillante día
En que ciñera el triunfo nuestra frente
En vigilancia activa y previsora,
Y el nuevo día amaneció brillante,
Tranquilo al parecer, por el espanto
Que aun llenaba á los héroes de Crimea.

De tiempo en tiempo sólo se perciben
Los ecos del cañón y de las bombas,
Que lentamente á la ciudad envían.
Mas ya la gloria con su bellos lauros

Había coronado á los guerreros
Aquí y allí de Puebla en las murallas.
Se distinguieron con heroico brío,
De México los ínclitos guerreros,
Pinzón y sus soldados aguerridos,
Esos hijos del Sur, de tez quemada,
Probaron ya á los fieros invasores,
Que hijos son de Morelos y Guerrero,
Y de Alvarez el grande, cuya enseña
Jamás se ha envilecido al despotismo,
Y siempre victoriosa ha proclamado
La soberana libertad del pueblo.

Allá lucharon con denuedo ardiente
Patoni con los hijos de Durango,
Y alcanzaron también grato renombre.
Acá con entusiasmo belicoso
Mostraron su guerrera bizarría
De Chihuahua los hijos que alcanzaron
Por su valor laureles inmortales;
Y los zacatecanos batallones
Doquier dejaron de su porte heroico
Una memoria para siempre ilustre,
Al llevarlos Ghilardi á la victoria
Morder haciendo el polvo á los franceses,
En tanto la victoria coronaba
Con diademas gloriosas á los héroes
Que en Santa Inés vencieron á las águilas
Que el sangriento Forey rindió espantado.

Treinta y seis horas pasan, sin que vuelva
El francés á arrojarse á las murallas
Que defienden los ínclitos soldados
De la heroica República de México.

Han brillado tres soles, y tan sólo
Se atreve con sus bombas espantosas
De tiempo en tiempo á recordar su rabia.
Y pasan otros soles y otras lunas
Y el invasor no ataca sorprendido,
En tanto que cien veces los valientes
Mexicanos le llaman al combate;
Pero el galo lo esquiva y doquier huye.
Más de quinientas horas han pasado
En terribles combates los valientes
Guerreros indomables del Anáhuac
Que defienden los muros invencibles
De la heroica ciudad de Zaragoza.

Más de quinientas horas los atletas
Potentes de la Europa, desde lejos
Han contemplado con temor cobarde
Los muros, las almenas y las torres
De la ciudad soberbia que defiende
Palmo á palmo sus lares venerandos.
Y después de mil muertes sólo alcanzan,
Escombros y ruinas y cenizas;
Y pasa el mes de Abril de gloria lleno.
Del mes de Venus la postrera noche
A su mitad se acerca: silenciosa
Casi llena la luna caminaba
Por el zenit del cielo, lentamente.
Ni una nube cruzaba las alturas
Y el azul transparente de los cielos
Dejaba ver en sus etéreos campos
A las estrellas límpidas, brillantes,
Aun en medio á la luz de aquella luna
Que tan limpia alumbraba las campiñas,
Los montes y las torres de los templos
De la ciudad de Puebla que velaba.

La blanca nieve de las altas cumbres,
De los volcanes cual cristal luciente
Reflejaba la luz de aquella virgen
Que en medio de los cielos se mecía.

En medio de esa calma, por los valles
Se observa un misterioso movimiento......
Con paso lento por doquiera se miran,
Los jefes en sus bélicos corceles
Que al palacio sus pasos encaminan.
Entretanto, Filopatro al palacio
Se dirigió también y halló á los jefes
Que ya reunidos en consejo estaban.
Declinaba la luna al Occidente
Cuando reunidos ya los generales
Así les habla el entusiasta Ortega:

"Jefes ilustres de la patria mía,
Cuarenta y cinco auroras han lucido
Sobre de esta ciudad de Zaragoza,
Y han sorprendido entre su niebla pura
A los guerreros que el honor defienden,
En medio del fragor de la batalla
De combates heroicos; los guerreros
A quien la patria su defensa entrega
No desmienten su heroica bizarría.
Podemos aun luchar: nuestro denuedo,
Ha espantado á los bravos vencedores
De cien batallas: las legiones galas
Avanzan entre escombros y rüinas,
Y ni un triunfo tan sólo han conseguido.
Conocéis que mi empeño no desiste:
Que quiero perecer en la demanda,
Y en medio las minas sepultarme

De la invicta ciudad de Zaragoza,
Antes que permitir que el extranjero
Ultraje el pabellón de nuestras glorias;
Pero quiero escuchar vuestros consejos:
El pueblo de hambre y de miseria clama,
Y aunque vosotros veis que le doy oro,
Es inútil el oro cuando faltan
Los elementos que mitigan l'hambre.
El pérfido invasor ha desoído
La voz de las naciones amistosa,
Que bajo sus banderas proponían
Sacar al pueblo inerme de la plaza.
Y no queriendo que se culpe al jefe
La barbarie del galo enfurecido,
Os anuncio otra vez, que yo primero
Sucumbiré de Puebla en los escombros
Antes que permitir que nos ultrajen
Las fementidas águilas francesas."
Dijo y calló: y al punto resonaron
En el salón mil vivas entusiastas.
Todos los generales conmovidos,
Como Ortega pensaban, mas algunos
En puntos muy diversos discurrían;
Berriozábal, tomando la palabra,
Así con entusiasmo al punto dijo:

"Invicto general, jamás dudamos,
Ni del valor ni la lealtad heroica
Del jefe ilustre que vencer supiera
En Peñuelas, Silao y Calpulálpam,
Al nefando é imbécil fanatismo.
Sus fatigas, su empeño á todos constan,
Y como él nosotros aceptamos
La suerte que la guerra nos depare;

Y prometemos por la ilustre México
Antes morir, pero con muerte heroica,
Primero que humillar nuestras banderas:
Antes hundirnos en las fuertes minas
De la soberbia Puebla, que uno solo
De nosotros se arredre en el peligro.
Pero si acaso del recinto un día
Salir queréis de la ciudad, que sea
Antes que los recursos agotemos,
Antes que la miseria nos agobie."
Dijo: y Llave siguiendo las razones
De Berriozábal, la propuesta acepta.
Lamadrid y Pinzón piensan lo mismo,
E Hinojosa también, que proponiendo
Que la línea se rompa, prometía
Salir airoso del feliz proyecto.
Negrete, firme, lleno de entusiasmo,
Esa idea valiente secundaba,
El pensamiento de salir rompiendo
La línea sitiadora; y señalando
Los caminos que el mapa presentaba,
Recordaba felice la salida
De O'Horán y Carbajal y de Rivera,
Quienes sin daño y sin temor salieron.
Formulaba proyectos que acogían
Con entusiasmo algunos, entretanto
Otros con desconfianza discutían.
Ghilardi, lleno de valor heroico
También romper la línea aseguraba,
Pero Mendoza habló: "Señores, dijo,
Cuarenta y cinco días de combates
Han dado al mexicano la victoria,
La victoria moral: nuestros soldados
Vigorizados al mirar que ceden

Los sitiadores á su fuerte impulso,
Aumentan más su fe: si de improviso
Se anuncia una salida, languidece
Y teme, y vacilante hasta se abate,
Y hasta creerá una intriga. El enemigo
Ha reforzado ya sus campamentos
Desde que O'Horán y Cuéllar y otros jefes
A salir se atrevieron de la plaza.
Estamos fuertemente circundados;
Y los auxilios que de fuera vengan,
Son débiles, remotos, pues la línea
Inmensa que comprende el enemigo,
Debilita el esfuerzo por doquiera
Y más y más aisla nuestra plaza.
Mas si al contrario nuestro jefe piensa,
Si todos convenís en lo contrario,
Que se dicten las órdenes al punto
Y en esta noche rápidos salgamos,
La mañana se anuncia." Hubo un momento
De silencio, y después, la mayoría
Esta opinión siguió. "Pues esperemos,
Dijo Ortega, tenemos elementos
Aun para la defensa vigorosa.
Confiemos sin cesar en que las huestes
De mexicanos, que por fuera observan
Al pérfido invasor, con entusiasmo
Nos darán los auxilios oportunos.
Volvámonos al campo, compañeros,
Que ya se anuncia la feliz mañana......
Tal vez la nueva aurora que se acerca
Precursora será de nuevos triunfos:
Tal vez el sol de Mayo en sus recuerdos
Nos traerá lisonjeras esperanzas,
Y el francés espantado, recordando

De Zaragoza el venerando nombre,
Abatirá sus águilas nefandas."
Dijo; y todos los jefes aplaudiendo,
Salieron entusiastas, convenidos
A luchar y á morir llenos de gloria.
Y otra vez á sus puntos dirigiéndose
Fueron á ver brillar el nuevo día
En que vuelve á lucir el sol de Mayo.

Ya comenzaban á soplar sus brisas
Gratas que anuncian la mañana hermosa
Cuando por el Oriente se divisa
El lucero apacible matutino.
La claridad del nacarado Oriente
Comenzaba á extender los horizontes
Y aun los melifluos cantos de las aves
Se escuchaban lejanos en los árboles.
Como gigantes centinelas vense
Destacarse las torres gigantescas
Donde velan los hijos de la patria,
Observando doquier los movimientos
Del invasor. Y luego que del alba
La hora se anuncia por la luz febea
Y suenan los clarines, con las dianas
Se oye el trueno que viene rimbombando
Estremeciendo á la ciudad alerta.
Amanece otro día, y los franceses
Vuelven á la ciudad á lanzar bombas.
Y vuelve el mexicano resistente
A contestar los fuegos enemigos.
Pero firme en su puesto permanece
El hijo de mi patria; y nada avanza
El esclavo de Europa que á su paso
Sólo escombros encuentra, sólo incendio

Y cenizas y tierra ensangrentada.
Olvidarse no puede, en su despecho,
De *San Javier* y *Santa Inés*, y al nombre
De Smit, y Llave, y Auza, y Díaz, y tantos,
A su pesar se aflige y estremece.
Ya no se arroja con valiente empuje;
Ya no á millares sus incendios lanza,
Ya no conduce al campo su bandera
Temiendo que nuestra águila la arranque
Y en girones la deje convertida,
Sirviendo de tapiz á nuestras plantas.
Lentos sus fuegos de Occidente empieza
A dirigir al Sur: sus movimientos
Y trabajos de zapa, y sus refuerzos
Y toda su pesada artillería......
Luego que la mañana aclara, Ortega
Que ni un momento duerme, al estallido
Del saludo del alba al Sur camina
A observar los contrarios movimientos.
Todo anuncia que presto nuevas lides
Por aquel rumbo sufrirá la plaza,
Y sus órdenes da, que se ejecutan
Con digna prontitud y con firmeza.
Alatorre se alista, de Ghilardi
Los soldados con gritos de alegría
Esperan entusiastas el combate,
Y Patoni refuerza sus murallas,
Enarbolando, de contento lleno,
De México el espléndido estandarte.
En todas partes el sereno Ortega
Es recibido en medio de los vivas
Del valiente soldado que proclama
A cada instante santa independencia;
Negrete por doquier con faz serena

Recorre sus lucidos batallones,
Y listo en todas partes al estruendo
Del combate, se apresta á la batalla.
El enemigo lentamente sigue
Sus fuegos arrojando en tanto activa
Sus trabajos al Sur, y mientras pasan
Sus baterías que la plaza hostigan,
También nuestra defensa preparamos.
Malditos para siempre los traidores,
Sentado junto á un muro le decía
Dalmiro, lleno de entusiasmo santo,
A su amado Filopatro, en quien mira
A un hermano y á un padre cariñoso.
Malditos sean, Filopatro, confieso
Que al ver esas ruinas que la bala
Ha causado, tan sólo porque un hombre
A los hombres anhela hacer esclavos......!!
¡Mi corazón frenético palpita!
Por eso nada más, tierno Dalmiro,
Filopatro le dijo: mas el mundo
Esos crímenes grandes necesita,
Para asentar en bases perdurables
La santa libertad, y hacer felices
A las naciones todas de la tierra.
México la inmortal, el pueblo heroico,
Que se reclina en medio de los mares
Y en volcanes gigánticos asienta
Sus ciudades espléndidas y ricas,
De Dios en los designios escondidos
Estaba señalada para darle
Al tirano de Europa envilecido
La más bella lección que se registra
En los anales de la Francia esclava.
Hace un año, recuerda, allí vencimos

Las imperiales águilas: acaso
En ese mes de Mayo que mañana
Su bello sol nos muestra, humillaremos
El orgullo del zuavo tan temido.
Pero deja que corran los instantes,
Deja que el galo su furor aumente,
Será inútil su sangre, y aunque venza
Después de mil combates formidables,
Conquistará en su triunfo las ruinas
Que dejemos, y piras de cadáveres......!
¿Y qué logrará entonces? Puebla invicta
Jamás su gloria perderá en los siglos:
Seguirán adelante las batallas
Y México por fin triunfará un día........

Hermano, cariñoso le responde
Dalmiro de entusiasmo conmovido:
Nunca pierdes la fe, grande es tu alma,
Yo siempre te contemplo que sereno
Permaneces en medio del combate,
Que delirando por amor, tranquila
Muestras tu frente aunque tu pecho sufra
Que con tu ciencia el porvenir abarcas,
Que conjeturas con artera vista
Los sucesos que pasan, y que nunca,
Nunca ambicionas que tu gloria brille.

Es porque me amas tú, por eso miras
En mí, virtudes que no existen, sólo
Tu cariño me vence, hijo querido.
Dijo, y entre sus brazos á Dalmiro
Filopatro estrechó con entusiasmo.
Ya retumba el cañón, dijo, y al eco
Del estallido de la bomba acuden

Cada uno á su lugar. El movimiento
Vuelve á animar á todos los valientes,
Y aquí y allí, las órdenes se atienden
De los jefes; anúnciase el combate
Y por doquier percíbense los truenos
Del arma aterradora. El mes terrible
Para la Francia brillará mañana
Y tal vez los valientes mexicanos
Volverán á alcanzar nuevas victorias.
Tal vez el sol que iluminó aquel cerro
Donde flota orgulloso el estandarte
Que cubrió á Zaragoza con su sombra
Alumbrará otra vez esa colina
Cercada con los lauros de la gloria.........
Entretanto suspéndense los fuegos
De improviso; á lo lejos se divisa
Una bandera blanca, el clarín suena
Tocando parlamento, dos heraldos
Llegan á las murallas, y siguiendo
Las leyes de la guerra, sin espada,
Con los ojos vendados, se conduce
Al que los pliegos enemigos porta,
Y ante del General ufano llega,
Y en sus manos poniéndole sus órdenes
Con respetuoso continente espera.
Leyó Ortega y repuso con premura:
"Está bien, uno á uno canjeados
Serán hombre por hombre por sus clases."
Dictó al punto lacónica respuesta
Y del heraldo púsola en las manos.
Este, del campamento de la plaza
Bajo las mismas reglas conducido
Fué otra vez al confín de las murallas.
Sonó el clarín y blanca la bandera

Siguió otra vez el rumbo que seguían
De la armada francesa los heraldos.
Mientras esto pasó, con triste augurio
Un correo llegó que del ejército
Que sus columnas tiene en las llanuras,
Fuera de la ciudad, al enemigo
Observaba los diarios movimientos,
Vino trayendo una funesta nueva.
La ineptitud, la emulación traidora
Que envidiando la gloria refulgente
Que cubría inmortal á Zaragoza,
Pensó que la victoria ceñiría
Con un arrojo su envidiosa frente
Y se lanzó á la lid imprevisiva.
Y el francés una vez miró reirse,
Pero con su sardónica sonrisa,
A la esquiva fortuna un solo día......!
Esto el pliego funesto, que el correo
Trajo al invicto general Ortega,
Contenía en sus líneas funerales;
Pero fué una pequeña escaramuza
Que allá en Cholula se trabó ligera.
Entonces más y más, el entusiasmo,
Cundió en la plaza y con anhelo esperan
Sus ínclitos valientes defensores,
Nuevas lides y espléndidos combates
Que el mes que viene, y brillará mañana,
Tal vez nuevos laureles y victorias
Dará otra vez al noble mexicano,
Que firme espera al pie de sus murallas,
Que se arroje el francés enfurecido,
Para que lleve su fatal castigo.

Así pasando van las horas rápidas

Mientras que el sol se eleva del Oriente,
En tanto por los puntos se presenta
Doquier la animación y el entusiasmo,
Porque un presentimiento venturoso
Latir hace los pechos inflamados
Por el amor sublime de la patria,
Por el glorioso nombre del guerrero
Que el nuevo mes de Mayo les recuerda,
Al ver que se despliega con donaire
En el cerro inmortal de Guadalupe
De Hidalgo y de Guerrero la bandera,
Que se mira en el fondo de los cielos
Como el iris brillante, esplendoroso,
Nuncio inmortal de las futuras glorias.

CANTO DECIMO.


L mes de Apolo, espléndido y brillante,[1]
Amaneció vertiendo sus fulgores
El rubio sol, dorando las llanuras,
Donde la sangre por doquiera humea;
Alumbraba las torres gigantescas
De la heroica ciudad en que orgullosa
Nuestra bandera tricolor, al viento
Da sus armas gloriosas, ostentando
Sus timbres y blasones invencibles.
¡Mes inmortal! Los fastos de la historia
Que guarda la grandeza de los pueblos,
En sus brillantes páginas conserva
Y guardará, mientras los siglos duren,
Y sigan por el orbe caminando,
Cubriendo con sus alas las victorias,
Los monumentos, las grandezas todas
Del universo, tu esplendente nombre.

¡Mayo, Mayo, llegaste! Con tu gloria,

1 El mes de Mayo estaba dedicado por los romanos á los ancianos ("mayores"); su divinidad tutelar era Apolo.

Con tu radioso sol á alumbrar vienes
En sangre tintos los tendidos campos,
Llenas de sangre las soberbias calles,
En sangre humedecidas á las plazas!
Alumbrarás de muerte asoladora
Escenas mil de estrago y de matanza;
Y tal vez con tu luz confundiránse
Las llamas del incendio, en los escombros
Que las señales son del heroísmo;
Pero también tu luz brillará limpia
Alumbrando el valor y la grandeza,
Y nuevas lides y brillantes glorias.

Cuarenta y cinco auroras sus encajes
De nácar y de gualda transparentes
Han tendido en los bellos horizontes
De la soberbia Puebla, desde el día
En que el francés, esclavo de un tirano,
Lleno de fatuo orgullo prometía
En *seis horas* rendir los pabellones
Que hace un año rindieron á las huestes
Aguerridas de Italia y de Crimea!
Cuarenta y cinco noches han velado
Con sus tristes y tétricos crespones
Los campos de la guerra, y ni un momento
Ha reído á los galos la victoria.
Sigue la lucha formidable, siguen
Los rasgos de valor del mexicano
Sorprendiendo al francés envilecido,
Que despechado, en su furor terrible,
La muerte por doquier derrama impío!
Al Norte y Sur dilatan sus columnas
Y se prepara en torno una batalla......
Cuatro auroras han visto los trabajos

Del enemigo, que violento anhela
Tal vez dar un asalto formidable,
En torno á la ciudad á un tiempo mismo.
Brilló la quinta luz del sol de Mayo
Que amaneció magnífico, esplendente;
Al toque de las dianas, los pendones
De la patria se izaron, á los ecos
Del cañón que saluda á su bandera,
Lanzando al enemigo sus granadas.

Hoy hace un año que el valiente galo,
El terror de la Europa, formidable
Vencedor de cien pueblos aguerridos,
Que conducía en triunfo belicoso
Doquier sus raudas imperiales águilas,
Quiso en su orgullo fatuo la bandera
Hacer girones y vencer sus pueblos.

Hoy hace un año que al rayar la aurora,
Puebla, la heroica Puebla, alzó su frente,
Y al ver de Zaragoza la entereza,
Al mirar en su frente los destellos
Del genio de la gloria, con encanto
Le entrega la bandera de la patria
Que el héroe supo conservar ilesa.
Hoy hace un año que se alzó gloriosa
México, á quien burlaba el extranjero,
Y al escuchar la voz de Zaragoza
Supo vencer al vencedor del mundo!

A este recuerdo de grandeza tanta,
A este recuerdo que nuestra alma llena,
Mientras que diez millones de entusiastas
Mexicanos saludan su bandera,

En toda la extensión de la República,
Desde los mares que nacer contemplan
Al rubio sol que del Oriente sale,
Mientras estrellan sus brillantes olas
En las arenas del Atlante hermoso,
Hasta donde se quiebran los cristales
Hirvientes del Pacífico, que besa
Las rocas de Occidente; los guerreros
Hijos de Zaragoza, á su memoria
Juran como él, vencer al extranjero.

Como una virgen casta se engalana
Del cumpleaños en su bello día
Y cánticos entona placenteros,
Así Puebla la invicta al aire tiende
Sus esplendentes, nítidos pendones.
Sus fortalezas todas empavesa;
Y al frente del francés, que á este recuerdo
En su despecho, cúbrese los ojos,
Entona sus cantares entusiastas
Y á la terrible lucha le provoca.
Al toque de sus dianas, le saluda
Con el cañón mortífero que arroja
Sobre él sus metrallas atronantes.

Amaneció brillante la mañana;
Pero el francés tal vez en su memoria
Conservando el recuerdo de ese día,
No se atreve á moverse. Silenciosos
Están los campamentos enemigos,
Y acaso, acaso del valor azteca
Esperan un asalto en sus murallas.
En esta incertidumbre, transcurriendo
Las horas sigue caminando el día;

Llega la tarde y tiéndense las nubes
Y se agrupan debajo de los cielos,
Como montañas negras, que amenazan
Hundir los campos y allanar los montes.
La tempestad estalla silbadora;
Se cruzan los relámpagos, y á poco
Veloz desciende cristalina lluvia
Inundando á torrentes las llanuras
Y la ciudad, que entre la lluvia se hunde;
Pero rápida pasa, se disipa
Presto la tempestad, en blancas nubes
Se convierten los cirros de la altura,
Y súbito se rasgan, y aparece
El esplendente azul del limpio cielo;
Y luego se despeja el horizonte,
Y el sol brillante, con sus claros rayos,
Súbito el monte y la campiña orea;
Y la ciudad preséntase galana
Como una virgen que del baño sale
Ostentando frescura y lozanía.
Entonces los valientes mexicanos
Sus columnas y trenes organizan,
Y al Norte de la plaza se dilatan
Fuera de la ciudad, en la llanura
Que al pie de la Malintzi se destiende;
Forman batalla fuera de los muros
De la ciudad, sus tiradores se abren;
A la vanguardia avanzan lentamente
Y al campo de lós francos se aproximan.
Truena el cañón, columnas de humo denso
Se levantan, los rayos reflejando
Del esplendente sol, los tibios rayos,
Que cerca al Occidente se encaminan;
Y avanza el mexicano, y retrocede

El francés que tan sólo se organiza
En actitud de defenderse tímido.
Lanza sus proyectiles, y á cubierto
De las sinuosidades del terreno,
Oculta sus infantes batallones,
Y allá á lo lejos sus caballos tiende
En alas separadas desplegándose;
Se cruzan por doquiera sus granadas,
Silban del rifle por doquier las balas,
Y aquí rueda el caballo y el jinete,
Y allá cayendo al pie de sus cañones
Expiran los serenos artilleros.

Así pasa la tarde sin que un palmo
Adelante el francés; mientras sereno,
Avanzando tranquilo, el mexicano
Se replega á sus hondas paralelas;
Y al aire sus banderas desplegando,
Vuelve otra vez con su tambor batiente
A la ciudad, mientras la tarde se hunde
Del Occidente en los lejanos montes.

Entre las sombras de la noche envuelve
El galo audaz su infamia y su vergüenza,
Mientras el mexicano aun en las sombras
De la tétrica noche se alza altivo,
Y aun parece que nítidos fulgores
Su heroica frente por doquier circundan,
Al coronarle espléndida victoria!
En esta noche, de recuerdos gratos,
Doquier en la ciudad enaltecida
Los cánticos se escuchan y los himnos
Que á la memoria del guerrero invicto,
Del inmortal y heroico Zaragoza.

Se elevan por doquier á las alturas.
Y aun en medio las sombras parecía
Que allá de Guadalupe, en la colina,
Brillaba un resplandor omnipotente
Y entre ráfagas nítidas, la imagen
Se miraba del grande Zaragoza,
Coronado de lauros inmortales;
Y que cercado de héroes y de dioses
Las glorias de su pueblo contemplaba.

Pasó la noche, y al volver la aurora,
Nuevas lides se aprestan. Por el Norte
La bala silba y el cañón mortífero
Cien y cien veces con furor estalla.
Pero es inútil el potente empuje
Del invasor sangriento; se prolonga
La lucha, se obscurecen las alturas
Con las nubes de humo que se tienden
Como el vapor que en el invierno se alza
De los tranquilos, azulados lagos;
Y se va prolongando al alejarse
Hasta las lomas del Oriente, y luego
Vuelve con rapidez el fuego activo;
Pero en los muros de la heroica Puebla
Se estrellan los impulsos soberanos
Que intenta el invasor enfurecido.
Por todas partes el fragor se escucha
De la guerra que asuela y que devasta
Cuanto en su paso furibundo toca.
Por todas partes la ciudad se mueve,
Y en todas partes al clamor terrible
De la muerte, se mezclan los acentos
Robustos del guerrero, que proclama
La libertad de México gloriosa.

Así pasan los días y las noches,
Y no cesa el francés, en su despecho,
De lanzar por doquier sus fuertes bombas.
Aquí los edificios se derrumban;
Allí con rapidez cunde el incendio;
Allá entre escombros el cañón estalla;
Acá se elevan nuevas fortalezas;
Y el espanto y la muerte y los gemidos
Se miran y se escuchan donde quiera;
Pero también se mira el heroísmo
En todas partes ostentar su gloria.

Aunque el valor heroico no descansa
De mostrar su grandeza al extranjero,
La población pacífica ya sufre
La terrible escasez y la miseria;
Y ya cuando el terror en todas partes
Hace cundir la pena y el conflicto,
Porque ya el hambre con su fuerza acosa
A la infelice población humilde,
Una mañana se presenta tierna
Una escena terrible y espantosa;
Una mañana el sol reverberante
Lanzaba á plomo sus ardientes rayos,
Cuando á lo lejos mírase un conjunto
De familias inermes, que procuran
Salir de la ciudad de las desgracias.
Se ve formado, en tétrico concurso,
Un grupo doloroso, cuyo aspecto
A la misma barbarie ablandaría:
Un anciano de blanca cabellera,
De blanca barba, de semblante pálido,
Iba al frente, llevando una bandera
Blanca como el candor de su inocencia.

Una turba muy grande le seguía
De mujeres y niños y de ancianos,
También llevando blancas banderolas;
Y ya acosados de miseria y hambre
Quisieron, arrostrando los peligros,
Salir de la ciudad. Aquel conjunto
Que de vivos cadáveres mostraba
Todo su aspecto, lento caminando
A una garita dirigióse recta
En lenta procesión. Iba llegando
Cerca del enemigo campamento
Para impetrar socorro á su salida;
Pero el bárbaro franco, en vez de oirlo,
Dirige á aquella turba macilenta
Sus fieros proyectiles......! Nada vale
Que aquella gente inerme tremolase
Sus cándidas banderas, el infame
Cobarde sitiador, vuelve sus tiros
Sobre de aquellas víctimas humildes
Que buscaban alivio á sus dolores......!
Algunas balas les alcanzan; llenas
De lágrimas y duelo, hasta la plaza
Vuelven llenos de horror y de odio amargo
Contra aquellos cobardes asesinos
Que ultrajan al que inerme y suplicante
Buscaba sólo alivio á su miseria......!
¡Sublime ilustración! ¡Gloria á los bravos
Que tan grandes ejemplos de heroísmo
Dan al mundo en su imbécil cobardía!
Forey infame y la traición maldita,
Con este hecho de maldad sin nombre
Han esculpido en imborrables signos
Caracteres eternos de deshonra!

¡Ministros del altar! que vuestro oro,
El oro que del pueblo envilecido
Recibís, agobiando su conciencia
Con falaces palabras. invocando
La dulce voz de humilde cristianismo,
Alzad hosanas, entonad cantares,
Profanad el altar con el incienso
Que quemáis en augustos holocaustos!
Ved vuestra obra, vuestra obra inicua.
Yo en nombre de Dios, del Dios humilde
Que derramó su sangre en el Calvario
Al proclamar la libertad del hombre,
La igualdad, la humildad y la fe pura,
En nombre de ese Dios, que es Jesucristo,
Y que vosotros profanáis falaces,
En nombre de ese Dios que no es el vuestro,
Que no es el Dios que con profano acento
Invocáis mentirosos...... ¡¡Os maldigo!!

Esa inocente sangre que hasta el ara
Llega chorreando, la venganza pide;
Presto, muy presto el día de la justicia
Llegará á castigar vuestras infamias,
Y entonces ¡ay del criminal que invoca
La dulce religión, y sangre vierte
Por saciar la ambición del poderoso,
Por la sed de riquezas y dominio!
Pronto, muy pronto, imbéciles traidores,
Falsos ministros del altar, la sangre
Os ahogará...... las telas del santuario
Por vuestra culpa manchará la sangre,
Y ese Dios bondadoso, á quien falaces
Pretendéis engañar, su brazo justo
Descargará sobre vosotros. Presto

El dogal atará vuestras gargantas,
Y en expiación de las maldades viles
Que cometéis en nombre del Dios justo,
Beberá vuestra sangre maldecida
La tierra que oprimís con vuestra planta.
Otra vez y otra vez, viles traidores,
Otra vez y otra vez, falsos profetas,
Sacerdotes mentidos y profanos
Que ultrajáis á mi Dios con el cinismo
Del hombre criminal entre la crápula,
En el nombre de Dios, ¡malditos seais!......

¡Heroica gloria al que llamóse un día
El vencedor valiente de los pueblos!
Y un día pasa, y otro, y la batalla
Por todas partes cunde formidable,
Y la tenaz, heroica resistencia,
A cada instante con valor se afirma.

Van pasando los días, y se apresta
Por el Sur la batalla: los valientes
Que en Teotimehuacán guardan los muros
Listos están con entusiasta anhelo;
Por el Norte también la lid estalla,
Y en todas partes el rumor anuncia
Que se prepara espléndida batalla.
Pero firmes, constantes los guerreros,
Ni el dolor de la muerte, ni las lágrimas
De las tristes mujeres, ni el gemido
De los niños humildes, ni los ecos
De los ancianos débiles, ni el hambre,
Ni las penas terribles, las angustias
Todas que en torno á la ciudad se miran
Pueden intimidarles, y aunque el alma

Sufra dentro de sí la horrible angustia,
Serena ostentan la tranquila frente,
Mientras el corazón callado llora.
Pero el deber primero de la patria
Es luchar ó morir, ó la victoria
Conseguir sobre el pérfido enemigo;
Lo demás nada importa: que sucumba
Un pueblo entero si la gloria ciñe
De una nación la causa sacrosanta.

Catorce auroras de este mes de Apolo
Han lucido en el límpido horizonte
De la ciudad heroica, y sus fulgores
Han venido á alumbrar sangre y matanza.
Catorce auroras su esplendor divino
Han apagado entre la densa niebla
Que los cañones forman tremebundos
Al lanzar sus terribles proyectiles.

Sombría y nebulosa aparecía
La última aurora, y el estruendo horrible
De cien bocas metálicas de fuego
Apenas el albor de la mañana
Despertó á la ciudad, que no dormía,
Pero que fatigada reclinaba
Su sien entre el insomnio y la vigilia,
Sobre de sus murallas derruídas,
Envuelto en nieblas el pendón tremola
En Teotimehuacán, donde Patoni
Alienta con valor á sus guerreros.
Los hijos de Querétaro y Durango
Y del Norte también los legionarios,
Y de Puebla y Oaxaca y de Guerrero,
Y tantos, tantos, mexicanos todos,

Allí otra vez ciñeron los laureles
Con que su frente adorna la victoria.

Apenas el crepúsculo sombrío
De la húmeda mañana allá en Oriente
Asoma como tímido, en el aire,
Estallan por el Sur terribles bombas
Y silban por doquier los fieros rifles.

Más de cinco horas de combate pasan,
Y de Teotimehuacán en las llanuras
Corre la sangre, los valientes hijos
De México, con grande bizarría,
Como siempre, conquistan gloria inmensa.
Y como siempre allí rasgos heroicos
Prodigan por doquiera los soldados,
Ejemplo dando al vencedor del mundo,
De heroísmo sublime y valentía.
La mañana transcurre en el combate,
Y ya llegaba hasta el zenit del cielo
El refulgente sol, y todavía
El humo obscurecía el horizonte.
Entretanto, columnas con columnas
Chocan, y en las llanuras se dilatan
Como sierpes inmensas que se agitan;
Se contraen, se dilatan y se buscan,
Y se enlazan y luego se separan.

Terrible fué el combate; los valientes
A cada paso rasgos de heroísmo
Al mundo le presentan, que se asombra
Porque el valor protege al mexicano.
Y en medio de la hambre y de la angustia,
Siempre grande, impertérrito levanta
Su erguida frente que al francés espanta.

Pasó el día terrible en el combate,
Y el valiente francés cien y cien veces
Ha huído cobarde, perseguido
Por el hijo de México, que lleno
De la fe de su gloria, pasó el foso,
La muralla y la rambla, y transponiendo
La llanura, hasta el pie de sus cañones
Fué á provocarle á la sangrienta lucha.

Verdes y esplendorosas las llanuras
Antes de la batalla, parecían
Golfos de mar al reflejar la lumbre
Del sol ardiente del ardiente Mayo;
Pero después contémplase siniestro
Aquel campo sembrado de cadáveres......!

Un fúnebre panteón se asemejaba
La antes verde y espléndida llanura
Que en sangre tinta por doquier humea......!
Así se pasa el día en la refriega,
En tanto el generoso mexicano
Cumple sus compromisos canjeando
Del galo los altivos prisioneros
Que el mexicano tiene en sus reales.
Y aunque entretanto suspender debiera
El pérfido invasor sus proyectiles,
El bárbaro francés no cesa una hora
De arrojar sus granadas y sus bombas.

Llega la noche, y en pavor cubierta,
Apenas á la luz de las estrellas,
Se recogen heridos y cadáveres
Que de ambos contendientes las llanuras
Doquier tienen sembrados, sin que el galo
Cuide de levantarlos indolente.

La noche toda en vigilancia pasan
Los soldados y jefes discurriendo,
Porque se anuncia que al brillar el día
Las huestes invasoras un empuje
Soberbio emprenderán sobre la plaza.

Doquier, entre las sombras de la noche,
Se miran discurrir ancianos débiles
Que buscan alimento, niños tiernos
Que dan al viento lúgubres gemidos
Y lívidas mujeres macilentas
Que ni temen el fuego ni se arredran
Al oir el fragor de la metralla;
Porque el hambre terrible les acosa,
Y pan, tan sólo pan para sus hijos
Al derramar sus lágrimas demandan!

Todas buscan al jefe; el llanto amargo
Se mezcla de las madres, con los gritos
Del hijo hambriento que el dolor exhala.
Y al eco de la bala matadora,
Su grito aterrador sólo responde.

En tanto aquí y allí cruzar se miran
Las valientes reservas y los ecos
Se escuchan del soldado que á su boca
Ni un pedazo de pan llevar podía.
Y sin embargo, vivas entusiastas
Lanza lleno de gloria, confundiendo
Los gritos doloridos de la angustia,
Con el eco de cánticos marciales.

En el palacio rápidos se agitan
Todos, y el General en cuya alma

El dolor de las víctimas inermes
Penetra, se conmueve y aun enjuga
Al descuido en sus ojos una lágrima,
Aparece sereno, incontrastable,
Y oro reparte á la doliente plebe.

Va avanzando la noche obscurecida;
Sólo de tiempo en tiempo, en las alturas,
Cruzan esos cometas de colores
Que se arrojan al aire y que á los jefes
Les anuncian la firme vigilancia.
Se ven, entre las sombras misteriosas,
Describiendo en sus curvas ondulantes
Sierpes de fuego que el espacio alumbran.
En las soberbias torres, como antorchas
Funerales, se miran las fogatas
Que avisan á los fuertes defensores
Que fuera se hallan de la plaza, y lejos,
Que aun hay en Zaragoza amurallada
Aliento y vida, y esperanza y brío.

La noche se adelanta transcurriendo
Con rapidez para el lejano ocaso,
Mientras que allá en el hospital se miran
En todas partes moribundos francos,
Que al déspota de Francia maldiciendo
Amenazan, fiados en que vela
El Dios de la justicia, con que un día
Le hará rodar de su nefando trono;
Y pagará la sangre que se vierte
Sólo por su ambición y su perfidia,
Acaso con su sangre, para ejemplo
De los tiranos déspotas del mundo.

Elena, Elodia, Orestes y Lucila
Y la madre de Arnaldo, y la apacible
Amira, y todos con cariño amante
Auxilio dan á todos los heridos,
Ya sean de los héroes mexicanos,
Ya sean de los pérfidos franceses.

La brisa matutina comenzaba
Ya á sentirse cruzar por todas partes,
Y allá en los campamentos extranjeros
A extinguirse empezaban las fogatas;
Mas se perciben ya los movimientos
Del enemigo, al Sur, y por Oriente;
Cruzan trenes, corceles y caballos
En todas direcciones, entretanto
El crepúsculo opaco comenzaba
A descubrir lejano el horizonte
Por las montañas del Oriente altivas,
Cuando cual de un volcán el estallido
Retumba por el Sur; y se repite
El eco en las colinas inmediatas,
Hasta que van perdiéndose sus ecos
Al rimbombar en los lejanos montes.
De Teotimehuacán las fortalezas
Entre el humo se pierden de la pólvora:
Es un terrible cráter...... se confunden
Las nubes del incendio con la bruma
Que cubre por doquier el horizonte.

Cuarenta bocas de rayado bronce
Lanzan al fuerte sus terribles balas,
Mientras calladas, por camino oculto,
Avanzan las columnas enemigas
Como langostas que á la mies se agolpan......

Una, dos y tres veces el empuje
Rechazan nuestras huestes valerosas,
Y una y dos y tres veces los franceses
Huyen despavoridos y espantados.

En medio de la espléndida llanura
Que hermosa se dilata desde lejos,
Se miran las falanges erizadas
De bayonetas, á los tibios rayos
Del sol que apenas á levantarse empieza,
Y como haces de trigo, que al impulso
Del fuerte viento que en veloces ráfagas
Las mece, así se inclinan reflejando
Su brillador acero. Como víboras
Colosales ondulan al tenderse
En batalla en los llanos extendidos.
Silba la bala y la granada, y deja
Como surco una brecha prolongada,
En esas masas que avanzando vienen.

Sus espantosas bombas formidables
Derrumban las murallas, abren brechas;
Pero serenos, impasibles, presto
Los mexicanos cubren con sus cuerpos
Las brechas espantosas, y allí esperan
El asalto terrible. Mas no valen
Para alcanzar un triunfo, las potentes
Bombas del invasor enfurecido.

Súbito aquellas masas erizadas
De acero, cambian, y ondulando vuelven
Sus movimientos al Oriente, en tanto
Destacan otras fuerzas al Poniente
Del fuerte, y por el centro y en contorno

De la ciudad conmuévense los campos.
Pero listos doquier los defensores
Aquí y allí veloces se presentan.

Las reservas acuden presurosas,
Y al eco de Negrete, entre los vivas
A la patria, entusiastas se dirigen
En todas direcciones. Los tostados
Hijos del Sur, los fuertes legionarios
Del Norte, de Oaxaca los guerreros,
De Puebla los valientes, los intrépidos
Hijos de Zacatecas, los serenos
Soldados de Toluca, los fogosos
Indios de nuestras sierras escarpadas,
De Jalisco los libres, de Tabasco,
Y Chiapas, y Querétaro y Morelia,
Y todos los aztecas toman parte
En la sangrienta lid. De Guadalupe
Hiriendo el aire la potente bala
Silbando cruza, y en las filas galas,
Deja un rastro de muerte. Los redientes
De Zaragoza lanzan sus granadas,
Del Carmen los redientes hacen fuego,
Y en tanto, el fuego rápido se nutre
Por Oriente, por Sur, por Occidente......

Por el Norte también la atención llaman
Los campamentos enemigos. Sigue
La mañana avanzando, y sigue el fuego
Derramando la muerte y el espanto;
Quieren los enemigos arrojarse
Sobre de las murallas derruídas,
Pero es ya tarde, fuera de los muros
Salieron las columnas mexicanas.

Aquí cortan un flanco, allá de frente
Persiguen al francés que huye violento,
Y siguen palmo á palmo, y hasta el foso
Del campamento galo nuestras huestes
Llegan en la feroz carnicería.

Cien y cien adalides en la grama
Del campo vierten su valiente sangre,
Aquí está un jefe que respira y clama
Victoria por la patria, y luego muere.
Allí un soldado sobre el verde césped
Tendido, derramando ya su sangre,
Aun no deja el fusil, y con esfuerzos
Inauditos y heroicos, aun combate
Más de seis horas, sin ceder, en tanto
Que ya cansado, al exhalar la vida,
"¡Gloria á México—dice—independiente!"

Así mil rasgos de valor sublime
Se suceden doquiera, y se repiten
Hasta que al ver huir despavoridos
A los guerreros de la grande Francia,
Vuelven al mexicano campamento
Las huestes de la heroica Zaragoza,
Levantando en su paso á los heridos
De las dos fuerzas contendientes. Luego
Se reponen los fuertes destruídos.

Calma un poco la lucha, mas al punto
Que llegan á su campo los franceses,
Despechados de ver tanta osadía
En el valiente mexicano, empiezan
Otra vez á arrojar sus fuertes bombas.

Sigue la *ilustración humanitaria*
De muertes y de incendios y matanzas;
En tanto en la ciudad, á los heridos
Del bárbaro francés, se le prodigan
Los socorros de amor y de cariño
De la sublime caridad cristiana;
En tanto á los cadáveres franceses
Sepultura se da, y al prisionero
Con fraternal cariño se le trata!

Medio día de lucha poderosa
Se pasó, y aun no cesan de contino,
Pero con lentitud, los invasores
De hostigar á la plaza. El humo denso
Aun cubre los palacios y las torres
Y como una muralla se destiende
En torno á la ciudad. El sol brillante
Desde el zenit del cielo, aun no podía
Penetrar libremente entre las nieblas
Que el humo le formó de la batalla.
Pero gloriosa la ciudad, en medio
De las calamidades de la guerra,
Aun resiste y no cede un solo instante.

Mientras la tarde avanza lentamente,
Por el Oriente y por el Norte vense
Los cirrus de los cielos en montones
Densos, que se dilatan y se agrupan
Anunciar tempestad, y poco á poco
La claridad del sol se va opacando.
La niebla de la pólvora se tiende
Y se enrarece y luego se disipa,
En tanto que las nubes sustituyen
Al sol el velo que su faz cubría.

Mientras, el incansable movimiento
De la ciudad aumenta, por doquiera
El zapador levanta nuevos fuertes;
Los niños, las mujeres, los ancianos
A quienes la miseria debilita,
Se esfuerzan aún por auxiliar, se afanan
Y acuden por doquier; aquí se elevan
Con gaviones potentes fortalezas;
Allí se abre otro foso, acá se mina,
Allá un nuevo reducto se levanta......
El médico doquier cura al enfermo;
El verdadero sacerdote auxilia
Caritativo al héroe moribundo,
Y de Puebla las vírgenes humildes
Se afanan por servir á los heridos,
Sobresaliendo en todos los trabajos
Lucila, Amira, Elena, Elodia, Orestes
Y la madre de Arnoldo y de Reinaldo.

Ortega, que las líneas recorría
Después de la batalla, prodigando
En todas partes cariñoso afecto
Y animando al soldado, repartía
A las familias por doquier socorro.
Al palacio se vuelve condolido;
Pero de gloria al recordar los hechos
De sublime valor que ha contemplado,
Va á disponer, con previsor consejo,
Lo que fuese oportuno á la defensa.

Entretanto retumba en las alturas
El eléctrico trueno, los relámpagos
Se cruzan, se repiten, y los truenos
Unos á otros veloces se suceden:
Y amenazando hacer temblar la tierra.

Se ven los movimientos enemigos
Activarse, entretanto se desgajan
Las cenicientas nubes. A torrentes
Desciende por doquier la fuerte lluvia,
Y en un instante el bullicioso ruido
Del campamento cesa, en el silencio
Se envuelve la ciudad, y el campo todo
Parece que en la nada se sumerge.
Truena la tempestad, el eco sólo
Se prolonga en el llano, en la colina,
Y luego se percibe allá en los montes
El eco aterrador del rayo ardiente.

Más de tres horas la ciudad se pierde
En medio de la lluvia cristalina,
Y en esas horas de silencio triste,
En que cada mortal dentro del alma
Siente pasar variados pensamientos,
Al ver á la ciudad que silenciosa
En la quietud parece que se duerme,
Cuando en redor la muerte se pasea,
En su carro triunfal, como trofeos
Llevando el exterminio y la matanza.
Y en tanto que camina silenciosa
La noche para el pueblo, que pacífico
Busca un momento de solaz siquiera,

El general en jefe ordena, manda,
Que todo á la defensa se prepare.
Y en todas partes á luchar se aprestan;
Filopatro y Dalmiro al punto acuden
De Teotimehuacán á las trincheras,
A cumplir como leales su consigna,
Mientras van transcurriendo misteriosas
Las horas lentas de la triste noche.

CANTO UNDECIMO.

IENCIA augusta, inmortal! En tus arcanos
El hombre pensador encuentra todo
Lo que anhela en sus sueños inmortales;
Tú le alumbras la fe cuando vacila
En su mismo saber; y cree y espera.
Tú le presagias los destinos todos
Del grato porvenir, y le revelas
Lo que arcano parécele y misterios.
Al ignorante vulgo, tú le enseñas
Aun la amarga verdad de la desgracia,
Porque tú, en tu dominio sin medida,
Abarcas cuanto encierra el universo.
Para tí, ciencia augusta, no hay pasado
Porque del tiempo, en los profundos senos,
Has buscado la fuente verdadera
Y el origen del bien, y los tesoros
Todos de la inmortal sabiduría,
Y del poder del hombre la grandeza.
Para tí no hay presente, porque vives
Lo que vendrá conjeturando siempre.
Para tí no hay futuro, porque ansiando

El bien hallar, que con ahinco buscas,
Aun más allá del tiempo te adelantas.
Todo lo ves, lo guardas y lo sabes
Como de actualidad, y en tu grandeza,
Tú ciencia pura, te semejas sola.

¿A quién debes tu origen? á Dios mismo,
Que es del saber la sin igual esencia.
Tú á los profetas del antiguo tiempo
Revelabas del mundo los arcanos,
Y los hondos misterios que anunciaban
El cierto porvenir de las edades;
Y el hombre imbécil é ignorante, en tanto
Miraba de la ciencia, en los augurios
Arcanos, á su ser incomprensibles.

Tú alentabas la voz de las sibilas
Que el ignorante vulgo contemplaba
Como de Dios la predicción segura;
Y aun en los sueños de los sabios haces
Que se revelen, de verdad augusta,
De hombres y pueblos grandes los destinos.

Seguía lentamente caminando
La triste noche obscura y tenebrosa:
Ya las brillantes pléyades caían
Al Ocaso, y el carro de la Osa
También al Occidente dirigía
Su giro en torno á la polar estrella.

"¡Gloria inmortal á los valientes héroes
Que por la libertad de nuestra patria
Se han elevado á la mansión eterna!
A los mártires gloria perdurable;

Nosotros como vos, héroes ilustres,
Cuando el ibero holló nuestras riberas,
Por la ignorancia vil y el fanatismo,
Los falsos sacerdotes indolentes
Nuestro humeante corazón sangriento,
Para aplacar á Meztli le ofrecían,
Porque la gente extraña se alejara
De esta tierra magnífica de oro!
Más gloriosos vosotros en la lucha
Habéis muerto, humillando victoriosos
A los viles y osados extranjeros.

Venid, venid, los lauros esplendentes
De la inmortalidad y de la gloria
Pondremos con amor en vuestras frentes......"

Así cruzaban los marciales cantos
En toda la extensión del hemisferio.
En tanto ví de Ixtapalápam, bellas
Mil ninfas de las ondas levantarse,
Derramando sin fin nítidas flores,
E ir á las tumbas de los héroes todos
A colocar en medio de sus cánticos,
Coronas de laurel inmarcesibles,
Y mientras, en las cimas majestuosas
Del Citlaltepetl y el altivo Ajusco,
Y el gran Nahuacampatopetl coronados
De nieve, mil antorchas fulgurantes
Brillan con una luz de oro purísimo;
De Chapoltepetl, en el bosque umbroso,
Una azulada luz fosforescente
Que se dilata cual vapor hermoso
De polvo de zafiro y de diamante
Alumbra los gigantes ahuehuetes;

Y al eco de los genios tutelares
De la Tenoxtitlán de los aztecas,
De las tumbas salieron los campeones
De sus tiempos heroicos, y en las alas
Llevados de los cisnes de los lagos
De Tzompango, y de Chalco y de Tezcuco,
A las cumbres llegaron de esas cimas
Cuyas luces en tronos se convierten,
En que los héroes todos se colocan.
Y brilla el Zinantecatl, se ilumina
El remoto Quncós, y el Soconusco
Y el Jorullo también, y el Zempoaltepetl,
Y aun el pequeño Tepeyac derrama
Luces bellas que doran á las nubes.
Y aun de Zachita las gigantes masas
Se agitan, porque salen de sus tumbas
Las deidades mixtecas, y se elevan,
Y en nubes de carmín llegan veloces
De Puebla en torno á contemplar la gloria.

Las turbias ondas del Chapala rizan
Los genios y las ninfas que se mecen
Como sirenas entonando cánticos,
Y en Pátzcuaro también las aguas brillan
A la luz inmortal que se derrama
Al repetir los cánticos triunfales.

Súbito, ví después, que cuatro genios,
Como arcángeles bellos, se elevaron
Con clarines de oro repitiendo
Esos himnos, y al Norte y Mediodía
Y á Oriente y á Occidente su audaz vuelo
Dirigieron en todo el continente,
A anunciar que las águilas aztecas

Con su nobleza al invasor vencían.
Entonces ví de Puebla á los guerreros
Que dioses parecían, coronados
De laurel y de encina, y tremolaban
Victoriosos la espléndida bandera
Que en cien y cien batallas ha humillado
Al pendón altanero de la Francia,
Que al ver aquellas glorias se abatía.

Mientras que las canciones armoniosas
De esa corte de héroes y deidades
Resonaban en todo el hemisferio,
Al eco de esos himnos melodiosos,
Las palmeras del Sur sus abanicos
Con majestad mecían, los esbeltos
Cocoteros sus palmas arrullaban,
Su flor abren los bellos tamarindos,
Los platanares sus gigantes hojas
Armonizan del céfiro el arrullo;
Y percibí muy claro, en voces gratas,
Este cántico lleno de armonía
Que los genios y ninfas entonaban:
"¡Salve hijos del Anáhuac! llegó el día
En que México al mundo le dijera
Que tiene victoriosa una bandera
Que el esclavo francés no conocía,"
"Alzad, aztecas, la elevada frente,
Que en vuestras venas hierve sangre noble,
Y sois tan grandes como el fuerte roble
Que el ímpetu detiene del torrente."
"Sois los hijos de aquellos mexicanos
Que de Castilla el pabellón rompieron;
Los hijos sois de aquellos que pudieron
Domeñar los leones castellanos."

"Los hijos sois de aquellos que en un día
De inquisición la lumbre consumieron,
Y el cetro de los reyes destruyeron
Destrozando el dogal que os oprimía."
"En pie, pueblos de Anáhuac, ya la historia
Grabó de Zaragoza la grandeza:
Bajad, déspotas reyes, la cabeza,
Que os ciega el esplendor de nuestra gloria."
"En pie, pueblos del mundo, los que ufanos
Defendéis vuestros fueros sacrosantos,
Vuestros cantos unid á nuestros cantos,
Que en Cristo y libertad somos hermanos."
"Si no podemos ya luchar, vencimos
Sólo con el valor de la constancia,
Así Lepanto fué, y así Numancia,
Cuyos ejemplos bélicos seguimos."
"Grande Sagunto, en medio de su gloria,
Cuando la halló sin armas el guerrero,
Rindió su espada el vencedor primero,
Y dió al vencido el canto de victoria."
"Puebla de Zaragoza, tu ceniza
Después de tus espléndidas batallas,
Aunque no tengas armas ni murallas,
Ante el orbe tu gloria preconiza."
"Si á ceder llegas, porque ya tu acero
Esté roto, embrazando tu bandera
Al vencedor del universo espera
Firme, que vencedor fuiste primero."
"Que tú, con tu impotencia y bizarría,
Ya sin armas, y el brazo decaído,
Al vencedor del mundo habéis vencido
Sólo con tu nobleza é hidalguía."

Y mientras estos himnos resonaban

En todo el hemisferio, aquel concurso,
En orden sucesivo, en nubes de oro
Y en alas conducido de los genios,
Los cisnes de los lagos y las ninfas
Que iban vertiendo flores aromáticas,
A millares el suelo tapizando,
A la vez que elevaban el aroma
Del incienso, que en torno desparcían,
De Cholula los mártires, que al frente
Iban de ese concurso esplendoroso,
Llegaron esos dioses y esos héroes
Allá á Cacahuamilpa, que brillaba
Cual de inmortalidad el templo augusto.
Y aquellos obeliscos encantados,
Y aquellos columnarios portentosos,
Sus altivos monólitos, sus cúpulas,
Pirámides y pórticos, y fuentes,
Que de los siglos las memorias cuentan,
Brillaban con la luz de las deidades
Y reflejaban la esplendente gloria
De esa corte de seres inmortales
Que en el Teocali espléndido se ocultan.
Ví luego densa una gigante nube
Salir de la caverna, y se perdieron
A mi vista esos bellos panoramas;
Y mis ojos ansiosos, sorprendidos,
Se volvieron de Puebla á las murallas
Y ví un confuso activo movimiento;
Entre todos los golpes que en discursos
Mil se agitaban, conviniendo al cabo,
A ofrecerse en heroico sacrificio;
Pero no á pedir paz al extranjero.
Y ví en mi sueño destrozar las armas,
Y ví romper rayados los cañones,

Ví á unos héroes morir en el suicidio,
Y ví llanto y gemidos y tristeza,
Y ví desolación y angustia...... y pena.........
Y...... pero esto fué un sueño, hermano mío.

¿No oyes como aun retumba por doquiera
El bélico estallido de las armas?
¡Ah, Dalmiro, volemos al combate,
Aun podemos luchar! Ya viene el día:
Tal vez la luz de la brillante aurora
Nos traerá con su sol esplendoroso,
Nuevas glorias y triunfos y victorias.........!

Ayer nuestros valientes batallones
Escarmentaron al francés osado,
Y en Teotimehuacán vieron huyendo
A los valientes y aguerridos galos.
Hoy volverán tal vez con nuevo empuje,
A intentar el asalto; pero listos
Nuestros bravos¡intrépidos guerreros;
Estarán como siempre á la defensa.

Vamos, que el estallido del combate
Disipará mis tétricas ideas.
Dijo, y acompañándole Dalmiro,
Se acercaron los dos á la muralla.
Dalmiro en su silencio comprendía
La tristeza del alma de Filópatro,
Y calculaba que el terrible sueño
No era una emanación superticiosa
Ni creencia del ciego fatalismo;
Pero sí previsión, porque Filópatro
Cerca de aquellos altos personajes
Que dirigen la guerra, observaría

Los indicios seguros que anunciaran
El término á la guerra, y preocupado,
Con esos pensamientos aun soñando,
Su mente acalorada discurría.

Entretanto la aurora iba dorando,
Los montes, las colinas, las llanuras,
Y la ciudad, y el fuego lentamente
De tiempo en tiempo por doquier se oía.
La misma animación en el soldado,
El mismo orden doquiera se miraba.
El mismo aspecto la ciudad presenta,
Por varias partes el cañón se oía
Con sorda lentitud. Los campamentos
Del Sur con más actividad lanzaban
Sus proyectiles á la plaza, y ésta
Como siempre serena aparecía.

Así se va pasando la mañana
Mientras el sol su curso refulgente
Al zenit es dirige caminando.
Entretanto, se observa un movimiento
Dentro de la ciudad, y del Palacio
Se ve salir un grupo de guerreros.
Es el Cuartel Maestre del ejército
Con varios ayudantes y un heraldo
Con el clarín y una bandera blanca:
Al franco campamento se encamina
Como parlamentario de la plaza.

Por Occidente el parlamento sale
Mientras que por el Sur y por Oriente
No cesa el combatiente en la pelea.
El caluroso sol de medio día,

Que á plomo lanza sus ardientes rayos,
Anuncia que el vapor de la mañana
Copiosa lluvia tornará en la tarde;
Pero ni ese calor de Mayo ardiente
Detiene con su fuerza á los que luchan;
Siguen en todas partes, en contorno
Ataques y proyectos, procurando
Distraer á la plaza, mientras carga
Allá en el Sur el ímpetu violento.

Luego que va la tarde declinando,
Cesando van los fuegos lentamente,
Y uno que otro estallido se percibe
Que se confunde con el eco sordo
De las nubes que tiéndense en el cielo
Presagiando terrible la tormenta.

El pueblo ya vacila y se entristece,
Mas no se abate el bélico ardimiento
De los soldados que doquier combaten.
Así la tarde transcurriendo sigue
Mientras que ya la noche se avecina,
Con sus siniestras sombras y relámpagos.

Al llegar esa noche tremebunda,
Lluvia ligera las campiñas riega;
El sol perdido en el lejano ocaso
Ni un destello de luz dejado había,
Ni las estrellas en Oriente lucen,
Ni del cielo se ve la transparencia,
Y aun el campo se pierde entre las sombras
Húmedas con la lluvia de la tarde.
En medio de ese cuadro de pavura,
Llegando fué á las frágiles murallas

Nuestro parlamentario, que volvía
Del campo de los galos invasores;
Y desde luego se dirige ansioso
Al palacio do el jefe lo esperaba.

En tanto cesa el fuego en todas partes,
Tal vez por la espesura de la noche.
En medio de las tétricas tinieblas,
Del hospital percíbese que salen
Dos jóvenes humildes, candorosas,
Que de luto vestidas y en silencio
Caminan largo trecho hacia el Oriente;
Luego al Noreste pronto se encaminan
Por las obscuras calles, tropezando
A cada paso con ruinas tristes.
Por fin rompiendo su silencio una,
Así dice á la otra: Elena, hermana,
Has trabajado mucho. En esta noche
Que parece de calma y de silencio,
Debemos descansar, yo no resisto.........
Elodia, le contesta la doncella,
Tienes razón, mi cuerpo fatigado
Siento que cede ya; mi fuerte espíritu
Más de sesenta noches ha animado
A mi abatido corazón. Mi pena
He podido callar dentro del alma;
He orado ya de Herlindo á la memoria,
Con todo el fuego que en mi fe podía,
En expiación de su maldad, vertiendo
Copioso llanto de mis tristes ojos;
Pero me siento débil, y...... el suicidio.........
Dios lo reprueba! resistir no puedo.........
En verdad, dijo Elodia, hemos cumplido
Como amantes mujeres cariñosas,

Tú viviendo en memoria de tu amante,
Y yo por un amor sin esperanza!
Mas demos al dolor alguna tregua,
Para después ser útiles. En esto
Llegaban al pequeño bosquecillo
De hermosos fresnos, que en mejores días
De sus gigantes copas á la sombra,
A las bellas poblanas, encantaban
Las fiestas y los grandes regocijos.
Y á orillas del arroyo que murmura,
Y cerca de la fuente arrulladora
Se sentaron las dos, vertiendo el llanto
Que les hace arrancar hondos recuerdos.........

Una recuerda á su traidor amante
Que murió arrepentido de su infamia;
La otra al que vivo en brazos de una virgen,
Tal vez la gratitud de Elodia olvida.
Yo quisiera mejor, repuso Elodia,
Muerto llorar al hombre que yo adoro,
Que verle coronando con sus lauros
Las sienes de otro ser que yo no fuera!
Y debe amarla, porque su alma pura
Debe amar la virtud! La hermosa Amira
Es un ángel, Elena, tú la has visto
Con su ternura consolar al triste,
Con sus encantos inspirar confianza;
Y con su caridad al desgraciado,
El alivio prestarle en sus dolores.

Olvida, Elodia, contestóle Elena,
Ese amor imposible, porque Amira
Tal vez mañana ante el altar sagrado
Va á jurar ante el Dios de los ejércitos
A Filópatro amor y honra á su nombre.

Ya no sigas, Elena, abandonemos
Estos sitios, la noche se adelanta,
Debemos descansar. Vamos, hermana,
Dijo Elena, y entrambas enlazadas
Salieron de aquel sitio pavoroso.
A una vecina casa se acercaron,
Y haciendo una señal, giró una puerta,
Que se cerró tras ellas, silenciosa.

Entretanto Dalmiro recorría
Del Palacio los tristes corredores;
Y como siempre á la hora señalada
Brilló una luz, y luego de una reja
El ruido se oyó, salió Lucila
Y recibió de manos de Dalmiro
El diario auxilio que á los pobres daba.
Pero esta noche no partió al momento,
Sino que deteniéndose, á su amante
Le dijo con amor indefinible:
Oye Lucila, siento aquí en el alma
Tristes presentimientos que me agobian;
¿No ves qué triste y pavorosa noche
Nos cubre con sus sombras, que difunden
Espanto por doquier? Tal vez muy presto
Yo deberé morir, el pecho mío
Se agita sin cesar, late violento,
Y en él mi ardiente corazón se oprime........
Sola dejarte no quisiera, hermosa!
Disipa esa ilusión, dijo Lucila,
Yo tengo fe, y me dice la conciencia
Que ileso quedarás en esta lucha,
Pues por la patria sin cesar peleas.........
Ve sin temor al punto, que mis labios
Por tí á Dios sin cesar ruegan fervientes,

Dijo Lucila, descubrir dejando
En su rostro un contento, una esperanza
Que en sus brillantes ojos relucía.
No pudo menos que enjugar ardiente
Dalmiro, de sus ojos una lágrima,
Y estrechando á Lucila entre sus brazos,
Un ósculo le dió en la frente pura;
Pero antes de partir así le dijo:
Pues bien, tu fe me alienta, mientras parto,
Dí á tu padre que luego que la aurora
Su luz derrame espléndida y fecunda,
Acuda aquí para que Dios bendiga
Nuestra perpetua unión, todo está listo;
Antes que esto termine, el dulce nombre
Quiero darte de esposa, amada mía;
Ya de mis jefes el permiso tengo,
Ya está dispuesto el sacerdote, y listo,
Para que si la muerte me arrebata
Y la patria mi tumba condecora,
Tú, mi querida esposa, dignamente
La recompensa de mi afán recibas;
Viuda, obtendrás mis lauros y corona.
Dijo, y dando otro abrazo á su Lucila,
Partió de gozo y de ilusión llorando.

Ya Filópatro ansioso le esperaba
En silencio, y guardando sus secretos
Presentimientos, que pensar le hacían
En el fin de la guerra desastrosa,
Y en los tristes rumores que circulan,
Cuando llegó su amigo tan querido:
Dalmiro, al encontrarle, estrecho abrazo
Le dió contento, con ternura, y luego
Así le dijo con acento alegre:

Alégrate, Filópatro, disipa
Esa tristeza que tu frente cubre,
¿No es verdad que me amas, y cual padre
Me has guiado en el valle de la vida,
Siempre de gloria y de virtud y ciencia,
Mostrándome los plácidos senderos?
¡Y lo dudas Dalmiro, tierno hermano,
Hijo del corazón, prenda del alma!
No Filópatro, estréchame, mañana
Cuando la luz asome en el Oriente,
Y el sol de Mayo ardiente vierta flores,
Y haga resplandecer nuestras banderas
Como el iris magnífico del cielo,
Lucila y yo, con eternales lazos,
Ante el ara de Dios nos uniremos;
Tú y Amira estarán en los jardines
Del palacio, que sois nuestros padrinos;
Tal vez á esa hora el eco de las bombas
Saludará á los nuevos desposados,
Y el humo de la pólvora violenta
Se unirá al del incienso que levante
El sacerdote en el altar de Cristo.

Filópatro en silencio le miraba,
Contemplando el candor y la fe pura
De aquella alma de niño, en la que ardía
La constancia, el valor y la firmeza,
Que ha mostrado cien veces indomable
En medio de los campos de batalla;
Hasta que al fin rompiendo así le dice:
Estaremos allí querido hermano;
Tú sabes que te amo, que te ama
Amira como á un hijo predilecto,
Pero no sé que anuncian los latidos

De mi angustiado corazón. En tanto
Olvidemos las penas. Dios te colme
De gracias, y de bienes y ventura:
Mas vamos al palacio que una orden
Acaba de llegar para los jefes,
Y éstos acudirán muy brevemente
A la junta de guerra...... Son las once,
Volemos á cumplir nuestra consigna.

Dijo, y ambos amigos enlazados
Se apartaron en medio de las sombras
De aquellos sitios tristes, abatidos.
Cruzaron por las calles taciturnos,
Dando las contraseñas y las voces
Prescritas, y al palacio se dirigen
Ambos con pensamientos encontrados,
Aunque ambos llenos de amistad sublime.

Mientras caminan nuestros dos amigos,
Y la noche también avanza lenta,
Reinaldo, pensativo y silencioso,
En una sala de la plaza, lejos
Se encuentra al lado de su amante madre,
Que también silenciosa le contempla.
Reinaldo, al fin mirando que se avanza
La noche y tiene que cumplir una orden,
Así prorrumpe con acento ardiente:
"Madre, esta noche, es noche de misterios;
"Los Generales todos al palacio
"Concurren, y aun se ignora el movimiento
"Que debemos hacer; según circulan
"Rumores en los jefes, esta noche
"Romperemos el sitio á sangre y fuego.
"¡Y cuántos, madre, cuántos moriremos!

"Tal vez seré el primero, madre mía:
"Por eso vengo á que tu mano amante,
"Me bendiga, señora, y á estrecharos
"En mis brazos tal vez para alejarme
"Para siempre de vos, madre querida.........!"

Apenas esto conmovido dijo,
Y no pudo seguir, porque las lágrimas
Que bañaban su rostro lo impidieron,
Y postrándose al punto de rodillas,
Este valiente que sereno ha visto
Estallar á sus plantas las metrallas,
Y rodar rimbombado con estruendo
Las bombas formidables, en su llanto
Anegado y con pecho palpitante
La bendición materna demandaba.

La madre dolorida, ni un gemido
Pudo exhalar, y al hijo bendiciendo
E imprimiéndole un ósculo en la frente
"Alza, le dijo, sangre de mi sangre,
"Hijo de mis entrañas, sacrifícate,
"Si es necesario, en aras de la patria;
"Ve á cumplir tu deber como soldado,
"Defensor de la ley y la justicia
"Y de la libertad. Está prescrito
"Que yo viva cercada de dolores
"En este mundo, mientras parto al cielo.
"Adios hijo del alma, yo confío
"En que ese Dios que al inocente vela,
"Cubrirá tu cabeza con las alas
"De sus querubes, hijo de mi vida.........
"Adios!" dijo la madre en voz ahogada
¡Adios madre! Reinaldo sólo dijo,

Y salió de la estancia tropezando
Aun con las sombras impalpables. Ella
Callada, muda, con la vista fija
En el suelo, inmóvil permanece
Largo rato, entretanto que Reinaldo
Ni sabe adónde va, ni dónde pisa,
Ni adónde se dirige. Ya que lejos
Estuvo el hijo, un grito doloroso
Lanzó la madre y anegóse en llanto.
Y á un tiempo mismo y en tropel sentía
En su imaginación acalorada,
Descender las memorias de su vida,
Todas de pena, y llanto, y de infortunio.........
Pobre mujer!. Exhala esos gemidos
Y derrama á torrentes ese llanto:
El te consolará. Tú, mujer fuerte,
Mártir de libertad, tienes una alma
Grande como el dolor que te sublima;
Sufre, sufre en la tierra, que el destino
De las almas sublimes es la angustia,
La humillación y á veces el desprecio!
Tu gloria, que el imbécil no conoce,
Sólo Dios es capaz de comprenderla.
Llora, llora sin tregua pobre madre,
Tu dolor intensísimo, tan sólo
Semejarse podrá á aquellos dolores
Que sufrió la paloma del Calvario!
Esta es la suerte del mortal humilde:
Gemir y padecer mientras alienta,
Mientras siente de vida los latidos.
¡Don grande que nos dió la Providencia
Por el crimen atroz de haber nacido,
Por habernos prestado la existencia!

CANTO DUODECIMO.

RA la media noche y tenebrosa
Y húmeda y triste ni mirar dejaba
En la inmensa extensión de las alturas,
Ni una estrella siquiera, ni el crepúsculo
Asomaba su opaca transparencia.
Tal vez medrosas las estrellas nítidas
Ocultaban su faz resplandeciente,
Por no ver las escenas dolorosas
Que en esa triste noche se anunciaban.
Filópatro y Dalmiro, silenciosos,
Llegaban al palacio meditando,
Uno en sus pensamientos de tristeza
Porque un presentimiento le revela
Un desenlace, aunque glorioso, triste;
Y el otro que soñaba en sus delirios
Que la noche pasase deseando,
Para llamar por siempre á su Lucila
Su esposa, y su ilusión, y su ventura.

Al llegar al palacio los amigos
Descubren desde luego que algo grande

Pasa allí entre las sombras pavorosas
De la noche, que envuelta en sus crespones,
Hasta los brillos de la gloria oculta.
Doquier en los confusos corredores
Grupos se ven de jefes y ayudantes,
Que á la siniestra luz de los candiles
Discurren en opuestas direcciones,
Y discuten y forman conjeturas
Sobre aquel movimiento extraordinario.
De improviso aparece un ayudante
Del General en Jefe, y en voz clara
Dice á la multitud que allí circula:
"El General en Jefe del ejército
"Ordena que al momento á los salones
"Pasen los ciudadanos Generales."
Estos al punto acuden presurosos
A sus segundos dándoles sus órdenes.

Luego que en el salón toman asiento
Todos los Generales, el en Jefe
Así les dice con robusto acento:
Indomables guerreros del Oriente,
De nuestra patria la honra, á vuestro esfuerzo,
Está elevada á una altitud excelsa;
Habéis cumplido como buenos hijos,
Y aun podríamos seguir, de gloria llenos,
Esta tremenda lucha, si un impulso
Hicieran de su parte los guerreros
Nuestros hermanos que la guerra observan,
Fuera de las murallas de esta plaza,
Si al enemigo vil hostilizaran.
Sin embargo, valientes defensores
De la invicta ciudad de Zaragoza,
Yo de la patria en las augustas aras

Juré sacrificarme, mas yo debo
Deciros la verdad. Las municiones
En la plaza se agotan; los repuestos
De víveres, se extinguen; las familias
Inermes, de hambre y de miseria mueren.
Hagamos un esfuerzo extraordinario,
Salgamos de la plaza á sangre y fuego,
Y ó vencemos el cerco, ó perezcamos
Pero llenos de honor, de gloria llenos,
Y al porvenir mostremos denodados
Que supimos luchar hasta la muerte;
Y á la futura gente dejaremos
Un modelo inmortal del heroísmo
De que es capaz el pueblo mexicano.........!
El bárbaro enemigo ha comprendido
Nuestra angustiosa situación, é infame,
Ya que su fuerza y su valor mentidos
No han podido vencernos por el fuego,
Por la matanza ni el terror, por hambre
Quiere domar nuestro valor sublime.
Vosotros decidid, héroes ilustres;
En vosotros estriba el desenlace;
Os hablo la verdad, no como jefe,
Como fiel compañero, como amigo.

Dijo, y al punto belicoso aplauso
Inundó con sus ecos los salones;
Luego llenos de férvido entusiasmo
Uno á otro, tomando la palabra,
Comenzaron con varias opiniones
A discutir la situación terrible.

Allí Negrete el bravo, proponía
Romper la línea y arrojarse osado

Sobre los compamentos enemigos;
Ghilardi le secunda y Berriozábal,
Y Pinzón, y la Llave y otros muchos.
Después prorrumpe el Cuartel Maestre, y luego
Se cambia la opinión y se discute.

Razones mil, dificultades varias
Les propone, y á muchos convenciendo,
Hace ceder á todos los que opinan
Como él, y forman plena mayoría.
Largas cuestiones se debaten, crece
El entusiasmo de los jefes. Uno
La rendición propone; otro se atreve
Mejor á sucumbir á sangre y fuego;
Este quiere mejor suicidio horrible;
Aquél, pedir de vida garantías;
Y así se agitan en discursos varios.
Se intrincan las cuestiones, se acaloran
Los Generales en opuestos bandos,
Hasta que ya sintiéndose animados
De desesperación y descontento,
Cuando aun algunos á pensar llegaban
Que la perfidia se versaba inicua,
Otra vez razonando el Cuartel Maestre
Así prorrumpe con sonoro estilo:
"Señores Generales del Oriente:
"Mientras un pueblo valeroso lucha
"Por defender sus fueros ultrajados,
"Con elementos físicos, adquiere
"De valiente el renombre; y cuando faltan
"Ya los medios posibles, es un bárbaro
"Si aun obstinado la matanza quiere.
"Del pueblo mexicano, las banderas
"Limpias están, porque sus tres colores

"Han probado á los genios de la guerra
"Que humanamente saben, á do alcanza
"El valor del guerrero. No tenemos
"Elementos de guerra, ya nos faltan
"Proyectiles y víveres; mañana,
"Cuando brille la luz, el enemigo
"Aprestará compactas sus legiones,
"Y después de dos horas de combates
"Cederemos tal vez! nos resta sólo
"Inclinar la cerviz como corderos
"Ante el vil carnicero, ó como dignos
"Hijos de Zaragoza el invencible,
"Saber ser, sin vencer, los vencedores."

"Al General en Jefe del Oriente
"Dejemos que resuelva, y acatemos
"Todos sus mandamientos." Dijo: al punto
Mudo silencio y prolongado sigue.
Por fin Ortega interrumpiendo dijo:
"Ya os dijè, ilustres jefes, el designio
"De mi abrazado corazón; sabéis
"Mi pensamiento, mis acciones todas
"Os harán conocer el cumplimiento
"De mis promesas y mi afán patricio.
"Quisiera sucumbir en los escombros
"De la invicta ciudad, si resultaran
"Ventajas al país, y á los valientes
"Que han defendido con constancia heroica
"La plaza y á las míseras familias
"Que inermes, de hambre y de miseria lloran.
"Pero no es el francés el que comprenda
"La abnegación de sacrificio tanto.........!
"Emprenderá su marcha á sangre y fuego,
"Y hará que el mundo en su apariencia crea

"Que el valor y el denuedo de su fuerza
"Fué lo que nos venció. Para probarle
"Al universo, que vencer no supo
"El guerrero inmortal de cien batallas,
"A los Zaragozanos defensores;
"Rompiendo nuestras armas, destruyamos
"Los cañones, los muros, los repuestos,
"Tornemos en cenizas las banderas
"Heroicas, que al pendón de los franceses
"Han humillado por doquier gloriosas,
"Sin poder ser vencidas; disolvamos
"Ese brillante ejército de Oriente,
"Y dejemos, por único trofeo,
"Ceniza por doquier que cuente al mundo,
"Que aquí de Zaragoza los soldados,
"Que al francés en cien lides humillaron,
"Cedieron por el hambre y la miseria,
"Mas no fueron vencidos por los galos.
"Y cuando ya no existan los cañones,
"Y cuando ya los muros derribados,
"Y cuando ya incendiados los repuestos,
"Sólo un montón de vencedoras ruinas
"Presente la ciudad de Zaragoza,
"Digámosle al francés: toma la plaza;
"Ven á encontrar ruinas, los valientes
"Han roto sus espadas, han quemado
"Sus banderas, sus trenes, sus murallas;
"A tí se entregan, pero no vencidos.
"Atrévete, si puedes, á llamarte
"Vencedor de los héroes mexicanos:
"Nada nuestro valor del tuyo pide.........
"...
"Y entonces, compañeros esforzados,
"Al Universo con glorioso orgullo,

"Presentaremos el primer ejemplo
"Que en sus anales guardará la historia.
"Que se atreva después, loca su audacia,
"A llamarse el francés el sin segundo,
"Dominador ejército del mundo.
"Que diga entonces que venció los pueblos
"Todos del Universo, en sus pendones.
"Y las naciones todas de la tierra
"Con sarcasmo inmortal verán la gloria
"Falsa del vencedor del Universo,
"Y dirán cada vez que se recuerde
"De México la gloria, que la enseña
"Del pueblo mexicano no ha humillado
"Sus timbres á los timbres de la Francia,
"Y el esplendente ejército de Oriente
"*Murió, pero invencible, y en la historia*
"*Ni hombre ni Dios empañará su gloria.*"
Dijo: y en los salones resonaron
Mil entusiastas y gloriosos gritos
Que el bélico ardimiento renacían.
Todos al punto con aplauso aceptan
La opinión de su jefe, aunque entre medio
De aquel ardor de belicoso impulso,
En algunas mejillas asomaron
Lágrimas de dolor, porque veían
Que no el valor del zuavo, no la astucia,
No la pericia de los jefes galos,
No falta de valor del mexicano,
No el arrojo terrible del guerrero,
Pero también el inmortal modelo
De un pueblo libre que morir sabía
Por defender su independencia santa.
Pero calla mi voz, que ya la historia
Escribirá en sus páginas brillantes,

La gloria del guerrero sin mancilla
Que supo defender de Zaragoza
Los muros derruídos, y la infamia
De aquellos que impasibles y serenos
Miraban perecer á sus hermanos:
En su indolencia criminal hundidos.

La sesión levantóse, y al momento
Acordes todos á sus puestos vuelven,
A esperar la hora en que las tristes órdenes
Fuesen ejecutadas. Cuatro horas
Faltaban de la noche misteriosa,
Para que de la aurora los celajes
Comenzaran á alzarse del Oriente,
Y las brisas suaves comenzaran
A despertar los pájaros dormidos,
Y á despertar las nieblas que los montes
Velan con sus encajes transparentes,
Y á sacudir las gotas de rocío,
Y á rizar el cristal de los arroyos,
Y á disipar la bruma vaporosa
Que cubre las alturas, envolviendo
La cima de los gélidos volcanes.

Y en tanto que los jefes se dirigen
Cada uno á su puesto, y mientras dicta
El General las órdenes, Dalmiro
Se lanza en pos de su querido hermano,
De su amado Filópatro: lo encuentra
Del jardín en los anchos corredores,
Y á su cuello arrojándose, derrama
Llanto abundante de sus negros ojos.

"Ya todo se acabó, trémulo dijo,

"¡Así se recompensan los afanes
"De ese pueblo infeliz! ¡Los sacrificios
"De esta Nación magnánima y valiente!
"¡Así la sangre del valor se borra.........!
"Fué cierta la visión de tus ensueños,
"Mejor digo, tu ciencia previsora!"
Filópatro en silencio sollozaba
Estrechando en sus brazos á Dalmiro
Que siguió lamentando la desgracia
Que contemplaba, en su pesar diciendo:
"Sacrifiquemos la última esperanza,
"Que el mundo al fin conocerá algún día
"Que supimos los fieles mexicanos
"Luchar sin tregua, hasta triunfar muriendo."

Filópatro le escucha conmovido,
Y luego que conoce que transcurre
Fugaz el tiempo, con valor le dijo:
"Hermano, en tanto que el momento llega
"Del fatal desenlace, presto acude
"A la mansión de Amira y de Lucila,
"Prepara todo, mientras yo cumpliendo
"Con las órdenes, vuelvo y les anuncio
"Allá en el hospital, que llegó la hora
"En que entre el galo á Zaragoza heroica."
Se estrechan los amigos generosos,
Y parten á cumplir sus voluntades.

Entretanto, la noche caminando,
Va cediéndole el paso á la mañana,
Y el movimiento en la ciudad se anuncia.
De tiempo en tiempo escúchase en los fuertes
Un estallido sordo, misterioso.........
Vibra el viento, la tierra se estremece.........

Se ve una luz, y de humo una columna
A las alturas álzase espantosa;
Era que los valientes destruían
Las armas, y los muros derribaban
Porque mejor quisieron desarmados
Entregarse á los galos, que rendirse,
Sus armas entregando al enemigo.

Al cabo de una hora, entre las sombras
De la triste mañana discurrían
Por las calles, en grupos, los soldados
Que, libres ya de su misión, buscaban
Asilo que del pérfido enemigo
Y su barbaridad les libertara.

Luego que la orden de reunirse diera
El General en Jefe, en el palacio,
Filópatro y Dalmiro, y el intrépido
Orestes, y Reinaldo, y todos, todos
Que en una sola habitación vivían
Por la estrechez del sitio, se reunieron
Y así á todos Filópatro les dijo:
"Seres del alma, se acercó la hora
"De una separación, pero no eterna;
"Dentro de breves horas la gloriosa
"Ciudad de los guerreros, Puebla invicta,
"Zaragoza inmortal, abre sus puertas
"Al galo que vencerla no ha sabido.........!
"Los preclaros soldados del Oriente
"Al allanar sus muros que han podido
"Sesenta soles conservar potentes,
"Al abrir voluntarios unas puertas
"Que mil quinientas horas sostuvieron
"Al enemigo con valor cerradas,

"Y causando pavor al extranjero,
"Ceden de humanidad á la voz santa.........!
"Hemos probado al vencedor del mundo,
"Que los hijos de Hidalgo y de Guerrero,
"Defender han sabido su bandera,
"Con gloria, y con honor y valentía,
"Hasta que el hambre destruyó su fuerza!
"Puebla, al rendirse con sus armas rotas,
"A México le ha dado la victoria
"De civilización esclarecida.
"Dentro de breves horas los franceses,
"Ocuparán de Puebla los alcázares;
"Dentro de breves horas los mandatos
"Del pérfido invasor acataremos.........!
"Mas no importa, que el lauro inmarcesible
"Que la alta frente de mi patria adorna,
"Marchitarse no puede en las edades,
"Porque invencible Puebla, ha sucumbido,
"No por la fuerza del potente galo;
"No por la disciplina de su ejército;
"No porque justos sus rencores fueran;
"No por la usurpación de sus derechos;
"No porque en heroísmo nos supere,
"El vencedor de la soberbia Europa.........!
"Cedemos por el hambre y la miseria;
"No existe un proyectil; para el soldado
"Ya no hay una ración, y esos millares
"De familias inermes, ya no tienen
"Un pedazo de pan para sus hijos!
"Vamos á la prisión: y aunque Lucila,
"No puede hoy ante el ara del Dios santo,
"A Dalmiro ofrecer sus juramentos,
"Es ya su esposa, y presto en los altares
"Ligada quedará con lazo eterno.

"Adios......! no os aflijáis, quedad tranquilos.
"La palabra de honor cumplir debemos.........
"Si la barbaridad civilizada
"Del francés nos depara suerte horrible,
"No lloréis, coronad nuestro sepulcro
"Con mirtos, y arrayán y siempre viva,
"Y deshojad encinas y laureles;
"Que al fin recobrará México un día
"Su honra ultrajada, al enseñar al mundo
"Que á los galos también vencer sabía."
Dijo, y ni una palabra de reclamo
Resonó en el salón; hondos gemidos
De gloria y de entusiasmo se lanzaron.
Un abrazo no más, mudo, sublime,
Fué la contestación de despedida;
Y rápidos los héroes, enjugándose
Una gloriosa lágrima, salieron,
Y al palacio en silencio se volvieron.

Aun no aclaraba el límpido horizonte
Y ya en los campamentos mexicanos,
Y en las torres del templo, y en palacio
Una blanca bandera tremolaba,
Como anuncio de paz, de paz gloriosa.........!
Mil y quinientas horas han corrido
Desde que el invasor embriagado
Con las glorias del mundo, y el orgullo
De cien y cien batallas, á las puertas
Llegó de la ciudad de Zaragoza,
Y ni un instante de agredir dejando
Jamás al mexicano vencer pudo.
Pero sin pan, sin proyectiles, sólo
Con el valor de su ánima guerrera,
Ya no puede luchar, y al enemigo

Sin pedirle merced, su puesto entrega;
Rompe sus armas, y de pie, sereno,
Espera al vencedor que es el vencido;
Porque al entrar á Puebla, encuentra sólo
Ruinas y soldados macilentos
Que con altiva frente le contemplan.
El cielo de zafiro ostenta límpido
Toda la esplendidez de la mañana,
Y ya los Generales y los Jefes,
Todos en el palacio congregados,
De su grado ostentando las insignias,
De ver al enemigo la hora aguardan.

De la límpida aurora al oir la hora
Sale un heraldo de la heroica plaza
A anunciar á los francos, que el azteca,
Que desarmado está, las puertas le abre,
E indefenso sus órdenes espera.

¡Oh, cuán grandes entonces parecían
Los soldados del Mayo de mi patria!
Los salones, los anchos corredores,
El jardín, y los patios están llenos
De héroes que en grupos por doquier discurren,
Unos con encontradas opiniones,
Silenciosos los más, todos atentos,
Del heraldo esperando la llegada.
Después de una hora los clarines suenan
Que anuncian á los galos batallones
Que hacia la plaza sus banderas guían.

A ese bélico son, silencio triste
Responde la ciudad; el pueblo apenas
Contempla con desdén al enemigo:

Y derramando silenciosas lágrimas,
Ni un eco puede prorrumpír siquiera.
Los galos cautelosos, en su marcha
Doquier su vista torba dirigían.
En ¡tanto en los balcones, en las rejas,
Y aun hasta en las almenas del palacio
Los jefes todos, con serena frente,
Contemplan del francés las prevenciones.
El general francés cuando se acerca
Delante de los ínclitos soldados
Que el honor defendieron de su patria,
Con bélico respeto los saluda.
Y al punto, ante las guardias extranjeras,
Se proclama la orden de la plaza,
Saludando de Puebla á los guerreros,
En estos y otros términos honrosos:

"Soldados aguerridos de la Francia,
Al arbolar la tricolor bandera
En la guerrera Puebla, por las glorias
Que esa bandera tricolor ostenta,
Se os recomienda que el honor más alto
Sea vuestra norma, y que al valor heroico
Del soldado de México invencible,
Respetéis cual merece su constancia.
¡Honor á la bravura del guerrero,
Y militar respeto á los vencidos!"

Mientras así los galos instalaban
La posesión de la ciudad invicta,
El General en Jefe de la Francia
Condiciones poner quiso al azteca
A quien vencer no supo. El mexicano
Esa humillante pretensión rechaza

Con la alta dignidad del heroísmo.
Y el cobarde francés, en su despecho,
Declaró á los heroicos mexicanos
Prisioneros del déspota de Francia.

Pasan dos días, y al tercero ordena
El vencedor de Argel, que los guerreros
Dejen al fin las playas de la patria!

Iba el sol en mitad de su carrera
Cuando el clarín anuncia la partida,
Y á los rumores que ocurrieron antes,
La ciudad por doquiera consternaron;
Y las familias todas acudieron
A despedirse de sus hijos, unas,
De sus padres las otras; de sus deudos,
Sus amigos y amantes. Entre filas
De argelinos tostados, y marinos
Salieron los valientes denodados
Con su espada ceñida, y ostentando
En su frente el valor y la osadía.

Los gemidos, las lágrimas, la angustia
De las familias que su pecho herían,
Destrozaban su alma; pero llenos
De grandeza, con voz consoladora
Sus adioses de amor y de esperanza
Dieron por fin á todos: y salieron
Dejando el alma de amargura llena;
Pero llevando con glorioso brillo,
Los laureles patricios por corona.

FIN.

Makers
Syracuse, N. Y.




UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025294325
0 5917 3025294325